El Mártir
de las
CATACUMBAS

Richard L. Roberts

El Mártir de las Catacumbas

__Prefacio__

__Capítulo 1__: **EL COLISEO --- Cruel carnicería para diversión de los romanos.**

__Capítulo 2__: **EL CAMPAMENTO PRETORIANO --- Cornelio, el centurión, varón justo y temeroso de Dios.**

__Capítulo 3__: **LA VIA APIA --- Sepulcros en despliegue de melancolía. Guardan de los poderosos las cenizas Que duermen en la Vía Apia.**

__Capítulo 4__: **LAS CATACUMBAS --- Nada de luz, sino sólo tinieblas Que descubrían cuadros de angustia, Regiones de dolor, funestas sombras.**

__Capítulo 5__: **EL SECRETO DE LOS CRISTIANOS --- El misterio de la piedad, Dios manifestado en carne.**

__Capítulo 6__: **LA GRAN NUBE DE TESTIGOS --- Todos estos murieron en fe.**

__Capítulo 7__: **LA CONFESION DE FE --- Y también todos los que quieren vivir píamente en Cristo Jesús, padecerán persecución.**

__Capítulo 8__: **LA VIDA EN LAS CATACUMBAS --- ¡Oh tinieblas, tinieblas, tinieblas al ardor del sol del medio día, Oscuridad irrevocable, eclipse total, Sin esperanza alguna de que venga el día!**

__Capítulo 9__: **LA PERSECUCION --- La paciencia os es necesaria, para que después que hayáis hecho la voluntad de Dios, recibáis la promesa.**

__Capítulo 10__: **LA CAPTURA --- La prueba de vuestra de obra paciencia.**

__Capítulo 11__: **LA OFRENDA --- Nadie tiene mayor amor que este, que ponga alguno su vida por sus amigos.**

__Capítulo 12__: **EL JUICIO DE POLIO --- De la boca de los pequeñitos y de los que maman, perfeccionaste la alabanza.**

Capítulo 13: LA MUERTE DE POLIO --- Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de vida.

Capítulo 14: LA TENTACION --- Todo esto te daré si postrado me adorares.

Capítulo 15: LUCULO --- La memoria del justo será bendita.

EL MARTIR DE LAS CATACUMBAS
Un Episodio de la Roma Antigua

PREFACIO

HACE MUCHOS AÑOS que fue publicada una historia anónima titulada *El Mártir de las Catacumbas: Un episodio de la Roma antigua.* Un ejemplar fue providencialmente rescatado de un barco de vela americano y encuentra en poder del hijo del Capitán Richard Roberts, quien comandaba aquella nave y tuvo que abandonarla en alta mar como consecuencia del desastroso huracán ocurrido en enero de 1876.

Cuidadosamente reimpresa, presentamos aquí aquella obra, habiendo sido celosamente fieles al original aun en su título. Sacamos a la luz esta edición, animados de la viva esperanza de que el Señor la haya de emplear para hacerles ver a los fieles que reflexionan, como también a los descuidados y desprevenidos y a sus descendientes en estos últimos días malos, este palpitante cuadro de cómo sufrieron los santos de los primeros tiempos por su fe en nuestro Señor Jesucristo, bajo una de las persecuciones más crueles de la Roma pagana, y que en un futuro no lejano se pueden repetir con la misma intensidad de la ira satánica, mediante el mismo Imperio Romano de inminente renacimiento.

Ojalá pueda despertar nuestra conciencia al hecho de que, si el Señor tarda en su venida, hemos de vernos en el imperativo de sufrir por El que voluntariamente tanto sufrió por nosotros.

La Biblia ya no ocupa el legítimo lugar que le corresponde en nuestros colegios y universidades; la oración familiar es un hábito perdido; nuestro Señor Jesucristo, el unigénito y bienamado Hijo del Dios viviente, es desacreditado y deshonrado precisamente en casa de aquellos que profesan ser sus amigos; el testimonio en corporación ha desaparecido de la tierra; no se obedece el llamado a Laodicea al arrepentimiento; y es así que la promesa del Señor de la comunión con El está librada sólo al individuo.

Y aun a nosotros en estos días puede alcanzarnos la promesa, a Smirna: "Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida."

La sangre de los mártires de Rusia y Alemania clama desde la tierra, cual admonición a los cristianos de todos los países.

Pero aún podemos arrancar de nuestras almas el clamor anhelante: "Ven, Señor Jesús; ven pronto."

Hartsdale, N. Y. **Richard L. Roberts**

1

EL COLISEO

Cruel carnicería para diversión de los romanos.

ERA UNO DE LOS GRANDES DÍAS de fiesta en Roma. De todos los extremos del país las gentes convergían hacia un destino común. Recorrían el Monte Capitolino, el Foro, el Templo de la Paz, el Arco de Tito y el palacio imperial en su desfile interminable hasta llegar al Coliseo, en el que penetraban por las innumerables puertas, desapareciendo en el interior.

Allí se encontraban frente a un escenario maravilloso: en la parte inferior la arena interminable se desplegaba rodeada por incontables hileras de asientos que se elevaban hasta el tope de la pared exterior que bordeaba los cuarenta metros. Aquella enorme extensión se hallaba totalmente cubierta por seres humanos de todas las edades y clases sociales. Una reunión tan vasta, concentrada de tal modo, en la que sólo se podían distinguir largas filas de rostros fieros, que se iban extendiendo sucesivamente, constituía un formidable espectáculo que en ninguna parte del mundo ha podido igualarse, y que había sido ideado, sobre todo, para aterrorizar e infundir sumisión en el alma del espectador. Más de cien mil almas se habían reunido aquí, animadas de un sentimiento común, e incitadas por una sola pasión. Pues lo que les había atraído a este lugar era una ardiente sed de sangre de sus semejantes. Jamás se hallará un comentario más triste de esta alardeada civilización de la antigua Roma, que este macabro espectáculo creado por ella.

Allí se hallaban presentes guerreros que habían combatido en lejanos campos de batalla, y que estaban bien enterados de lo que constituían actos de valor; sin embargo, no sentían la menor indignación ante las escenas de cobarde opresión que se desplegaban ante sus ojos. Nobles de antiguas familias se hallaban presentes allí, pero no tenían ojos para ver en estas exhibiciones crueles y brutales el estigma sobre el honor de su patria. A su vez los filósofos, los poetas, los sacerdotes, los gobernadores, los encumbrados, como también los humildes de la tierra, atestaban los asientos; pero los aplausos de los patricios eran tan sonoros y ávidos como los de los plebeyos. ¿Qué esperanza había para Roma cuando los corazones de sus hijos se hallaban íntegramente dados a la crueldad y a la opresión más brutal que se puede imaginar?

El sillón levantado sobre un lugar prominente del enorme anfiteatro se hallaba ocupado por el Emperador Decio, a quien rodeaban los principales de los romanos. Entre éstos se podía contar

un grupo de la guardia pretoriana, que criticaban los diferentes actos de la escena que se desenvolvía en su presencia con aire de expertos. Sus carcajadas estridentes, su alborozo y su espléndida vestimenta los hacían objeto de especial atención de parte de sus vecinos.

Ya se habían presentado varios espectáculos preliminares, y era hora de que empezaran los combates. Se presentaron varios combates mano a mano, la mayoría de los cuales tuvo resultados fatales, despertando diferentes grados de interés, según el valor y habilidad que derrochaban los combatientes. Todo ello lograba el efecto de aguzar el apetito de los espectadores, aumentando su vehemencia, llenándoles del más ávido deseo por los eventos aun más emocionantes que habían de seguir.

Un hombre en particular había despertado la admiración y el frenético aplauso de la multitud. Se trataba de un africano de Mauritania, cuya complexión fortaleza eran de gigante. Pero su habilidad igualaba a su fortaleza. Sabía blandir su corta espada con destreza maravillosa, y cada uno de los contrincantes que hasta el momento había tenido yacía muerto.

Llegó el momento en que había de medirse con un gladiador de Batavia, hombre al cual solamente él le igualaba en fuerza y en estatura. Pero los separaba un contraste sumamente notable. El africano era tostado, de cabello relumbrante y rizado y ojos chispeantes; el de Batavia era de tez ligera, de cabello rubio y de ojos vivísimos de color gris. Era difícil decir cuál de ellos llevaba ventaja; tan acertado había sido el cotejo en todo sentido. Pero, como el primero había ya estado luchando por algún tiempo, se pensaba que él tenía esto como una desventaja. Llegó, pues, el momento en que se trabó la contienda con gran vehemencia y actividad de ambas partes. El de Batavia asestó tremendos golpes a su contrincante, que fueron parados gracias a la viva destreza de éste. El africano era ágil y estaba furioso, pero nada podía hacer contra la fría y sagaz defensa de su vigilante adversario.

Finalmente, a una señal dada, se suspendió el combate, y los gladiadores fueron retirados, pero de ninguna manera ante la admiración o conmiseración de los espectadores, sino simplemente por el sutil entendimiento de que era el mejor modo de agradar al público romano.

Todos entendían, naturalmente, que los gladiadores volverían.

Llegó ahora el momento en que un gran número de hombres fue conducido a la arena. Estos todavía estaban armados de espadas cortas. No bien pasó un momento, cuando ya ellos habían empezado el ataque. No era un conflicto de dos bandos opuestos, sino una contienda general, en la cual cada uno atacaba a su vecino. Tales escenas llegaban a ser las más sangrientas, y por lo tanto las que más emocionaban a los espectadores. Un conflicto de este tipo siempre destruiría el mayor número en el menor tiempo. La arena presentaba el escenario de confusión más horrible. Quinientos hombres en la flor de la vida y la fortaleza, armados de espadas luchaban en ciega confusión unos contra otros. Algunas veces se trenzaban en una masa densa y enorme; otras veces se separaban violentamente, ocupando todo el espacio disponible, rodeando un rimero de muertos en el centro del campo. Pero, a la distancia, se asaltaban de nuevo con indeclinable y sedienta furia, llegando a trabarse combates separados en todo el rededor del macabro escenario; el victorioso en cada uno corría presuroso a tomar parte en los otros, hasta que los últimos sobrevivientes se hallarían nuevamente empeñados en un ciego combate masivo.

A la larga las luchas agónicas por la vida o la muerte se tornaban cada vez más débiles. Solamente unos cien quedaban de los quinientos que empezaron, a cual más agotados y heridos. Repentinamente se dio una señal y dos hombres saltaban a la arena y se precipitaban desde

extremos opuestos sobre esta miserable multitud. Eran el africano y el de Batavia. Ya frescos después del reposo, caían sobre los infelices sobrevivientes que ya no tenían ni el espíritu para combinarse, ni la fuerza para resistir. Todo se reducía a una carnicería. Estos gigantes mataban a diestra y siniestra sin misericordia, hasta que nadie más que ellos quedaba de pie en el campo de la muerte y oían el estruendo del aplauso de la muchedumbre.

Estos dos nuevamente renovaban el ataque uno contra el otro, atrayendo la atención de los espectadores, mientras eran retirados los despojos miserables de los muertos y heridos. El combate volvía a ser tan cruel como el anterior y de invariable similitud. A la agilidad del africano se oponía la precaución del de Batavia. Pero finalmente aquél .lanzó una desesperada embestida final; el de Batavia lo paró y con la velocidad del relámpago devolvió el golpe. El africano retrocedió ágilmente y soltó su espada. Era demasiado tarde, porque el golpe de su enemigo le había traspasado el brazo izquierdo. Y conforme cayó, un alarido estrepitoso de salvaje regocijo surgió del centenar de millares de así llamados seres humanos. Pero esto no había de considerarse como el fin, porque mientras aún el conquistador estaba sobre su víctima, el personal de servicio se introdujo de prisa a la arena y lo sacó. Empero tanto los romanos como el herido sabían que no se trataba de un acto de misericordia. Sólo se trataba de reservarlo para el aciago fin que le esperaba.

-El de Batavia es un hábil luchador, Marcelo -comentó un joven oficial con su compañero de la concurrencia a la que ya se ha aludido.

-Verdaderamente que lo es, mi querido Lúculo -replicó el otro-. No creo haber visto jamás un gladiador mejor que éste. En verdad los dos que se han batido eran mucho mejores de lo común.

-Allá adentro tienen un hombre que es mucho mejor que estos dos.

-¡Ah! Quién es él?

-El gran gladiador Macer. Se me ocurre que él es el mejor que jamás he visto.

-Algo he oído respecto a él. ¿Crees que lo sacarán esta tarde?

-Entiendo que sí.

Esta breve conversación fue bruscamente interrumpida por un tremendo rugido que surcó los aires procedentes del vivario, o sea el lugar en donde se tenían encerradas las fieras salvajes. Fue uno de aquellos rugidos feroces y terroríficos que solían lanzar las más salvajes de las fieras cuando habían llegado al colmo del hambre que coincidía con el mismo grado de furor.

No tardaron en abrirse los enrejados de hierro manejados por hombres desde arriba, apareciendo el primer tigre al acecho en la arena. Era un fiera del África, desde donde había sido traída no muchos días antes. Durante tres días no había probado alimento alguno, y así el hambre juntamente con el prolongado encierro había aguzado su furor a tal extremo que solamente el contemplarlo aterrorizaba. Azotándose con la cola recorría la arena mirando hacia arriba, con sanguinarios ojos, a los espectadores. Pero la atención de éstos no tardó en desviarse hacia un objeto distinto. Del otro extremo de donde la fiera se hallaba fue arrojado a la arena nada menos que un hombre. No llevaba armadura alguna, sino que estaba desnudo como todos los gladiadores, con la sola excepción de un taparrabo. Portando en su diestra la habitual espada corta, avanzó con dignidad y paso firme hacia el centro del escenario.

En el acto todas las miradas convergieron sobre este hombre. Los innumerables espectadores clamaron frenéticamente: "¡Macer, Macer!"

El tigre no tardó en verlo, lanzando un breve pero salvaje rugido que infundía terror. Macer con serenidad permaneció de pie con su mirada apacible pero fija sobre la ñora que movía la cola con mayor furia cada vez, dirigiéndose hacia él. Finalmente el tigre se agazapó, y de esta posición con el impulso característico se lanzó en un salto feroz sobre su presa. Macer no estaba desprevenido. Como una centella voló hacia la izquierda, y no bien había caído el tigre en tierra, cuando le aplicó una estocada corta pero tajante y certera en el mismo corazón. ¡Fue el golpe fatal para la fiera! La enorme bestia se estremeció de la cabeza a los pies, y encogiéndose para sacar toda la fuerza de sus entrañas, soltó su postrer bramido que se oyó casi como el clamor de un ser humano, después de lo cual cayó muerta en la arena.

Nuevamente el aplauso de la multitud se oyó como e1 estrépito del trueno por todo el derredor.

-¡Maravilloso! -exclamó Marcelo-, ¡jamás he visto habilidad como la de Macer!

Su amigo le contestó reanudando la charla, -¡Sin duda se ha pasado la vida luchando!

Pronto el cuerpo del animal muerto fue arrastrado fuera de la arena, al mismo tiempo que se oyó el rechinar de las rejas que se abrían nuevamente atrayendo la atención de todos. Esta vez era un león. Se desplazó lentamente en dirección opuesta, mirando en derredor suyo al escenario que le rodeaba, en actitud de sorpresa. Era éste el ejemplar más grande de su especie, todo un gigante en tamaño, habiendo sido largo tiempo preservado hasta hallarle un adversario adecuado. A simple vista parecía capaz de hacer frente victoriosamente a dos tigres como el que le había precedido. A su lado Macer no era sino una débil criatura.

El ayuno de esta fiera había sido prolongado, pero no mostraba la furia del tigre. Atravesó la arena de uno a otro extremo, y luego a todo el rededor en una especie de trote, como si buscara una puerta de escape. Mas hallando todo cerrado, finalmente retrocedió hacia el centro, y pegando el rostro contra el suelo dejó oír profundo bramido tan alto y prolongado que las enormes piedras del mismo Coliseo vibraron con el sonido.

Macer permaneció inmóvil. Ni un solo músculo de su rostro cambió en lo más mínimo. Estaba con la cabeza erguida con la expresión vigilante y característica, sosteniendo su espada en guardia. Finalmente el león se lanzó sobre él de lleno. El rey de las fieras y el rey de la creación se mantuvieron frente a frente mirándose a los ojos el uno al otro. Pero la mirada serena del hombre pareció enardecer la ira propia del animal. Erecta la cola y todo él, retrocedió; y tirando su melena, se agazapó hasta el suelo en preparación para saltar.

La enorme multitud se paró embelesada. He aquí una escena que merecía su interés.

La masa obscura del león se lanzó al frente, y otra vez el gladiador en su habitual maniobra saltó hacia el costado y lanzó su estocada. Empero esta vez la espada solamente hirió una de las costillas y se le cayó de la mano. El león fue herido ligeramente, pero el golpe sirvió sólo para levantar su furia hasta el grado supremo.

Macer empero no perdió ni un ápice de su característica calma y frialdad en este momento tremendo. Perfectamente desarmado en espera del ataque, se plantó delante de la fiera. Una y otra vez el león lanzó sus feroces ataques, y cada uno fue evadido por el ágil gladiador, quien con sus hábiles movimientos se cercaba ingeniosamente al lugar en donde estaba su arma

hasta lograr tomarla nuevamente. Y ahora, otra vez armado de su espada protectora, esperaba el zarpazo final de la fiera que respiraba muerte. El león se arrojó como la vez anterior, pero esta vez Macer acertó en el blanco. La espada le traspasó, el corazón, la enorme fiera cayó contorsionándose de dolor. Poniéndose en pie se echó a correr por la arena, y tras Su último rugido agónico cayó muerto junto a las rejas por donde había salido.

Ahora Macer fue conducido fuera del ruedo, viéndose aparecer nuevamente al de Batavia. Se trataba de un público de refinado gusto, que demandaba variedad. A1 nuevo contendor le soltaron un tigre pequeño, el cual fue vencido. Seguidamente se le soltó un león. Este dio muestras de extrema ferocidad, aunque por su tamaño no salía de lo común. No cabía la menor duda de que el de Batavia no se igualaba a Macer. El león se lanzó sobre su víctima, habiendo sido herido; pero, al lanzarse por segunda vez al ataque, agarró a su adversario, y literalmente lo despedazó. Entonces nuevamente fue sacado Macer, para quien fue tarea fácil acabar con el cachorro.

Y esta vez, mientras Macer permanecía de pie recibiendo los interminables aplausos, apareció un hombre por el lado opuesto. Era el africano. Su brazo ni siquiera se le había vendado sino que colgaba a su costado, completamente cubierto de sangre. Se encaminó titubeando hacia Macer, con penosos pasos de agonía. Los romanos sabían que éste había sido enviado sencillamente para que fuese muerto. Y el desventurado también lo sabía, porque conforme se acercó a su adversario, arrojó su espada y exclamó en una actitud más bien de desesperación:

-¡Mátame pronto! Líbrame del dolor.

Todos los espectadores a uno quedaron mudos de asombro al ver a Macer retroceder y arrojar al suelo su espada. Todos seguían contemplando maravillados hasta lo sumo y silenciosos. Y su asombro fue tanto mayor cuando Macer volvió hacia el lugar donde se hallaba el Emperador, y levantando las manos muy alto clamó con voz clara que a todos alcanzó:

-¡Augusto Emperador, yo soy cristiano! Yo pelearé con fieras silvestres, pero jamás levantaré mi mano contra mis semejantes, los hombres, sean del color que fueren. Yo moriré gustoso; pero ¡yo no mataré!

Ante semejantes palabras y actitud se levantó un creciente murmullo.

-¿Qué quiere decir éste? ¡Cristiano! ¿Cuándo sucedió su conversión? -preguntó Marcelo.

Lúculo contestó, -Supe que lo habían visitado en el calabozo los malditos cristianos, y que él se habría unido a esa despreciable secta, en la cual se halla reunida toda la hez de la humanidad. Es muy probable que se haya vuelto cristiano.

-¿Y preferirá él morir antes que pelear?

-Así suelen proceder aquellos fanáticos.

La sorpresa de aquel populacho fue reemplazada por una ira salvaje. Les indignaba que un mero gladiador se atreviera a decepcionarles. Los lacayos se apresuraron a intervenir para que la lucha continuara. Si en verdad Macer insistía en negarse a luchar debería sufrir todo el peso de las consecuencias.

Pero la firmeza del cristiano era inconmovible. Absolutamente desarmado avanzó hacia el africano, a quien él podría haber dejado muerto solamente con un golpe de su puño. El rostro del africano se había tornado en estos breves instantes cual el de un feroz endemoniado. En sus

siniestros ojos relumbraba una mezcla de sorpresa y regocijo loco. Recogiendo su espada y asiéndola firmemente se dispuso al ataque con toda libertad, hundiéndola de un golpe en el corazón de Macer.

--¡SEÑOR JESÚS, RECIBE MI ESPIRITU! -Salieron esas palabras entre el torrente de sangre en medio del cual este humilde pero osado testigo de Cristo dejó la tierra, uniéndose al nobilísimo ejército de mártires.

-¿Suele haber muchas escenas como ésta? -preguntó Marcelo.

-Así suele ser. Cada vez que se presentan cristianos. Ellos hacen frente a cualquier número de fieras. Las muchachas caminan de frente firmemente desafiando a los leones y a los tigres, pero ninguno de estos locos quiere levantar su mano contra otros hombres. Este Macer ha desilusionado amargamente a nuestro populacho. Era el más excelente de todos los gladiadores que se han conocido; empero, al convertirse en cristiano, cometió la peor de las necedades.

Marcelo contestó meditativo, -¡Fascinante religión debe ser aquella que lleva a un simple gladiador a proceder de la manera que hemos visto!

-Ya tendrás la oportunidad de contemplar mucho más de esto que te admira.

-¿Cómo así?

-¿No lo has sabido? Estás comisionado para desenterrar a algunos de estos cristianos. Se han introducido en las catacumbas y hay que perseguirlos.

-Cualquiera pensaría que ya tienen suficiente. Solamente esta mañana quemaron cincuenta de ellos.

-Y la semana pasada degollaron cien. Pero eso no es nada. La ciudad íntegra se ha convertido en todo un enjambre de ellos. Pero el Emperador Decio ha resuelto restaurar en toda su plenitud la antigua religión de los romanos. Desde que estos cristianos han aparecido el imperio va en vertiginosa declinación. En vista de eso él se ha propuesto a aniquilarlos por completo. Son la mayor maldición, y como a tal se les tiene que tratar. Pronto llegarás a comprenderlo.

Marcelo contestó con modestia: -Yo no he residido en Roma lo suficiente, y es así que no comprendo qué es lo que los cristianos creen en verdad. Lo que ha llegado a mis oídos es que casi cada crimen que sucede se les imputa a ellos. Sin embargo, en el caso de ser como tú dices, he de tener la oportunidad de llegar a saberlo.

En ese momento una nueva escena les llamó la atención. Esta vez entró al escenario un anciano, de figura inclinada y cabello blanco plateado. Era de edad muy avanzada. Su aparición fue recibida con gritos de burla e irrisión, aunque su rostro venerable y su actitud digna hasta lo sumo hacían presumir que se le presentaba para despertar admiración. Mientras las risotadas y los alaridos de irrisión herían sus oídos, él elevó su cabeza al mismo tiempo que pronunció unas pocas palabras.

-¿Quién es él? -preguntó Marcelo.

-Ese es Alejandro, un maestro de la abominable secta de los cristianos, Es tan obstinado que se niega a retractarse...

-Silencio. Escucha lo que está hablando.

-Romanos, -dijo el anciano-, yo soy cristiano. Mi Dios murió por mí, y yo gozoso ofrezco mi vida por El. (Esta persecución por el Emperador Decio fue desde el año 249 al 251 A. C., o sea que duró como dos años y medio. Decio murió en batalla con los Godos más o menos a fines de 251 A. C.)

Un bronco estallido de gritos e imprecaciones salvajes ahogaron su voz. Y antes que aquello hubiera concluido, tres panteras aparecieron saltando hacia él. El anciano cruzó los brazos, y elevando sus miradas al cielo, se le veía mover los labios como musitando sus oraciones. Las salvajes fieras cayeron sobre él mientras oraba de pie, y en cuestión de segundos lo habían destrozado.

Seguidamente dejaron entrar otras fieras salvajes. Empezaron a saltar alrededor del ruedo intentando saltar contra las barreras. En su furor se trenzaron en horrenda pelea unas contra otras. Era una escena espantosa.

En medio de la misma fue arrojada una banda de indefensos prisioneros, empujados con rudeza. Se trataba principalmente de muchachas, que de este modo eran ofrecidas a la apasionada turba romana sedienta de sangre. Escenas como ésta habrían conmovido el corazón de cualquiera en quien las últimas trazas de sentimientos humanos no hubiesen sido anuladas. Pero la compasión no tenía lugar en Roma. Encogidas temerosas las infelices criaturas, mostraban la humana debilidad natural al enfrentarse con muerte tan terrible; pero de un momento a otro, algo como una chispa misteriosa de fe las poseía y las hacía superar todo temor. Al darse cuenta las fieras de la presencia d sus presas, empezaron a acercarse. Estas muchachas juntando las manos, pusieron los ojos en los cielos, y elevaron un canto solemne e imponente, que se elevó con claridad y bellísima dulzura hacia las mansiones celestiales:

Al que nos amó,

Al que nos ha lavado de nuestros pecados

En su propia sangre;

A1 que nos ha hecho reyes y sacerdotes,

Para nuestro Dios y Padre;

A El sea gloria y dominio

Por los siglos de los siglos.

¡Aleluya! ¡Amén!

Una por una fueron silenciadas las voces, ahogadas con su propia sangre, agonía y muerte; uno por uno los clamores y contorsiones de angustia se confundían con exclamaciones de alabanza; y estos bellos espíritus juveniles, tan heroicos ante el sufrimiento y fieles hasta la muerte, llevaron su canto hasta unirlo con los salmos de los redimidos en las alturas.

***

2

EL CAMPAMENTO PRETORIANO

Cornelio, el centurión, varón justo y

temeroso de Dios.

MARCELO HABÍA NACIDO en Gades, y se había criado bajo la férrea disciplina del ejército romano. Había estado en destacamentos en África, en Siria y Bretaña, y en todas partes se había distinguido, no solamente por su valor en el campo de batalla sino también por su sagaz habilidad administrativa, razones éstas por las cuales se había hecho merecedor de honores y ascensos. A su llegada a Roma, adonde había venido portando importantes mensajes, había agradado al Emperador de tal manera que le había destinado a un puesto honorable entre los pretorianos.

Lúculo, por el contrario, jamás había salido de las fronteras de Italia, apenas quizá de la ciudad. Pertenecía a una de las más antiguas y nobles familias romanas, y era, naturalmente, heredero de abundantes riquezas, con la correspondiente influencia que a éstas acompaña. Había sido cautivado por el osado y franco carácter de Marcelo, siendo así que los dos jóvenes se convirtieron en firmes amigos. El conocimiento minucioso que de la capital poseía Lúculo, le deparaba la facilidad de servir a su amigo; y las escenas descritas en el capítulo precedente fueron en una de las primeras visitas que Marcelo hacía al renombrado Coliseo.

El campamento pretoriano estaba situado junto a muralla de la ciudad, a la cual su hallaba unido por otra muralla que lo circundaba. Los soldados vivían en cuartos a modo de celdas perforadas en la misma pared. Era un cuerpo integrado por numerosos hombres cuidadosamente seleccionados, y su posición en la capital les concedió tal poder e influencia que por muchas edades mantuvieron el control del gobierno de la capital. Un puesto de mando entre los pretoriano significaba un camino seguro hacia la fortuna, y Marcelo reunía todas las condiciones para que se le augurara un futuro pletórico de perspectivas y todos los honores que el favor del Emperador podía depararle.

En la mañana del día siguiente, Lúculo ingresó a su cuarto, y después de haber cambiado los saludos usuales y de confianza, empezó a hablar respecto a la lucha que habían presenciado.

Marcelo dijo: -Tales escenas no son de las que en verdad me agradan. Son actos de crasa cobardía. A cualquiera le puede complacer el ver a dos hombres bien entrenados trabarse en pareja lucha limpiamente; pero aquellas carnicerías que se ven en el Coliseo son detestables. ¿Por qué había de matarse a Macer? El era uno de los más valientes de los hombres, y yo tributo todo mi homenaje a su valentía inimitable. ¿Y por qué se ha de arrojar a las fieras salvajes a aquellos ancianos y niños?

-Es que ésos eran cristianos. Y la ley es sagrada inquebrantable.

-Esa es la respuesta de siempre. ¿Qué delito han cometido los cristianos? Yo me he encontrado con ellos por todas partes del imperio, pero jamás los he visto entregados ni comprometidos siquiera en perturbaciones o cosa semejante.

-Ellos son lo peor de la humanidad.

-Esa es la acusación. Pero ¿qué pruebas hay?

-¿Pruebas? -Qué necesidad tenemos de pruebas, si se sabe hasta la saciedad lo que son y hacen. Conspiran en secreto contra las leyes y la religión de nuestro estado. Y tanta es la magnitud de su odio contra las instituciones que ellos prefieren morir antes que ofrecer sacrificio. No reconocen rey ni monarca alguno en la tierra, sino a aquel judío crucificado que ellos insisten en que vive actualmente. Y tanta es su malevolencia hacia nosotros que llegan a afirmar que hemos de ser torturados toda nuestra vida futura en los infiernos.

-Todo eso puede ser verdad. De eso no entiendo nada. Respecto a ellos yo no conozco nada.

-La ciudad la tenemos atestada de ellos; el imperio ha sido invadido. Y ten presente esto que te digo. La declinación de nuestro amado imperio que vemos y lamentamos por todas partes, el que se hayan difundido, la debilidad y la insubordinación, la contracción de nuestras fronteras: todo esto aumenta conforme aumentan los cristianos. ¿A quién más se deben todos estos males, si no es a ellos?

-¿Cómo así han llegado ellos a originar todo esto?

-Por medio de sus enseñanzas y sus prácticas detestables. Ellos enseñan que el pelear es malo, que los soldados son los más viles de los hombres, que nuestra gloriosa religión bajo la cual hemos prosperado es una maldición, y que nuestros dioses inmortales no son sino demonios malditos. Según sus doctrinas, ellos tienen como objetivo derribar nuestra moralidad. En sus prácticas privadas ellos realizan los más tenebrosos e inmundos de los crímenes. Ellos siempre mantienen entre sí el más impenetrable secreto, pero a veces hemos llegado a escuchar sus perniciosos discursos y sus impúdicos cantos.

-A la verdad que, de ser todo esto así, es algo sumamente grave y merecen el más severo castigo. Pero, de acuerdo a tu propia declaración, ellos mantienen el secreto entre ellos, y por consiguiente se sabe muy poco de ellos. Dime, aquellos hombres que sufrieron el martirio ayer, ¿tenían apariencia de todo esto? Aquel anciano, tenía algo que demostrara que había pasado su vida entre escenas de vicio? Eran acaso impúdicos los cantos que elevaron esas bellísimas muchachas mientras esperaban ser devoradas por los leones?

Al que nos amó;

Al que nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre.

Y Marcelo cantó en voz baja y suave las palabras que él había oído.

-Te confieso, amigo, que yo en el fondo de mi alma lamenté la suerte de ellos.

A lo que Marcelo añadió, -Y yo, habría llorado si no hubiera sido soldado romano. Detente un momento y reflexiona. Tú me dices cosas respecto a los cristianos que al mismo tiempo confiesas que solamente las sabes de oídos, de labios de aquellos que también ignoran lo que dicen. Te atreves a afirmar que son infames y viles, el desecho de la tierra. Yo personalmente los contemplo cuando afrontan la muerte, que es la que prueba las cualidades más elevadas del alma.

Le hacen frente con toda nobleza, al extremo de morir alegremente. Roma en toda su historia no puede exhibir un solo ejemplo de escena de mayor devoción que la que presenciamos ayer. Tú dices que ellos detestan a los soldados, pero son sobremanera valientes; me dices que son traidores, sin embargo ellos no resisten a la ley; haces declaraciones de que ellos son impuros, empero, si se puede decir que exista pureza en toda la tierra, corresponde a las bellísimas doncellas que murieron ayer.

-Te entusiasmas excesivamente por aquellos parias.

-No es mero entusiasmo, Lúculo. Yo deseo saber la verdad. Toda mi vida he oído estas referencias. Pero ante lo que vi ayer juntamente contigo, por primera vez he llegado a sospechar de su veracidad. Y ahora te pregunto a ti con todo mi afán, y descubro que tu conocimiento no se funda en nada. Y hoy yo bien recuerdo que estos cristianos por todo el mundo son personas pacíficas y honradas a toda prueba. Jamás toman parte en levantamientos o perturbaciones, y estoy convencido que ninguno de estos crímenes que se les imputan podrá probarse contra ellos. ¿Por qué, entonces, se les mata?

-Sin embargo el Emperador tiene que tener buenas razones para haberlo dispuesto así.

-Bien puede él haber sido instigado por consejeros ignorantes o maliciosos.

Tengo entendido que es una resolución tomada por él mismo.

-El número de los que han sido entregados a la muerte de esa manera y por el mismo motivo es enorme.

-Oh, sí, son algunos millares. Quedan muchos más; pero es que no se les puede capturar. Y precisamente eso me recuerda la razón de mi presencia acá. Te traigo la comisión imperial.

Lúculo extrajo de los dobleces de su capa militar un rollo de pergamino, el cual entregó a Marcelo. Este último examinó con avidez su contenido. Se le ascendía a un grado mayor, al mismo tiempo que se le comisionaba para buscar, perseguir y detener a los cristianos en donde fuera que se hallasen ocultos, haciéndose mención en particular de las catacumbas.

Marcelo leyó con el ceño fruncido y luego puso el rollo a un lado.

-No pareces estar muy contento.

-Te confieso que la tarea es desagradable. Soy un soldado y no me gusta eso de andar a la caza de viejos débiles y niños para los verdugos. Sin embargo, como soldado debo obedecer. Dime algo acerca de esas catacumbas.

-Las catacumbas? Es un distrito subterráneo que hay debajo de la ciudad, y cuyos límites nadie conoce. Los cristianos huyen a las catacumbas cada vez que se hallan en peligro; también están ya habituados a enterrar a sus muertos allí. Una vez que logran penetrar allí, se pueden considerar fuera del alcance de los poderes del estado.

-Quién hizo las catacumbas?

-Nadie sabe con exactitud. El hecho es que han existido allí por muchos siglos. Yo creo que fueron excavadas con el objeto de extraer arena para edificaciones. Pues en la actualidad todo nuestro cemento proviene de allí, y podrás ver innumerables obreros trayendo el cemento a la ciudad por todos los caminos. En la actualidad tienen que ir hasta una gran distancia, porque

con el transcurso de los años han excavado tanto debajo de la ciudad que la han dejado sin fundamento.

-Existe alguna entrada regular?

-Hay entradas innumerables. Precisamente esa es la dificultad. Pues si hubiera solamente unas pocas, entonces podríamos capturar a los fugitivos. Pero así no podemos distinguir de qué dirección hemos de avanzar contra ellos.

-Hay algún distrito del cual se sospecha?

-Sí. Siguiendo por la Vía Apia, como a dos millas, cerca a la tumba de Cecilia Metella, la gran torre redonda que conoces, allí se han encontrado muchos cadáveres. Hay conjeturas que esos son cuerpos de los cristianos que han sido rescatados del anfiteatro y llevados allá para ciarles sepultura. Al acercarse los guardias los cristianos han dejado los cadáveres y han huido. Pero, después de todo, eso no ayuda en nada, porque después que uno penetra a las catacumbas, no puede considerar que está más cerca del objetivo que antes. No hay ser humano que pueda penetrar a aquel laberinto sin el auxilio de aquellos que viven allí mismos.

-¿Quiénes viven allí?

-Los excavadores, que aún se dedican a cavar la cierra en busca de arena para las construcciones. Casi todos ellos son cristianos, y siempre están ocupados a cavar tumbas para los cristianos que mueren. Esos hombres han vivido allí toda la vida, y no solamente puede decir que están familiarizados con todos aquellos pasajes, sino que tienen una especie de instinto que les guía.

-Has entrado algunas veces a las catacumbas, ¿verdad?

-Una vez, hace mucho tiempo, cuando un excavador me acompañó. Pero sólo permanecí allí un corto tiempo. Me dio la impresión de ser el lugar más terrible que hay en el mundo.

-Yo he oído hablar de las catacumbas, pero en realidad no sabía nada respecto a ellas. Es extraño que sean tan poco conocidas. ¿No podrían esos excavadores comprometerse a guiar a los guardias por todo ese laberinto?

-No, ellos no entregarían a los cristianos.

-Pero, ¿se ha intentado hacerlo?

-Oh, sí. Algunos obedecen y guían a los oficiales de la justicia a través de la red de pasajes, hasta que llega un momento en que casi pierden el sentido. Las antorchas casi se extinguen, llegando ellos a aterrorizarse. Y entonces piden que se regrese. El excavador expresa que los cristianos deben haber huido, y así regresa al oficial al punto de partida o ingreso.

-¿Y ninguno tiene la suficiente resolución de seguir hasta llegar a encontrar a los cristianos?

-Si insisten en continuar la búsqueda, los excavadores les guían hasta cuando quieran. Pero lo hacen por los incontables pasajes que interceptan algunos distritos particulares.

-¿Y no se ha encontrado uno solo que entregue a los fugitivos?

-Sí, algunas veces. Pero, ¿de qué sirve? A la primera señal de alarma todos los cristianos desaparecen por los conductos laterales que se abren por todas partes.

-Mis perspectivas de éxito parecen muy pocas.

-Podrán ser muy pocas, pero mucha esperanza se tiene cifrada en tu osadía v sagacidad. Pues si llegas a tener éxito en esta empresa que se te comisiona, habrás asegurado tu fortuna. Y ahora, ¡buena suerte! Te he dicho todo lo que yo conozco. No tendrás dificultad en aprender mucho más de cualquiera de los excavadores.

Eso decía Lúcido al mismo tiempo que se marchaba. Marcelo hundió su rostro entre las manos, y se sumió en profundos pensamientos. Empero, en medio de su meditación le perseguía, como envolviéndole, la otra cada vez más penetrante de aquella gloriosa melodía que evidenciaba el triunfo sobre la muerte: Al que nos amó. Al que nos ha lavado de nuestros pecados.

***

3
LA VIA APIA

Sepulcros en despliegue de melancolía. Guardan de los poderosos las cenizas

Que duermen en la Vía Apia.

MARCELO SE ENTREGO de lleno y sin perder un momento a cumplir la comisión a que se le había destinado. El día siguiente se dedicó a la investigación. Como se trataba de una correría de mera indagación, no se hizo acompañar por soldado alguno. Partiendo del cuartel de los pretorianos, tomó la Vía Apia hacia las afueras de la ciudad.

Una sucesión de tumbas se alineaba a ambos costados de esta vía famosa, cuya magnífica conservación corría a cargo de las cuidadosas familias a quienes pertenecían. A cierta distancia del camino quedaban las casas y las villas, tan igualmente apiñadas como en el centro de la ciudad. Mucha distancia quedaba aún por recorrer para llegar al campo abierto.

Finalmente llegó el caminante a la enorme torre redonda, que se levanta a unas dos millas de la puerta. Construida de enormes bloques de travertino, había sido ornamentada con la más imponente belleza y sencillez al mismo tiempo. El estilo austero de tan sólida construcción le imprimía un aire de firme desafío contra los embates del tiempo.

A esta altura Marcelo se detuvo para contemplar lo que había recorrido. Roma tenía la virtud de ofrecer una vista nueva y a cual más interesante a aquel observador que recién la conocía. Lo más notorio aquí era la interminable fila de tumbas. Hasta este punto de reposo inevitable habían llegado en su marcha triunfal las grandes, los nobles y los valientes de los tiempos basados, cuyos epitafios competían en hacer públicos sus honores terrenales, en contraste con la incertidumbre de sus perspectivas en el ignoto de una vida, por ventura, sin fin.

Las artes al servicio de la riqueza habían erigido estos pomposos monumentos, y el afecto piadoso de los siglos los había preservado hasta el momento. Precisamente frente a él tenía el mausoleo sublime de Cecilia Metella. Más allá estaban las tumbas de Catalino y los Servili. Aun más allá se encontró su mirada con el lugar de reposo de Escipión, cuya clásica arquitectura clasificaba su contenido con "el polvo de sus heroicos moradores."

A su mente acudieron las palabras de Cicerón: "¿Cuando salís por la Puerta Capena, y veis las tumbas le Catalino, de los Escipiones, de los Servili, y de los Servili, os atrevéis a pensar que los que allí sepultos reposas son infelices?"

Allí estaba el Arco de Druso limitando el ancho de la vía. En uno de los lados estaba la gruta histórica de Egeria, y a corta distancia el lugar elegido una vez por Aníbal para lanzar su jabalina contra las murallas de Roma. Las interminables hileras de tumbas seguían hasta que a la distancia terminaban en la monumental pirámide de Gayo Cestio, ofreciendo todo este conjunto el más grande escenario de magnificencia sepulcral que se podía encontrar en toda la tierra.

Por todos los lados la tierra se hallaba cubierta de las moradas del hombre, porque hacía largo tiempo que la ciudad imperial había rebasado sus límites originales, y las casas se habían desparramado a todos los lados por el campo que la circundaba, hasta el extremo que el viajero apenas podía distinguir en dónde terminaba el campo y dónde empezaba la ciudad.

Desde la distancia parecía saludar al oído el barullo de la ciudad, el rodar de los numerosos carros, el recorrer multitudinario de tantos pies presurosos. Delante de él se levantaban los monumentos, el blanquísimo lustre del palacio imperial, las innumerables cúpulas y columnas formando torres elevadas, como una ciudad en el aire, por encima de todo el excelso Monte Capitolino, en cuya cumbre se eleva el templo de Jove.

Empero, tanto más impresionante que el esplendor del hogar de los vivos era la solemnidad de la ciudad de los muertos.

¡Qué derroche de gloria arquitectónica se desplegaba alrededor de él! Allí se elevaban orgullosos los monumentos de las grandes familias de Roma. El heroísmo, el genio, el valor, el orgullo, la riqueza, todo aquello que el hombre estima o admira, animaban aquí las elocuentes piedras y despertaban la emoción. Aquí estaban las formas visibles de las más altas influencias de la antigua religión pagana. Empero sus efectos sobre el alma nunca correspondieron con el esplendor de sus formas exteriores o la pompa de sus ritos. Los epitafios de los muertos no evidenciaban ni un ápice de fe, sino amor a la vida y sus triunfos; nada de seguridad de una vida inmortal, sino un triste deseo egoísta de los placeres de este mundo.

Tales eran los pensamientos de Marcelo, mientras meditaba sobre el escenario que tenía delante de sí, repitiéndosele insistentemente el recuerdo de las palabras de Cicerón: "¿Os atrevéis a pensar que los que allí sepultos reposan son infelices?"

Siguió pensando ahora, "Estos cristianos, en cuya búsqueda me encuentro, parecen haber aprendido más lo que yo puedo descubrir en nuestra filosofía. Ellos, parecen no solamente haber conquistado el temor a la muerte, sino que han aprendido a morir gozosos. ¿Qué poder secreto tienen ellos que llega a inspirar aun a los más jóvenes y a los más débiles de ellos? Cuál es el significado oculto de sus cantos? Mi religión puede solamente tener esperanza que tal vez no seré infeliz; empero, la de ellos les lleva a morir con cantos de triunfo, de regocijo."

Pero ¿qué iba a hacer para poder continuar su búsqueda de los cristianos? Multitud de personas pasaban unto a él, pero él no podía descubrir uno solo capaz de, ayudarle. Edificios de

variados tamaños, murallas, tumbas y templos le rodeaban por todas partes, pero él no veía lugar alguno que pudiera conducirle a las catacumbas. Se hallaba completamente perdido y sin saber qué hacer.

Entró por una calle caminando lentamente, tratando de hacer un escrutinio cuidadoso de cada persona quien encontraba, y examinando minuciosamente cada edificio. Con todo, no obtuvo el menor resultado, salvo el haber descubierto que la apariencia exterior de cuanto le rodeaba no mostraba señales que se relacionasen con moradas subterráneas. El día pasó, y empezó a hacerse tarde; pero Marcelo recordó que le habían dicho que había muchas entradas a las catacumbas, y fue así que continuó su búsqueda, esperando hallar un derrotero antes de la caída del día.

Al fin fue compensada su búsqueda. Había caminado en todas direcciones, a veces recorriendo sus propias pisadas y volviendo de nuevo al mismo punto de partida para reorientarse. Las sombras crepusculares se acercaban y el sol se aproximaba a su ocaso. En esas circunstancias su ojo avizor fue atraído hacia un hombre que en dirección opuesta caminaba seguido de un pequeñuelo. La vestimenta del hombre era de burda confección y además manchada de arena, barro y arcilla. Su aspecto enjuto y pálido rostro evidenciaban que era alguien que había estado largo tiempo en prisiones, y así toda su apariencia exterior atrajo la atenta mirada del joven soldado.

Se acercó a aquel hombre, y no sin antes ponerle la mano sobre el hombro, le dijo:

-Tú eres cavador. Ven conmigo.

Al levantar el hombre la mirada, se dio con un rostro severo. Y la presencia del vestido del oficial le atemorizó. Al instante desapareció, y antes que Marcelo pudiera dar el primer paso en su persecución, había tomado un encaminamiento lateral y se había perdido de vista.

Pero Marcelo cogió al muchacho.

-Ven conmigo -le dijo.

El pobre niño no pudo hacer más que mirarlo, pero con tal agonía y miedo que Marcelo fue conmovido.

-Tenga misericordia de mí, le pido por mi madre. Si Ud. me detiene, ella morirá. El niño se echó así a sus pies, balbuciendo solamente aquello en forma entrecortada.

-No te voy a hacer ningún daño; ven conmigo -y así lo condujo hacia e1 espacio abierto apartado del lugar por donde tanta gente estaba circulando. -Ahora que estamos solos -le dijo deteniéndose y mirándolo-, dime la verdad. Quién eres tú?

-Me llamo Polio -dijo el niño.

-Dónde vives?

-En Roma.

- Qué estás haciendo aquí?

-Salí a hacer un mandado.

-Quién era ese hombre?

-Un cavador.

-Qué estabas haciendo tú con él?

-El me estaba llevando un bulto.

-Qué contenía el bulto?

-Provisiones.

-¿A quién se lo llevabas?

-A una persona menesterosa por allá.

-¿Dónde vive esa persona?

-Acá cerca, no más.

-Ahora, muchacho, dime la verdad. ¿Sabes tú algo sobre las catacumbas?

-He oído hablar de ellas -dijo el niño tranquilamente.

-¿Nunca estuviste dentro de ellas?

-Sí, he estado en algunas de ellas.

-Conoces a alguien que vive allí?

-Sí, algunas personas. Los cavadores viven allí.

-Tú te ibas a las catacumbas con él?

-Qué voy a ir a hacer allí a esta hora? -dijo el niño inocentemente.

-Eso precisamente es lo que quiero saber. ¿Te ibas para allá?

-¿Cómo me voy a atrever a ir allá, cuando es prohibido por la ley?

Marcelo dijo abruptamente, -Ya es de noche. Vamos al servicio de la noche en aquel templo.

El menor vaciló, y luego dijo, -Estoy de prisa.

-Pero en este momento tú eres mi prisionero. Yo nunca dejo de ir a adorar a mis dioses. Tú tienes que venir conmigo y ayudarme en mis servicios devocionales.

A lo que el niño contestó firmemente, -Yo no puedo.

-Por qué no puedes?

-Pues soy cristiano.

-Yo lo sabía. Y tú tienes amigos en las catacumbas, y tú te vas para allá ahora. Ellos son la gente menesterosa a quienes les estas llevando esas provisiones, y el mandado que dices es en beneficio de ellos.

El niño inclinó la cabeza y guardó silencio.

-Quiero que tú me lleves ahora mismo a la entrada a las catacumbas.

-Oh, usted que veo que es un oficial generoso, ¡tenga misericordia de mí! No me pida una tal cosa, porque no puedo hacerlo. Jamás voy yo a traicionar a mis amigos.

-Tu no vas a traicionarlos. No quiere decir nada que me muestres una entrada entre las muchas que conducen allá abajo. ¿Crees que los guardias no las conocen a cada una?

El muchacho reflexionó por un momento, y finalmente manifestó su asentimiento.

Marcelo lo tomó de 1a mano y se entregó para que lo condujese. El niño volteó hacia la derecha de la Vía Apia, y después de recorrer una corta distancia, llegó a una casa inhabitada. Entró en ella y bajó al sótano. Allí había una puerta que aparentemente daba a un sencillo depósito. El niño señaló ese lugar y se detuvo.

-Yo deseo bajar allá ---dijo Marcelo firmemente.

-¿Seguro que usted no se atrevería a bajar allí solo?

-Dicen que los cristianos no cometen delitos. ¿De qué habría yo de temer? Sigamos.

-Yo no tengo antorchas.

-Pero yo tengo. Yo vine preparado. Vamos.

-Yo no puedo seguir más.

-¿Te niegas?

El muchacho replicó: -Debo negarme. Mis amigos, mis parientes se hallan allá abajo. Antes que conducirle a Ud., allá donde están ellos yo moriría cien veces.

-Tú eres muy osado. Pero no sabes lo que es la muerte.

-¿Que yo no lo sé? Qué cristiano hay que tema ir a la muerte? Yo he visto a muchos de mis amigos morir la agonía, y aun he ayudado a sepultarlos. Yo no le conduciré a Ud. allá. Lléveme a la prisión. El niño dio media vuelta.

-Pero si yo te llevo ¿qué pensarán tus amigos? Tienes madre?

El niño inclinó la cabeza y se echó a llorar amargamente. La mención de aquel nombre querido le había vencido.

-Ya veo que tienes madre y que la amas. Llévame abajo y la volverás a ver.

-Yo jamás les traicionaré, ya le he dicho. Antes moriré. Haga conmigo lo que quiera Ud.

-Si yo tuviera malas intenciones,

¿crees te que bajaría sin hacerme acompañar por soldados? -dijo Marcelo.

-Pero ¿qué puede querer un soldado, o un pretoriano, con los perseguidos cristianos, sino destruirlos?

-Muchacho, yo no tengo malas intenciones. Si tú me guías abajo te juro que no haré nada contra tus amigos. Cuando yo esté abajo, yo seré un prisionero, y ellos pueden hacer conmigo lo que quieran.

-¿Me jura Ud. que no los traicionará?

-Yo juro por la vida de César, y por los dioses inmortales, -dijo Marcelo solemnemente.

-Vamos, entonces -dijo el niño-. No necesitamos antorchas. Sígame cuidadosamente. Y el menor penetró por la estrechísima abertura.

***

4
LAS CATACUMBAS

Nada de luz, sino sólo tinieblas Que descubrían cuadros de angustia,

Regiones de dolor, funestas sombras.

SIGUIERON EN LA DENSA OBSCURIDAD, hasta que al fin el pasaje se tornó más ancho y llegaron a unas gradas que conducían hacia abajo. Marcelo, cogido del vestido del niño, lo seguía.

Era ciertamente una situación que provocaba alarma. Pues se estaba entregando en manos de aquellos hombres, a quienes precisamente la clase a que él pertenecía los había privado del aire libre, hundiéndolos en aquellas tétricas moradas. Para ellos él no podía ser reconocido de otro modo sino como perseguidor. Pero la impresión que en él había dejado la gentileza y humildad de ellos era tal que él no tenía el menor temor de sufrir daño alguno. Estaba sencillamente en manos de este niño que bien podía conducirlo a la muerte en las densas tinieblas de este impenetrable laberinto, pero ni siquiera pensaba en ello. Era el deseo ferviente de conocer más de estos cristianos, lograr su secreto, lo que le guiaba a seguir adelante; y conforme había jurado, así había resuelto que esta visita no sería utilizada para traicionarlos o herirlos.

Después de descender por algún tiempo, se hallaban caminando por terreno a nivel. De pronto voltearon y entraron a una pequeña cámara abovedada, que se hallaba alumbrada por la débil fosforescencia de un hogar. El niño había caminado con paso firme sin la menor vacilación, como quien está perfectamente familiarizado con la ruta. Al llegar a aquella cámara, encendió la antorcha que estaba en el suelo, y reemprendió su marcha.

Hay siempre un algo inexplicable en el aire de un campo santo que no es posible comparar con el de ningún otro lugar. Prescindiendo del hecho de la reclusión, la humedad, el mortal olor a tierra, hay una cierta influencia sutil que envuelve tales ámbitos con tanta intensidad que los hace tanto más aterradores. Allí campea el hálito de los muertos, que posa tanto en el alma como en el cuerpo. He allí la atmósfera de las catacumbas. El frío y la humedad atacaban al visitante, cual aires estremecedores del reino de la muerte. Los vivos experimentaban el poder misterioso de la muerte.

Polio caminaba adelante, seguido por Marcelo. La antorcha iluminaba apenas las densas tinieblas. Los destellos de luz del día, ni aun el más débil rayo, jamás podrían penetrar aquí para aliviar la deprimente densidad de estas tinieblas. La oscuridad era tal que se podía sentir. La luz

de la antorcha dio su lumbre gólo unos pocos pasos, pero no tardó en extinguirse en tantas tinieblas.

La senda seguía tortuosamente haciendo giros in contables. Repentinamente Polio se detuvo y señaló hacia abajo. Mirando por entre la lobreguez, Marcelo vio una abertura en la senda que conducía aun más abajo de donde ya estaban. Era un foso sin fondo visible.

-¿Adónde conduce? Abajo.

-¿Hay más pasillos abajo?

-Oh, sí. Hay tantos como acá; y aun debajo de siguiente sección hay otros. Yo sólo he estado en pisos diferentes de estas sendas, pero algunos viejos cavadores dicen que hay algunos lugares en que se puede bajar a una enorme profundidad.

El pasillo serpenteaba de tal modo que toda idea de ubicación se perdía por completo. Marcelo ya no podía precisar si se hallaba a unos cuantos pasos de la entrada o a muchos estadios. Sus perplejos pensamientos tardaron en tornarse hacia otras cosas. Al pasarle primera impresión de las densas tinieblas, se dedicó mirar más cuidadosamente a lo que se le presentaba la vista, cada vez más maravillado del extraño recinto. A lo largo de las murallas había planchas semejantes a lápidas que parecían cubrir largas y estrechas excavaciones. Estos nichos celulares se alineaban a ambos lados tan estrechamente que apenas quedaba entre uno y otro. Las inscripciones que se veían en planchas evidenciaban que eran tumbas de cristianos. No tuvo tiempo de detenerse a leer, pero había una nota la repetición de la misma expresión, tal como:

HONORIA - ELLA DUERME EN PAZ

FAUSTA - EN PAZ

En casi todas las planchas ¿él vio la misma dulce benigna palabra. "PAZ," pensaba Marcelo. "Que gente más maravillosa son estos cristianos, que aun en medio de escenarios como éste abrigan su sublime desdén a la muerte."

Sus ojos se habituaban cada vez mejor a las tinieblas conforme avanzaba. Ahora el pasillo empezaba a estrecharse; el techo se inclinaba y los lados se acercaban; ellos tenían que agacharse y caminar más despacio. Las murallas eran toscas y rudamente cortadas conforme las dejaban los trabajadores cuando extraían dc aquí su última carga de arena para los edificios del exterior. La humedad subterránea y las acrecencias de honguillos se hallaban regadas por todas partes, agravando todo su color tétrico, saturando el aire de pesada humedad, mientras que el humo de las antorchas hacía la atmósfera tanto más depresiva.

Pasaron centenares de pasillos y decenas de lugares en que se encontraban numerosas sendas, que se separaban en diferentes direcciones. Estas innumerables sendas demostraban a Marcelo hasta qué punto se hallaba fuera de toda esperanza, cortado del mundo del exterior. Este niño lo tenía en sus manos.

-¿Suelen perderse algunas personas acá?

-Con gran frecuencia.

-¿Qué pasa con ellos?

-Algunas veces vagan hasta que encuentran a algún amigo; algunas otras veces nunca más se oye nada de ellos. Pero en la actualidad la mayoría de nosotros conocemos el lugar tan bien, que si nos perdernos, no tardamos en llegar de nuevo, a tientas, a alguna senda conocida.

Una cosa en particular impresionó mayormente al joven oficial, y era la inmensa preponderancia de las tumbas pequeñas. Polio le explicó que esas pertenecían a niños. Ello le despertó sentimientos y emociones que no había experimentado antes.

"¡Niños!" pensaba él. "¿Qué hacen ellos? ¿Los jóvenes, los puros, los inocentes? ¿Por qué no fueron sepultados arriba, en donde los rayos bienhechores del sol los abrigarían y las flores adornarían sus tumbas? Acaso ellos hollaron senderos tan tenebrosos como estos en sus cortos días de vida? ¿Acaso ellos hubieron de compartir su suerte con aquellos que recurrieron a estos tétricos escondites en su huida de la persecución? ¿Acaso el aire deletéreo de esta interminable tristeza de estas pavorosas moradas aminoró sus preciosas vidas infantiles, y quitó de la vida sus inmaculados espíritus antes de su tiempo de madurez?

Marcelo, como en un suspiro, preguntó, -Largo tiempo hace que nos encontramos en esta marcha, ¿estamos ya para llegar?

El niño le contestó, -Muy pronto llegaremos.

Sean cuales hayan sido las ideas que Marcelo abrigaba antes de llegar acá en cuanto a la caza de estos fugitivos, ahora se había convencido que todo intento de hacerlo era absolutamente en vano. Todo un ejército de soldados podía penetrar aquí y jamás llegar ni siquiera a ver un solo cristiano. Y cuanto más se alejara, tanto más desesperanzada sería la jornada. Ellos podrían diseminarse por estos innumerables pasillos y vagar por allí hasta encontrar la muerte.

Pero ahora un sonido apenas perceptible, como de gran distancia, atrajo su atención. Dulce y de una dulzura indescriptible, bajísimo y musical, venía procedente de los largos pasillos, llegando a encantarle como si fuera uña voz de las regiones celestiales.

Continuaron su lenta marcha, hasta que una luz brilló delante de ellos, hiriendo las densas tinieblas con sus rayos. Los sonidos aumentaban, elevándose de pronto en un coro de magnificencia imponderable, para luego disminuir y menguar hasta tornarse en unos lamentos de penitentes súplicas.

Dentro de unos cuantos minutos llegaron a un to en que tuvieron que voltear en su marcha, desembocando ante un escenario que bruscamente apareció delante de sus ojos.

-¡Alto! -exclamó Polio, al mismo tiempo que tenía a su compañero y apagaba la luz de la antorcha que les había guiado hasta aquí. Marcelo obedeció, y miró con profunda avidez al espectáculo que se le ofrecía a la vista. Estaban en una cámara abovedada como de unos cinco metros de alto y diez en cuadro. Y en tan reducido espacio se albergaban como cien personas, hombres, mujeres y niños. A un lado había una mesa, tras la cual estaba de pie un anciano venerable, el cual parecía ser el dirigente de ellos. El lugar se hallaba iluminado con el reflejo de algunas antorchas que arrojaban su mortecina luz rojiza sobre la asamblea toda. A los presentes se les veía cargados de inquietud y demacrados, observándose en sus rostros la misma característica palidez que habla visto en el cavador. ¡Ah, pero la expresión que ahora se veía en ellos no era en lo absoluto de tristeza, ni de miseria ni de desesperación! ¡Más bien una atractiva esperanza iluminaba sus ojos, y en sus rostros se dibujaba un gozo victorioso y triunfal. ¡El alma de este observador fue conmovida hasta lo más íntimo, porque no era sino la confirmación anhelada inconscientemente de todo cuanto había admirado en los cristianos: su heroísmo, su

esperanza, su paz, que se fundaban necesariamente en algo, escondido, oculto, lejano para él! Y mientras permanecía estático y silencioso, escuchó el canto entonado con el alma por esta congregación:

Grandes y maravillosas son tus obras,

Señor Dios todopoderoso.

Justos y verdaderos son tus caminos,

Tú, oh Rey de los santos.

¿Quién no Te temerá, oh Dios, y ha de glorificar

Tu sagrado Nombre?

Porque Tú solo eres santo.

Porque todas las naciones han de venir y adorar delante

De Ti,

Porque tus juicios se han manifestado.

A esto siguió una pausa. El dirigente leyó algo en un rollo que hasta el momento era desconocido Marcelo. Era la aseveración más sublime de la inmortalidad del alma, y de la vida después de la muerte. La congregación toda parecía pendiente del majestuoso poder de estas palabras, que parecían transmitir hálitos de vida. Finalmente el lector llegó a prorrumpir en una exclamación de gozo, que arrancó clamores de gratitud y la más entusiasmada esperanza de parte de toda la congregación. Las palabras penetraron al corazón del observador recién llegado, aunque él todavía no comprendía la plenitud de su significado: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y la potencia del pecado, la ley. Mas a Dios gracias, que nos da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo."

Estas palabras parecieron descubrir un nuevo mundo ante su mente, con novísimos pensamientos. ¡El pecado, la muerte, Cristo, con toda aquella infinita secuela de ideas relacionadas, aparecían débilmente perceptibles para su alma, que, más que despertar, parecía resucitar! ¡Ahora mayormente ardía en él un anhelo vivo por llegar a conocer el secreto de los cristianos, anhelo que hasta saciar no pararía!

El que dirigía levantó la cabeza reverente, extendió los brazos y habló fervientemente con Dios. Se dirigía al Dios invisible como viéndolo, expresaba su confesión e indignidad, y expresaba las gracias por el limpiamiento de los pecados, merced a la sangre expiatoria de Jesucristo. Pedía que el Espíritu Santo desde lo alto descendiera a obrar dentro de ellos para que los santificara. Luego enumeró sus agonías, y pidió que fueran librados, pidiendo la gracia de la fe en la vida, la victoria en la muerte, y la abundante entrada en los cielos en el nombre del Redentor, Jesús.

Después de esto siguió otro canto que fue cantado como el anterior:

He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres,

Y El morará con ellos,

Y ellos serán su pueblo,

Y el mismo Dios será con ellos

Y será su Dios.

Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos,

Y no habrá más muerte, ni tristeza,

Ni gemidos,

Ni tampoco habrá más dolor,

Porque las cosas viejas pasaron. Amén.

Bendición, gloria y sabiduría,

Y hacimiento de gracias, y honor, y potencia, y magnificencia,

Sea a nuestro Dios

Por los siglos de los siglos. Amén.

Y después de esto la congregación empezó a dispersarse. Polio avanzó hacia adelante conduciendo a Marcelo. Pero ante la presencia de su figura marcial y su relumbrante armadura todos retrocedieron e intentaron huir por los diferentes senderos. Pero Marcelo clamó en alta voz:

-¡No temáis, cristianos; yo me rindo ante vosotros, estoy en vuestro poder!

Ante ello, todos ellos volvieron, y luego lo miraron con ansiosa curiosidad. El anciano que había dirigido la reunión avanzó hacia él y le dirigió una mirada firme y escudriñadora.

-¿Quién eres tú, y por qué nos persigues aun hasta este último escondite de reposo que se nos deja en la tierra?

-Tened a bien no sospechar el mínimo mal de parte mía. Yo vengo solo, sin escolta ni ayuda. Estoy a merced de vosotros.

-Pero, por ventura, ¿qué puede desear de nosotros un soldado, y tanto peor, un pretoriano? ¿Estás acaso perseguido? ¿Eres acaso un criminal? ¿Está tu vida en peligro?

-De ninguna manera. Yo soy oficial de alta graduación y autoridad, y es el caso que toda mi vida he andado ansiosamente buscando la verdad. Y he oído mucho respecto a vosotros los cristianos; empero en esta época de persecución es difícil hallar uno solo de vosotros en Roma. Y es por eso que he venido hasta aquí en vuestra búsqueda.

Ante esto, el anciano pidió a la asamblea que se retirase, a fin de que él pudiera conversar con el recién llegado. Los otros en el acto lo hicieron así y se alejaron por diferentes encaminamientos, sintiéndose más tranquilos. Una mujer pálida se adelantó hacia Polio y lo tomó en sus brazos.

-¡Cuánto te tardaste, hijo mío!

-Madre querida, me encontré con este oficial, y me tuve que detener.

-Gracias sean a Dios nuestro Señor que estás bien. Pero ¿quién es él?

A lo que el muchacho contestó diciendo confiadamente, -Yo creo que él es un hombre honrado. Ya ves cómo confía en nosotros.

El dirigente intervino diciendo, -Cecilia, no te vayas, espérate un momentito. -La mujer se quedó, habiendo hecho lo mismo unas pocas personas más.

-Yo me pongo a tus órdenes, soy Honorio dijo el anciano, dirigiéndose a Marcel. Soy un humilde anciano en la Iglesia de Jesucristo. Yo creo que tú eres sincero y de buena fe. Dime pues ahora, qué es lo que quieres de nosotros.

-Por mi parte, me pongo a sus órdenes. Me llamo Marcelo, y soy capitán de la guardia pretoriana.

- ¡Ay de mí! exclamó Honorio, juntando las manos al mismo tiempo que caía sentado sobre su asiento. Los otros miraron a Marcelo apesadumbrados, y la mujer, Cecilia, clamó agonizante de dolor.

-¡oh, Polio querido! ¡Cómo nos has traicionado!



5
EL SECRETO DE LOS CRISTIANOS

El misterio de la piedad,

Dios manifestado en carne.

EL JOVEN OFICIAL permaneció atónito al darse cuenta del efecto que su solo nombre había producido.

Y reaccionando dijo: -¿Por qué todos tembláis de ese modo? ¿ Es por ventura a causa de mí?

Honorio le contestó: -Ay de mí. Aunque proscritos nos hallamos en estos lugares, tenemos constante comunicación con la ciudad. Estamos enterados de que nuevos esfuerzos han de hacerse para perseguirnos con mas severidad, y que Marcelo, capitán de los pretorianos, ha sido designado para buscarnos. Y en este momento a ti te vemos en nuestra presencia, a nuestro principal enemigo. ¿No es ésta suficiente causa para que temamos? ¿Por qué habrías tú de perseguirnos hasta este lugar?

Marcelo exclamó: -No tenéis causa para temerme, aun en el caso que yo fuese vuestro peor enemigo. ¿ No estoy en poder de vosotros? Si quisiereis detenerme, ¿podría yo escapar? Si quisiereis matarme, ¿podría yo resistir? Estoy sencillamente entre vosotros tal como me veis, sin

ninguna defensa. El hecho de encontrarme aquí solo es prueba de que no hay peligro de parte mía.

Honorio, reasumiendo su aire de calma, dijo: -Verdaderamente, tienes razón; tú de ninguna manera podrías regresar sin nuestra ayuda.

-Escuchadme, pues, que yo os explicaré todo. Yo soy soldado romano. Nací en España y fui criado en la virtud y la moralidad. Se me enseñó a temer a los dioses y a cumplir con mi deber. Yo he estado en muchas tierras y me he dedicado por entero a mi profesión. Sin embargo, nunca he descuidado mi religión. En mis habitaciones he estudiado todos los escritos de los filósofos de Grecia y de Roma. Como resultado de ello he aprendido a desdeñar nuestros dioses y diosas, los que no son mejores, y más bien son peores que yo mismo.

-Platón y Cicerón me han enseñado que hay una Deidad suprema a la que es mi deber obedecer. Pero ¿cómo lo puedo conocer y cómo le debo obedecer? También he aprendido que yo soy inmortal, y que cuando muera me he de convertir en espíritu. ¿Cómo seré entonces? ¿Seré feliz o miserable? ¿Cómo puedo yo asegurarme la felicidad en la vida espiritual? Ellos describen con derroche de elocuencia las glorias de la vida inmortal, pero no dan instrucciones para los hombres comunes como yo. Pues el llegar a saber todo esto es lo que constituye el anhelo vivo de mi alma.

-Los sacerdotes son incapaces de decir nada. Ellos se encuentran enlazados con antiguos formalismos y ceremonias en las cuales ellos mismos jamás han creído. La antigua religión es muerta; son los hombres los que la mantienen en pie.

-En las diferentes tierras por donde he andado, he oído mucho sobre los cristianos. Pero encerrado, como lo he estado en mi cuartel siempre, jamás he tenido la feliz oportunidad de conocerlos. Y para ser franco, no me he interesado por conocerlos hasta últimamente. He oído los informes comunes de su inmoralidad, sus vicios secretos, sus pérfidas doctrinas. Y desde luego hasta hace poco yo creía todo eso.

-Hace unos pocos días estuve en el Coliseo. Allí recién aprendí algo respecto a los cristianos. Yo contemplé al gladiador Macer, un varón a quien el temor era desconocido, y él prefirió hacerse quitar la vida, antes que hacer lo que él creía que era malo. Vi un venerable anciano hacer frente a la muerte con una pacífica sonrisa en sus labios; y, sobre todo, vi un puñado de muchachas que entregaron su vida a las fieras salvajes con un canto de triunfo en sus labios:

Al que nos amó,

Al que nos ha lavado de nuestros pecados

Lo que Marcelo expresó produjo un efecto maravilloso. Los ojos de los que escuchaban resplandecían de gozo y vehemencia. Cuando él mencionó a Macer, ellos se miraron los unos a los otros con señas significativas. Cuando él habló del anciano, Honorio inclinó la cabeza. Cuando habló de los niños y muchachas, y musitaron las palabras del himno que cantaron, todos voltearon el rostro y lloraron.

-Fue aquella vez la primera de mi vida en que vi derrotada la muerte. Desde luego yo puedo afrontar la muerte sin temor, como también cada soldado que se ve en el campo de batalla. Pues tal es nuestra profesión. Pero estas personas se complacían y regocijaban en morir. Aquí no

se trata de soldados, sino de niños, que estaban imbuidos de los mismos sentimientos en sus corazones.

-Desde entonces no he podido pensar absolutamente en ninguna otra cosa. ¿Quién es ése que os amó? ¿Quién es el que os lavó de vuestros pecados Con su sangre? ¿Quién es el que os da ese valor sublime y esa esperanza viva? ¿Quién o qué es lo que os sostiene aquí? ¿Quién es Aquel a quien acaban de estar hablando?

-Yo efectivamente he sido comisionado para conducir los soldados contra vosotros para destruiros. Pero primeramente quiero saber más respecto a vosotros. Yo juro por el Ser supremo que esta mi visita no os ha de ocasionar ningún daño. Decidme, pues, el secreto de los cristianos.

Honorio contestó, -Tus palabras son ciertas y sinceras. Ahora ya sé que tú no eres espía o enemigo, sino más bien una alma inquisitiva que ha sido enviada aquí por el mismo Espíritu Santo para que conozcas aquello que hace tiempo has estado buscando. Regocíjate, pues, porque todo aquel que viene a Cristo de ninguna manera será desechado.

-Has visto hombres y mujeres que han dejado amigos, hogar, honores, y riquezas para vivir aquí en necesidad, temor, dolor; y todo lo han tenido por pérdida por causa de Jesucristo. Ni aun sus propias vidas aprecian ellos. El cristiano lo deja todo por Aquel que le amo.

-Tienes toda la razón, Marcelo, al pensar que hay un gran poder que puede hacer todo esto. No es el mero fanatismo, no es ilusión, ni menos es emoción. Es el conocimiento de la verdad y el amor al Dios viviente.

-Lo que tú has buscado por toda tu vida es para nosotros nuestra más cara posesión. Atesorado en nuestros corazones, es para nosotros más digno sin lugar a compararse siquiera con todo lo que el mundo puede dar u ofrecer. Nos otorga felicidad en la vida aun en este tenebroso lugar, y nos da la victoria frente a la misma muerte.

-Tú anhelas conocer al Ser supremo; pues nuestra fe (el Cristianismo) es la revelación de El. Y por medio de esta revelación El hace que le conozcamos. Conforme es infinito en grandeza y poder, también lo es en amor y misericordia. -esta fe nos acerca tan estrechamente a El que El llega a ser nuestro mejor amigo, nuestro guía, nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestro todo, nuestro Creador, nuestro Redentor, y el presente y eterno Salvador.

-Tú quieres saber de nuestra vida inmortal. Pues nuestras escrituras sagradas nos explican esto. Ellas nos enseñan que creyendo en Jesucristo, el Hijo de Dios, y amando y sirviendo a Dios en la tierra, moraremos con El en infinita y eterna bienaventuranza en los cielos. Ellas también nos muestran cómo debemos vivir a fin de agradarle aquí, a la vez que nos enseñan cómo le hemos de alabar por siempre después de esta vida. Por ellas conocemos que la muerte, aunque es una maldición, ya no lo es para el creyente, sino que más bien se torna en bendición, puesto que "partir y estar con Cristo es mucho mejor," en vez de permanecer aquí, porque entramos a la presencia de "Aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros."

-Por consiguiente, exclamó Marcelo, si esto es así, hacedme conocer esta verdad. Porque esto es lo que he estado buscando por largos años; por esto he orado a aquel Ser supremo de quien he oído solamente. Tú eres el poseedor de aquello que yo he anhelado saber. El fin y el objetivo de mi vida se encuentran aquí. Toda la noche está delante de nosotros. No me deseches ni dilates más; dime todo de una vez. ¿Es verdad que Dios ha revelado todo esto, y que yo he estado en ignorancia de ello?

Lágrimas de gozo brillaron en los ojos de los cristianos. Honorio musitó unas palabras de oración de gratitud a Dios. A continuación extrajo un manuscrito que desdobló con tierno cuidado.

Y siguió diciendo, -Aquí, amado joven; tienes la palabra de vida que nos vino de Dios, que es la que trae tal gozo y paz al hombre. Aquí hallamos todo lo que desea el alma. En estas palabras divinas aprendemos lo que no podemos hallar en ninguna otra parte. Y aunque la mente acaricie estas verdades por toda una vida, con todo nunca llegará a dominar la máxima extensión de las verdades gloriosas.

Entonces Honorio abrió el libro y empezó a decir a Marcelo acerca de Jesucristo. Le habló de la promesa en el Edén de Uno que había de herir a Satanás en la cabeza; y la sucesión de profetas que habían predicho su venida; del pueblo escogido por medio del cual Dios había mantenido vivo el conocimiento de la verdad por tantas edades, y de las obras portentosas que ellos habían presenciado. Le leyó el anuncio de que el Hijo de Dios había de nacer de una virgen. Le leyó sobre el nacimiento; su niñez; las primeras presentaciones; sus milagros; sus enseñanzas. Todo esto le leyó, agregando unos pocos comentarios de su parte, del sagrado manuscrito.

Seguidamente pasó a relatar el tratamiento que El recibió: las burlas, el desprecio, la persecución que aceleró todo hasta llegar El a ser traicionado y condenado a muerte.

Finalmente leyó la narración de su muerte en la cruz del Calvario.

El efecto de todo esto era maravilloso en Marcelo.

La luz parecía iluminar su mente. La santidad Dios que abomina el pecado del hombre; su justicia que demanda el castigo; su paciencia infinita que previno un modo de salvar a sus criaturas de la ruina que ellas mismas habían traído sobre sí; su amor inconmensurable que le llevó a dar su Hijo unigénito y bien amado; ese amor que le hizo bajar para sacrificarse para la salvación de los hombres; todo fue explicado con claridad meridiana. Cuando Honorio llegó a la culminación de la dolorosa historia del Calvario, y al punto cuando Jesús clamó, "Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has desamparado?" seguida del grito de triunfo "¡Consumado es!", se pudo oír un profundo suspiro de Marcelo. Y mirando a través de las lágrimas que humedecieron sus propios ojos, Honorio vio la forma de aquel hombre fuerte inclinada y temblando de emoción.

-Basta, basta, -murmuró quedamente, dejadme pensar en El:

Al que nos amó, Al que nos ha lavado de nuestros pecados Con su propia sangre.

Y Marcelo hundió su rostro en sus manos. Honorio elevó sus ojos al cielo y oró. Los dos habían quedado solos, porque sus compañeros se habían retirado. La tenue luz de una lámpara que estaba en una hornacina detrás de Honorio, iluminaba débil-mente la escena. Y así ambos permanecieron en silencio por un largo tiempo.

Finalmente Marcelo levantó la cabeza.

-Y$_0$ siento -dijo él-, que yo también tuve culpa y causé la muerte del Santo. Leedme más de esas palabras de vida, porque mi vida depende de ellas.

Entonces Honorio le volvió a leer la historia de la crucifixión y la sepultura de Jesús, la resurrección la mañana del tercer día, y su ascensión a la diestra de Dios. También leyó la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, que bautizó a los creyentes en un solo cuerpo, de su

permanente morada que hace su templo el cuerpo del creyente, y de su maravilloso ministerio de glorificar a Cristo y de revelarle a los pecadores arrepentidos.

Empero él no terminó allí, sino que procuró traer la paz al alma de Marcelo, leyéndole las palabras de Jesús invitando al pecador a venir a El, y asegurándole la vida eterna como posesión real y presente en el momento en que se le acepta como Señor y Salvador. Leyó también sobre "el nuevo nacimiento," la nueva vida, y la promesa de Jesús de volver otra vez para recoger a todos aquellos que han sido lavados con su sangre para encontrarse con El en las alturas.

-Es la palabra de Dios exclamó Marcel-. Es la voz desde los cielos. Mi corazón responde y acepta todo lo que he oído. ¡Y yo sé que es la verdad eterna! Pero ¿cómo puedo yo venir a ser poseedor de esta salvación? Mis ojos parecen haber sido alumbrados y está despejada toda nube. Al fin me conozco. Antes yo creía que era un hombre justo y recto. Pero al lado del Santo, de que he aprendido tanto, yo quedo hundido en el polvo; veo que ante El yo soy un criminal, convicto y perdido. ¿Cómo puedo ser salvo?

-Cristo Jesús vino al mundo a buscar y salvar lo que se había perdido.

-¿Y cómo puedo yo recibirlo?

-La palabra está cercana, aun en tu boca y en tu corazón: es decir, la palabra de fe que nosotros predicamos, que si tú confesares con tu boca a[1] Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación.

-¿Pero no hay nada que yo deba hacer?

-Por gracia sois salvos por la fe; y esa salvación no es de vosotros sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. La *paga* del pecado es muerte; mas la *dádiva* de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro.

-Pero, ¿ no hay sacrificio que yo tenga que ofrecer?

-El ha ofrecido un sacrificio por el pecado por siempre, y ahora está sentado a la diestra de Dios, y puede salvar para siempre a todos los que vienen a Dios por El, siendo que siempre vive e intercede por ellos.

-Ah, luego si yo me puedo acercar a El, ¡enséñame las palabras, condúceme ante El!

En la oscuridad de la helada bóveda, en la soledad del solemne silencio, Honorio se arrodilló, y Marcelo se inclinó al lado de él. El venerable cristiano elevó su voz en oración. Marcelo sintió que su propia alma estaba siendo elevada al cielo en esos momentos, a la presencia misma del Salvador, por la virtud de aquella ferviente oración de fe viva. Las palabras hacían eco en su propia alma y espíritu; y en su profundo abatimiento él dejó su necesidad en manos de su compañero, para que él la presentara de la manera más propia que él mismo podría hacerlo. Pero finalmente sus propios deseos de orar crecieron. La fe le alcanzó, y con temor y temblor, empero con fe real, su alma fue fortalecida, hasta que finalmente Honorio terminó, y su lengua se soltó y elevó el clamor de su corazón: -Señor, creo, ¡ayuda Tú mi incredulidad!

Aquel único Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, había venido a ser real por la fe; y las palabras de Jesús: "De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me ha enviado, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación (juicio), mas pasó de muerte

a vida... Y yo les doy vida eterna (a mis ovejas); y no perecerán para siempre; ni nadie las arrebatará de mi mano," todas estas palabras fueron creídas, recibidas, disfrutadas.

Las horas transcurrieron. Pero ¿quién podría describir acertadamente el progreso del alma que pasa de muerte a vida? Basta con saber que cuando rayó el alba arriba en la luz, un día glorioso había amanecido en el alma y el espíritu de Marcelo en las bóvedas inferiores. Sus anhelos habían sido completamente satisfechos; la carga de sus pecados le había sido quitada, y la paz de Dios por Jesucristo le había henchido.

El secreto de los cristianos era suyo, y él se había convertido voluntariamente en esclavo de Jesucristo. Unido con sus hermanos en Cristo, ahora él también podía cantar:

Al que nos amó,

Al que nos ha lavado de nuestros pecados

En su sangre,

A El sea gloria y dominio

Por los siglos de los siglos.



6
LA GRAN NUBE DE TESTIGOS

Todos estos murieron en fe.

NO TARDÓ EL NUEVO CONVERTIDO en conocer mucho mas sobre los cristianos. Después de un breve reposo, se levantó y se reunió con Honorio, quien se ofreció para mostrarle aspectos del lugar en donde moraban.

Pues aquellos a quienes había visto en el servicio que hubo, eran solamente una parte de los moradores de las catacumbas. Su número se elevaba a muchos miles, y se hallaban diseminados por su vasta extensión en pequeñas comunidades, cada una de las cuales tenía sus propios medios de comunicación con la ciudad.

Así fue que él caminó gran distancia acompañado por Honorio. Se maravillaba sobremanera del número de personas a quienes encontraba; y aunque sabía que los cristianos eran numerosos, no suponía siquiera que tan vasta proporción de ellos tuviera la valentía de escoger esa vida en las catacumbas.

Tampoco era su interés por los muertos menor que por los vivos. Al pasar al lado de sus tumbas leía cuidadosamente las inscripciones en ellas, y en todas ellas descubría la misma fe

inconmovible y la sublime esperanza. Se deleitaba leyéndolas, y el devoto interés que Honorio prestaba a estas piadosas memorias lo convertía en el más simpático de los guías.

-Allí dijo Honorio- reposa un testigo de la verdad.

Marcelo miró hacia donde le señaló y leyó lo siguiente:

PRIMICIO, EN PAZ, DESPUES DE MUCHOS TORMENTOS, EL MAS VALIENTE DE LOS MARTIRES. EL VIVIÓ COMO TREINTA Y OCHO ANOS. ESTE ES UN RECUERDO DE SU ESPOSA QUE AMABA AL QUE BIEN LO MERECIA.

-Estos hombres -dijo Honorio, nos enseñan como deben morir los cristianos. Más allá hay otro, que también sufrió lo mismo que Primicio.

PABLO FUE MUERTO SUFRIENDO TORTURAS, A FIN DE QUE GOZARA DE LAS ETERNAS BIENAVENTURANZAS.

-Y allá dijo Honorio, está la tumba de una noble dama, quien mostró una fortaleza tal que solamente Jesucristo puede conceder aun al más débil de sus seguidores en la hora de la necesidad:

CLEMENCIA, TORTURADA, REPOSA, ELLA RESUCITARA.

-Si fueres llamado dijo Honorio, a pasar por el artículo de muerte, el espíritu instantáneamente es "ausente del cuerpo y presente con el Señor." La prometida vuelta de nuestro Señor, la cual puede suceder en cualquier momento, Constituye "la bendita esperanza" de los cristianos adoctrinados. "Porque el mismo Señor descenderá del cielo con aclamación, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero: luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes a recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor."

Honorio continuó diciendo, -Aquí reposa Constancio, quien en doble sentido fue constante a su Dios mediante una doble prueba. Primero le dieron veneno; pero como esto no le hiciera ningún efecto, fue muerto a espada.

EL TRAGO MORTAL NO SE ATREVIÓ A PRESENTAR A CONSTANCIO LA CORONA QUE SOLO AL ACERO FUE PERMITIDO OFRECERLE.

Así caminaron a lo largo de las murallas leyendo las Inscripciones que se les presentaban a ambos lados. Nuevos sentimientos asaltaron a Marcelo, conforme leía el glorioso catálogo de nombres. Para él fue toda una historia de la Iglesia de Jesucristo. Aquí estaban los actos de los mártires expuestos ante él en palabras de fuego. Los rudos cuadros que adornaban muchas de las tumbas llevaban en sí todo el sentimiento que las más bellas obras de los hábiles artistas no podían producir. Las letras rudamente labradas, la escritura y los errores gramaticales que

caracterizaban a muchos de ellos, constituían las pruebas tangibles de los tesoros del Evangelio a los pobres y a los humildes. "No muchos sabios, no muchos poderosos son los llamados"; pero "a los pobres es anunciado el Evangelio."

En muchos de ellos había un monograma, el cual se formaba de las letras iniciales de los títulos de Cristo ("Cristo el Señor" en griego), las letras "X" y "P" unidas formando un monograma. Algunas llevaban una rama de palma, emblema de la inmortalidad y de la victoria, la señal de aquellas palmas de gloria que han de exhibir en sus manos los innumerables redimidos que comparecerán ante el trono. Otras exhibían más ingeniosas y significativas inscripciones.

-¿Qué es esto? -interrumpió Marcelo, señalando un cuadro de un barco.

-Enseña que el espíritu redimido navega desde la tierra al reposo del cielo.

-Y ¿qué significa un pescado que he visto ya varias veces?

-Usamos el pescado porque las letras que forman su nombre en el griego son las iniciales de las palabras que expresan la gloria y la esperanza del cristiano. La "I" representa "Jesús", la "X" Cristo; la "O" y la "U" representan al "Hijo de Dios"; la "S" y (griega) "Salvador"; es así pues que el pescado simboliza en su nombre: "Jesucristo, el Hijo de Dios, el Salvador."

-¿Qué es este otro cuadro que he visto igualmente repetirse: un barco y un enorme monstruo marino?

-Ese es Jonás, el profeta de Dios, de quien tú hasta el momento no conoces nada.

Honorio enseguida le relató la historia de Jonás, y le explicó cómo el escape de Jonás del vientre del pez recordaba y exponía al cristiano su redención de las tinieblas de la tumba.

-Esta gloriosa esperanza de la resurrección es un consuelo inapreciable dijo él-, y nos encanta tenerlo presente por medio de los diferentes símbolos. Allí también tienes un símbolo de la misma bendita verdad: la paloma llevando a Noé la rama de oliva. -Tuvo que relatar a Marcelo la historia del diluvio, a fin de que pudiera comprender el significado de la representación-. Pero de todos los símbolos que se usan dijo él-, ninguno es tan claro como éste -y señaló un cuadro de la resurrección de Lázaro.

-Allí también -dijo Honorio, hay un anda, signo de la esperanza por la cual los cristianos, mientras se hallan arrojados de un lado a otro por las implacables olas de la vida, se mantienen firmes hacia su hogar celestial.

-Allá puedes ver el gallo; es el símbolo de la Vigilancia, porque el Señor nos dice, "Velad y orad." Igualmente allá tenemos el cordero, símbolo de inocencia y ternura, que al mismo tiempo trae a nuestra memoria al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, que llevó nuestros pecados y por cuyo sacrificio tenemos la vida eterna y el perdón. Allí de nuevo tenemos la paloma, que como el cordero representa la inocencia; y otra vez más la tienes allá, portando la rama de oliva de la paz.

-Allá están las letras alfa y omega, la primera y la última del alfabeto griego, que representan a nuestro Señor; porque tú ya sabes que El dijo: "Yo soy el Alfa y la Omega." Y allí está la corona, que nos recuerda esa corona incorruptible que el Señor, juez justo, nos ha de dar. Es así cómo nos complace rodearnos con todo lo que nos aviva el recuerdo del gozo que nos

espera. Enseñados de ese modo, miramos desde este ambiente de tristeza y tinieblas, y gracias a una viva fe vemos sobre nosotros la luz de la gloria eterna.

-Aquí dijo Marcelo, deteniéndose-, hay algo que parece adaptarse a mi condición. Suena realmente profético. Quizá yo también me vea llamado a dar mi testimonio de Jesucristo. ¡Oh, que yo sea hallado fiel!

EN CRISTO, EN EL TIEMPO DEL EMPERADOR ADRIANO, MARIO, UN JOVEN OFICIAL MILITAR, QUE VIVIÓ LO SUFICIENTE, DERRAMÓ SU SANGRE POR CRISTO Y MURIÓ EN PAZ. ESTE ES UN RECUERDO DE SUS AMIGOS CON LAGRIMAS Y TEMOR.

-"En el mundo tendréis tribulación; mas confiad; yo he vencido al mundo." Así nos asegura Cristo; pero al mismo tiempo que nos previene contra el mal, nos consuela con su promesa de apoyo. En El hallamos gracia suficiente para nosotros.

Que el ejemplo del joven oficial sea para mí dijo Marcel. Yo puedo derramar mi sangre por Cristo Jesús lo mismo que él. ¡Que yo muera igualmente fiel como él! Morar aquí entre mis hermanos con epitafio semejante será el honor supremo, y no un mausoleo como el de Celicia Metela.

Y de ese modo siguieron caminando.

Marcelo dijo con entusiasmo, -¡Cuán dulce es la muerte del cristiano! El horror de la muerte ha huido. Para él se trata sólo de un sueño bienaventurado, mientras el espíritu está con el Señor esperando la resurrección, y la muerte, en vez de causar terror, está asociada con pensamientos de victoria y reposo.

EL LUGAR DE SUEÑO DE ELPIS

ZOTICO YACE AQUÍ DURMIENDO

ASELO DUERME EN CRISTO

MARTIRIA EN PAZ

VIDALIA EN LA PAZ DE CRISTO

NICEFORO, UN ALMA DULCE, EN EL LUGAR DE REFRIGERIO

-Algunas de estas inscripciones hablan del carácter de los hermanos idos dijo Honorio, mira éstas:

MAXIMIO, QUIEN VIVIÓ VEINTITRES ANOS AMIGO DE TODOS LOS HOMBRES EN CRISTO, EN LAS QUINTAS CALENDAS DE NOVIEMBRE, DURMIÓ GORGONIO, AMIGO DE TODOS Y ENEMIGO DE NADIE.

-Y aquí también -prosiguió el anciano, otras que nos hablan de sus vidas privadas y de sus experiencias domésticas.

CECILIO, EL ESPOSO, A CECILIA PLACINDA, MI ESPOSA DE EXCELSA MEMORIA, CON QUIEN VIVI DIEZ AÑOS SIN NINGUNA QUERELLA, EN CRISTO JESUS, HIJO DE DIOS, SALVADOR.

CONSAGRADO A CRISTO EL DIOS SUPREMO. VITALI ENTERRADA EN SABADO, CALENDAS DE AGOSTO, TENÍA VEINTICINCO AÑOS Y OCHO MESES DE EDAD. VIVIO CON SU ESPOSO DIEZ AÑOS Y TREINTA DÍAS. EN CRISTO EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO.

A DOMNINA, MI MUY DULCE E INOCENTE ESPOSA QUIEN VIVIO DIECISEIS AÑOS Y CUATRO MESES Y FUE CASADA DOS AÑOS CUATRO MESES Y NUEVE DIAS: CON QUIEN YO NO PUDE VIVIR, POR CAUSA DE MIS VIAJES, MÁS DE SESIS MESES, DURANTE LOS CUALES LE MOSTRE MI AMOR COMO LO SENTIA. JAMÁS SE AMARON TANTO OTROS ALGUNOS, ENTERRADA EL DÍA QUINCE ANTES DE LAS CALENDAS DE JUNIO.

A CLAUDIO, AFECTUOSO Y DIGNO SER QUE ME AMO, Y VIVIO VEINTICINCO AÑOS EN CRISTO.

-He aquí el tributo de un padre amante -dijo Marcelo al leer lo siguiente:

LORENZO A SU DULCÍSIMO HIJO SEVERO. SE LO LLEVARON LOS ANGELES EL SÉPTIMO IDUS DE ENERO.

-Y aquí hay uno de una esposa:

DOMICIO EN PAZ, LEA ERIGIO ESTA.

-Sí dijo Honorio-, por la fe en Jesucristo (o como tú sueles decir, la “religión”) el creyente recibe una nueva y divina naturaleza que le imparte el Espíritu Santo, que al mismo tiempo implanta el amor de Dios, lo cual lo hace susceptible a los más tiernos afectos para los amigos y relacionados. Si bien es verdad que permanece la naturaleza del viejo Adán, no se mejora, ni *tampoco puede.*

Continuando su recorrido, hallaron muchos epitafios más que mostraban el tierno amor a los parientes muertos.

CONSTANCIA, DE MARAVILLOSA BELLEZA Y AMABILIDAD Y QUE VIVIÓ DIECIOCHO AÑOS Y SEIS MESES CON DIEZ Y SEIS DÍAS. CONSTANCIA EN PAZ.

SIMPLICIO, DE BUENA Y FELIZ MEMORIA, QUE VIVIO VEINTITRES ANOS Y CUARENTITRES DÍAS EN PAZ. ESTE MONUMENTO LE HIZO SU HERMANO.

A ADSERTOR, NUESTRO HIJO, DULCE Y QUERIDO, EL MÁS INOCENTE E INCOMPARABLE, QUE VIVIO DIECISIETE AÑOS Y SEIS MESES CON OCHO DÍAS. RECUERDO DE SU PADRE Y SU MADRE.

A JANUARIO, DULCE Y BUEN HIJO, HONRADO Y AMADO DE TODOS, QUE VIVIÓ VEINTIRES AÑOS, CINCO MESES Y VEINTIDOS DIAS.

SUS PADRES, A LAURINA, MÁS DULCE QUE LA MIEL, DUERME EN PAZ.

A LA SANTA ALMA DE INOCENTE, QUE VIVIO COMO TRES AÑOS.

DOMICIANO, UNA ALMA INOCENTE, DUERME EN PAZ.

Adiós, oh Sabina: ella vivió ocho años, ocho meses y 22 días. Que vivas tan dulcemente con Dios.

EN CRISTO: MURIÓ EL PRIMERO DE SEPTIEMBRE, POMPEYANO EL INOCENTE, QUE VIVIÓ SEIS AÑOS Y NUEVE MESES CON OCHO DIAS Y CUATRO HORAS. EL DUERME EN PAZ.

A SU DIGNÍSIMO HIJO, CALPURNIO, RECUERDO DE SUS PADRES: EL VIVIÓ CINCO AÑOS, OCHO MESES Y DIEZ DÍAS, Y PARTIÓ EN PAZ EL TRECE DE JUNIO.

-Al epitafio de este niño dijo Marcel-, ellos han añadido los símbolos de paz de gloria. -Señaló la tumba del niño, sobre cuya losa estaba dibujada una paloma y una corona de laurel, juntamente con la siguiente inscripción:

RESPECTO, QUIEN VIVIÓ CINCO AÑOS Y OCHO MESES, DUERME EN PAZ.

Y continuó diciendo Marcelo, -Y este tiene una palma, que es el símbolo de la Victoria.

-Sí dijo Honorio, El Salvador ha dicho: "Dejad a los niños que vengan a mí."

También atrajeron su atención los epitafios sobre las tumbas de las mujeres que habían sido esposas de ministros cristianos:

MI ESPOSA LAURENTINA ME HIZO ESTA TUMBA. ELLA SIEMPRE IDONEA A MI DISPOSICIÓN, VENERABLE Y FIEL.

POR FIN QUEDA APLASTADA LA ENVIDIA. EL OBISPO LEÓN PASÓ SU OCTOGESIMO AÑO.

EL LUGAR DE BASILIO EL PRESBÍTERO Y SU FELICITAS ELLOS MISMOS SE HICIERON ESTA TUMBA.

LA QUE FUE HIJA FELIZ DEL PRESBÍTERO GABINO, AQUÍ REPOSA SUSANA, UNIDA EN PAZ CON SU PADRE.

CLAUDIO ATICIANO, LECTOR, Y CLAUDIA FELICÍSIMA, SU ESPOSA.

-Aquí se ve dijo Marcel, una tumba más grande. ¿Hay dos sepultados aquí?

-Si, es lo que llamamos *bisomum,* pues dos ocupan esa tumba. Lee la inscripción:

EL BISOMUM DE SABINO. EL LO HIZO PARA SI MISMO DURANTE SU VIDA EN EL CEMENTERIO DE BALBINA EN LA NUEVA CRIPTA.

Y Honorio continuó diciendo, -Algunas veces Se sepultan tres en la misma tumba. En otros lugares verás tú, Marcelo, que un mayor número ha sido sepultado en el mismo lugar; porque cuando arrecia la persecución, no siempre hay posibilidad de dedicar a cada persona la atención debida separadamente como se desearía. Más allá hay una placa que señala el lugar de sepultura de muchos mártires, cuyos nombres son desconocidos, pero cuyas memorias se bendicen. Señaló una losa que llevaba la siguiente inscripción:

MARCELA Y QUINIENTOS CINCUENTA MARTIRES DE CRISTO.

-Aquí hay uno más largo dijo Marcel, y sus palabras harán eco en los corazones de todos nosotros.

-Y leyeron lo siguiente con la más profunda emoción:

EN CRISTO. ALEJANDRO NO ESTÁ MUERTO, SINO QUE VIVE MÁS ALLÁ DE LAS ESTRELLAS, Y SU CUERPO REPOSA EN ESTA TUMBA. EL RINDIÓ SU VIDA BAJO EL EMPERADOR ANTONINO, QUIEN AUNQUE PUDO HABER PREVISTO QUE GRAN BENEFICIO LE RESULTARIA DE SUS SERVICIOS, SÓLO LE OFRECIO ODIO EN VEZ DE GRACIA, PORQUE MIENTRAS ESTABA SOBRE SUS RODILLAS YA PARA OFRECER SACRIFICIO AL DIOS VERDADERO, FUE SACADO PARA SER EJECUTADO. ¡OH TIEMPOS TRISTES AQUELLOS EN LOS CUALES AUN ENTRE LOS RITOS Y ORACIONES SAGRADAS, NI AUN EN LAS CAVERNAS PODÍAMOS ESTAR SEGUROS! ¿QUE' PUEDE SER MÁS MISERABLE QUE UNA VIDA TAL? ¿Y QUE MUERTE PEOR QUE AQUELLA EN QUE NO PUEDEN NI SIQUIERA SER SEPULTADOS POR SUS AMIGOS Y PARIENTES? AL FIN ELLOS BRILLAN EN EL CIELO. APENAS HA VIVIDO EL QUE HA VIVIDO EN TIEMPOS CRISTIANOS.

-Este -dijo Honorio es lugar de reposo de un hermano bien amado, cuya memoria aún se recuerda con cariño entre las iglesias todas. Alrededor de esta tumba hemos de celebrar la fiesta de amor en el aniversario de su nacimiento. Pues en esta fiesta se demuelen todas las barreras de los diferentes rangos Sociales y clases y tribus y lenguas y pueblos. Nosotros todos somos hermanos en Cristo Jesús, porque recordamos que como Cristo nos amó, así también debemos amarnos los unos a los otros.

En este recorrido Marcelo tuvo la amplia oportunidad de verificar por sí mismo la presencia de aquel fraternal amor al cual aludía Honorio. Encontró hombres, mujeres y niños de todo rango y de toda edad. Hombres que habían ocupado los más altos puestos en Roma, se asociaban en amigable comunión con aquellos que apenas se hallaban al nivel de los esclavos; aun aquellos que antes habían sido crueles e implacables perseguidores, ahora se asociaban en comunión de amor con aquellos que antes fueron objeto de su odio mortal. Igualmente el sacerdote judío, liberado del yugo de la Ley, que él no podía cumplir y que era "ministerio de muerte" para él, ahora caminaba de la mano con los gentiles que antes odiaba. El griego había llegado a descubrir en la "locura" del Evangelio la misma sabiduría infinita. Y el desprecio que antes había sentido por los seguidores de Jesús había cedido el lugar al afecto más tierno. El egoísmo y la ambición, el orgullo y la envidia, todas las bajas pasiones de la vida humana parecían haberse esfumado ante el poder ilimitado del amor cristiano. La fe en Cristo Jesús moraba en sus corazones en toda su plenitud, y su bendita influencia se veía aquí, como no era posible verla en ninguna otra ocasión; no porque su naturaleza y su poder habían sido cambiados por causa de ellos personal e intencionalmente, sino porque la persecución universal había alcanzado a todos igualmente y les había privado de sus posesiones terrenales, y les había separado de las tentaciones y ambiciones mundanas; y por el amor de Cristo que constriñe, y por la suprema simpatía que engendra el sufrimiento en común, había tenido la virtud de unirles los unos con los otros.

-La adoración al Dios verdadero -dijo Honorio-, difiere de toda falsa adoración. Los paganos deben entrar a sus templos y allí por medio de un sacerdote, igualmente pecador como todos, ofrecer una y otra vez sacrificios a los demonios, que desde luego jamás pueden librar a nadie de sus pecados. Pero en cambio, por nosotros Cristo se ha ofrecido una sola vez sin mancha ante Dios, el Sacrificio único hecho una sola vez y por siempre. Y cada uno de sus seguidores puede ahora acercarse a Dios por Jesucristo, nuestro bendito y santísimo Sumo Sacerdote en los mismos cielos, siendo así cada creyente hecho por Jesucristo rey y sacerdote para Dios. Por consiguiente, para nosotros no es cuestión de tiempo o espacio, en cuanto respecta a la adoración; ya sea que se nos dejen nuestras capillas, o que se nos proscriba del todo de ellas y de toda la tierra. Pues el cielo es el trono de nuestro Dios, y el universo es su templo, y cualquiera de sus hijos puede elevar a El su voz del lugar en que se encuentre, cualquiera que sea, y en cualquier momento, y adorar al Padre.

El recorrido de Marcelo se extendió hasta una gran distancia y por largo tiempo. Pese a haber sido prevenido de toda esta extensión, se maravillaba al ver por sí mismo lo enorme que era. Ni la mitad se le había dicho; y aunque había recorrido tanto era fácil comprender que todo esto era solamente una fracción de la enorme extensión.

La altura media de los pasillos era como de unos dos metros y medio; pero en muchos lugares se elevaba como a unos cuatro metros, o aun cinco. Luego las frecuentes capillas y salones que se habían formado ampliando los arcos daban mayor espacio a los habitantes, y les hacía posible vivir y desplazarse en mayor espacio y con más libertad. También en muchos lugares había aberturas en el techo, a través de las cuales penetraban débiles rayos de luz del aire exterior. Estos se escogían como lugares de reunión, pero no para vivir. La existencia de la bendita luz del día, por débil que fuera, agradaba tanto que es imposible expresarlo, sirviendo en un mínimo brevísimo para mitigar la tenebrosidad circundante.

Marcelo vio algunos lugares que habían sido amurallados, formando terminaciones abruptas del pasillo, pero se abrían otras especies de ramales que contorneaban el lugar, y luego se prolongaban como anteriormente. -¿Qué es esto que se encierra de ese modo?-preguntó él.

-Es una tumba romana -dijo Honorio-. Al excavar este pasillo, los obreros dieron contra ella, y fue así que dejaron de cavar y contornearon el lugar, amurallándola previamente. Eso no fue, desde luego, por temor a perturbar la tumba, sino porque tanto en la muerte como en la vida igualmente, el cristiano desea seguir el mandamiento del Señor que dice: "Salid de entre ellos; separaos de en medio de ellos."

-La persecución se enfurece contra nosotros y nos rodea y nos encierra -dijo Marcelo-. ¿Cuánto tiempo estará perseguido el pueblo de Dios? ¿cuánto tiempo nos ha de afligir el enemigo?

Honorio le contestó: -Tal es el clamor de muchos entre nosotros. Pero es malo quejarse. El Señor ha sido benigno con su pueblo. Pues durante todo el Imperio han pasado muchas generaciones bajo la protección de las leyes y sin ser molestados. Es verdad que hemos tenido persecuciones terribles, en las cuales miles han muerto en agonía, pero con todo han llegado siempre a pasar y dejar en paz a la Iglesia.

-Todas las persecuciones que hasta el momento hemos recibido han servido para purificar los corazones del pueblo de Dios y para exaltar su fe. El sabe lo que es mejor para nosotros. Nosotros estamos en sus manos, y El no nos pondrá mayor carga de la que podemos aguantar. Seamos sobrios y velemos en oración, oh estimado Marcelo, porque la presente tormenta nos dice claramente que "el día grande y terrible, tanto tiempo antes profetizado sobre el mundo, se acerca.

Y así Marcelo siguió recorriendo en compañía de Honorio, conversando y aprendiendo cada instante cosas nuevas de la doctrina de la verdad de Dios y las experiencias de su pueblo. Y las evidencias de su amor, su pureza, su fortaleza, su fe inquebrantable penetraron a las profundidades de su alma.

La experiencia que él mismo había disfrutado no era cosa transitoria. Cada cosa nueva que contemplaba no hacía más que avivarle el vivo anhelo de unirse con la fe y la fortuna del pueblo de Dios. Y en armonía con ese sentir, antes del siguiente Día del Señor, se bautizó, "en la muerte de Cristo," en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

En la mañana del Día del Señor, se sentó alrededor de la Mesa del Señor, en compañía con otros cristianos. Allí todos ellos celebraron aquella sencilla pero afectuosa fiesta en memoria de la Mesa del Señor, por la cual los cristianos se proclamaban muertos con Jesús, mientras esperaban su regreso. Honorio elev[6] la ofrenda de una oración de hacimiento de gracias por lo que compartían. Y por vez primera Marcelo gozó de la participación del pan y del vino, aquellos símbolos sacratísimos del cuerpo y de la sangre de su Señor crucificado por él.

"Y habiendo cantado un himno, salieron."

***

7

LA CONFESION DE FE

Y también todos los que quieren vivir píamente en

Cristo Jesús, padecerán persecución.

CUATRO DIAS HABIAN TRANSCURRIDO desde que el joven oficial salió de su gabinete. Días estos grávidos de acontecimientos para él, días de infinita importancia. De ellos había de depender su felicidad suprema o sus angustias. Empero la búsqueda de la verdad de esta alma anhelante no había sido vana, "habiendo sido renacida del Espíritu Santo."

Había llegado a tomar su resolución. Por un lado se le ofrecía la fama, el honor y la riqueza; por el otro la pobreza, la necesidad, y la angustia. Con todo en plena conciencia, él había hecho su elección; se había vuelto hacia la última sin un solo instante de vacilación. El había elegido "el sufrir aflicción con el pueblo de Dios, antes que gozar de los placeres del pecado por un tiempo."

A su regreso visitó al general y se acusó ante él. Le informó que había estado entre los cristianos, que no podía cumplir la comisión que se le había encomendado, y que se sometía voluntariamente a sufrir las consecuencias. El general, con la severidad a que se había expuesto, le ordenó que pasara a su cuartel.

Allí en medio de la más profunda meditación, y haciéndose conjeturas de lo que resultaría de todo esto, fue interrumpido por el ingreso de Lúculo. Su amigo lo saludó de lo más afectuosamente, pero en su rostro se evidenciaba una profunda ansiedad.

-Acabo de verme con el general dijo él-, quien me hizo llamar para darme un mensaje para ti. Pero primeramente dime, ¿Qué es esto que has hecho?

Marcelo le relató todo detalladamente, desde el momento de su partida hasta su regreso, sin ocultarle absolutamente nada. Su cristalina buena fe evidenciaba lo poderosa, sincera y verdadera que había sido la obra eterna del Espíritu Santo en él. Luego le relató la entrevista que había tenido con el general.

-Yo entre en su habitación con claro sentir de la importancia del paso que tomaba. Iba yo a cometer un acto reputado como virtual traición y crimen, cuya sanción no es menos que la muerte. Empero, yo no podía hacer otra cosa.

-El me recibió con toda afabilidad, animado de la idea de que yo habría logrado un éxito de importancia en la búsqueda que se me encomendó. Yo le dije que desde que salí había estado entre los cristianos, y que por lo que había visto en ellos, me había visto obligado a cambiar mis sentimientos hacia ellos. Anteriormente yo había pensado que ellos eran enemigos del estado y dignos de muerte; pero había descubierto que se trataba de personas que son leales súbditos del emperador y más bien virtuosos. Contra tales personas yo no podía extender mi espada jamás, y antes que hacerlo, la entregaba.

-A lo cual ¿él me dijo, "Los sentimientos de un soldado no tienen nada que ver con sus deberes."

-«Pero mis deberes para con el Dios que me creó son más fuertes que cualquier deber que yo tenga con el hombre."

-A esto me replicó, "¿Acaso tu simpatía con los cristianos ha llegado hasta volverte loco? ¿No te das cuenta que lo que haces es traición?"

-Yo me incliné, y le dije que estaba resuelto a afrontar las consecuencias.

-"Muchacho precipitado," exclamó severamente, retírate a tu cuartel y yo te comunicaré mi decisión."

-Y fue así que me trasladé inmediatamente aquí, y he permanecido desde ese momento, esperando ansiosamente mi sentencia.

Lúculo había escuchado toda la narración que le había hecho Marcelo sin una sola palabra, ni siquiera un gesto. Una expresión de triste sorpresa en su rostro evidenciaba lo que eran sus sentimientos. Y conforme Marcelo concluyó, él habló en tono de quien deplora y lamenta.

-Verdaderamente tanto tú como yo sabemos lo que debe ser aquella sentencia. Pues la disciplina romana, aun en tiempos normales, no se puede tomar con liviandad, y tanto peor ahora que los sentimientos del gobierno se hallan exaltados hasta el grado sumo contra aquellos cristianos. Pues si tú insistes en tu proceder, estás arruinado.

-Te he expuesto todas mis razones.

-Sí. Marcelo, yo conozco tu carácter puro y sincero. Tú siempre fuiste de una mente piadosa. Tú has amado las nobles enseñanzas de la filosofía. ¿Y no te sientes satisfecho con todo ello como antes? ¿Por qué habías de ser seducido por la miserable doctrina de un judío crucificado?

-Jamás estuve satisfecho con la filosofía de que tú me hablas. Tú mismo sabes a conciencia que en ella no hay nada cierto en que el alma pueda reposar. Pero el Cristianismo es la verdad de Dios, traída por él mismo, y santificada por su propia muerte.

-Ya me has explicado en toda su integridad todo el credo cristiano. Pues tu propio entusiasmo ha hecho que me sea atractivo, lo cual debo confesar; y si todos sus seguidores fueran realmente como lo eres tú; mi muy apreciado Marcelo, podía adaptarse para llegar a ser la bendición final del mundo. Pero yo no he venido ante ti para argumentar sobre la religión. Vengo a hablarte sobre ti mismo. Tú estás en inminente peligro, mi querido amigo; tu posición, tu honor, tu cargo, tu misma vida se hallan en peligro. Considera pues detenidamente lo que has hecho. Te fue confiada una importantísima comisión, en cuyo cumplimiento saliste. Se esperaba que volverías trayendo informes importantes. Pero por el contrario, tú vuelves y te presentas ante el general informando que te has puesto del lado del enemigo, que de corazón te has vuelto uno de ellos, y que te niegas a emplear las armas romanas contra ellos. Pues ¿no comprendes que si el -soldado ha de escoger con quién ha de pelear, qué va a ser de la disciplina? Pues tiene que cumplir las órdenes y nada más. ¿No tengo razón?

-Pues tú tienes razón, Lúculo.

-La cuestión que tú tienes que decidir no consiste en si escoges la filosofía o el cristianismo, sino en si tu eres cristiano o soldado romano. Porque conforme se encuentran las cosas en estos tiempos, te es absolutamente imposible ser soldado romano y al mismo tiempo cristiano. Pues tienes que renunciar a una de las dos. Pero no solamente eso, sino que si tú insistes en tu decisión de ser cristiano, tienes que compartir su suerte, porque no se puede hacer la menor distinción en favor tuyo. Por el contrario, si quieres continuar como soldado, tienes que pelear contra los cristianos.

-No cabe la menor duda en cuanto a esa cuestión.

-Tú sabes que tienes amigos cordiales que están gustosos de olvidar tu grande y precipitado delito, Marcelo. Pues te conozco que eres de ese carácter que fácilmente te entusiasmas, y le he suplicado al general por ti. El también te tiene en gran estima por tus cualidades de soldado valiente. Está animado de toda voluntad de perdonarte bajo ciertas circunstancias.

-¿Cuáles son ellas?

-La más misericordiosa de todas las condiciones. Que eches en el olvido todos los cuatro días pasados. Que se desvanezcan por completo de tu memoria. Hazte cargo de tu comisión nuevamente. Toma tus soldados a tus órdenes y en el acto emprende el cumplimiento de tu deber, procediendo a la detención de esos cristianos.

-Lúculo, exclamó Marcelo, levantándose de su asiento, con los brazos cruzados-: Te estimo muchísimo, como amigo que eres, y te estoy agradecido por tu fiel afecto. Jamás podré olvidarlo. Pero ahora tengo yo dentro de mí algo que te es por completo desconocido, y lo cual es mucho más precioso y fuerte que todos los honores del estado. Es, pues, nada menos que el amor de Dios. Por este amor estoy listo a dejar todo: honor, rango, y la misma vida. Mi decisión es irrevocable. Yo soy cristiano.

Lúculo siguió sentado. Mudo de sorpresa y conmovido en extremo, contemplaba a su amigo. Para él era demasiado conocido el carácter de éste en sus resoluciones, y veía con profunda pena cómo sus palabras persuasivas habían fracasado. Después de mucho volvió a seguir hablando. Recurrió a todos los argumentos que podía pensar. Invocó todos los argumentos que podrían influir en él. Le habló del terrible destino que le esperaba, y de la venganza ensañada que se emplearía particularmente contra él. Pero todas sus palabras fueron completamente inútiles. Finalmente se levantó víctima de la más profunda tristeza.

-Marcelo –dijo-, tú estás tentando al destino, vas apresuradamente hacia la suerte más terrible. Pues todo lo que la fortuna puede deparar se te está ofreciendo, pero tú vuelves las espaldas a todo aquello por jugarte la suerte juntamente con aquellos proscritos miserables. Yo he cumplido con mi deber de amigo al tratar de hacerte volver de tu locura, pero todo lo que yo pueda hacer es inútil ante tu obstinación.

-Te he traído la sentencia del general. Tú has sido degradado del rango de oficial. Y hay la orden de arresto contra ti, acusado de ser cristiano. Mañana serás apresado y entregado para sufrir el castigo. Pero todavía tienes muchas horas a tu disposición, y todavía tengo yo la posibilidad de alcanzar la satisfacción, aunque penosa, de ayudarte a escapar. Huye, pues, en el acto. Date prisa, porque no hay tiempo que perder. Hay un solo lugar en el mundo en donde puedes estar a cubierto de la venganza del César.

Marcelo le escuchó en silencio absoluto. Lentamente se sacó las armas y las puso a un lado. Con tristeza se desabrochó la suntuosa armadura que él había portado con tanto merecimiento y orgullo. Y así quedó vestido de su sencilla túnica a disposición de su amigo.

-Lúculo, una vez más te repito que jamás he de olvidarme de tu fiel amistad. ¡Cuánto quisiera que estuviéramos volando juntos en una huida perfecta, que tus oraciones pudieran ascender con las mías hacia al trono de Aquel a quien yo sirvo! Pero basta. Me retiro. ¡Adiós!

-Adiós, Marcelo. Jamás nos volveremos a encontrar en la vida. Si alguna vez estuvieras en necesidad o en peligro, tú sabes bien en quién confiar.

Los dos jóvenes se abrazaron, y Marcelo partió apresuradamente.

Salió del cuartel, avanzando directamente hasta llegar al foro. Al llegar a este lugar se encontró rodeado de templos y monumentos y columnas de mármol. Allí estaba el Arco de Tito midiendo el ancho de la *Vía Sacra*. Allí se levantaba la forma gigantesca del palacio imperial, de la más rica arquitectura, con regios adornos de los mármoles riquísimos, culminando con las brillantes decoraciones doradas. A un lado se levantaban las murallas enormes del Coliseo. Más allá se podía contemplar la cúpula estupenda del Templo de la Paz, y al otro extremo, el Monte Capitolino destacaba sus históricas cumbres, coronado de apiñados templos estatales, que se erguían como desafiando las alturas y cortando los aires bajo el azul del cielo.

Hacia allá dirigió sus pasos y ascendió las escarpadas pendientes hasta dominar la misma cumbre. Y una vez en la cima, miró alrededor el amplio y soberbio panorama que se le ofrecía a la vista. El lugar mismo en donde se estacionaba era un amplio cuadrado pavimentado de mármol y rodeado de templos señoriales. En un lado se veía el Campus Martius, rodeado por el Tíber, cuya avenida amarillenta serpenteaba penetrando en las profundidades del horizonte hacia el Mediterráneo. Por todos los otros lados de la ciudad acaparaba toda la extensión dispareja, presionando hasta sus estrechas murallas, y rebasándolas por medio de calles que se irradiaban hasta gran distancia en todas las direcciones, invadiendo el campo. Los templos, las columnas y los monumentos alzaban sus cornisas orgullosas. Estatuas innumerables llenaban las calles con una población de formas esculturales, numerosas fuentes salpicaban el aire, los carruajes se desplazaban bulliciosos por las calles, las legiones de Roma iban y venían con aires de parada militar, y así por donde miraba podía contemplar que surgía la borrascosa ola de vida de la ciudad imperial.

A la distancia se extendía el llano, salpicado de incontables villas, casas y palacios, rica y exuberante vegetación: las moradas de la paz y de la abundancia. A un lado se podía ver levantarse la silueta azul de los Apeninos, dignamente coronados de nieve; al otro lado, las turbulentas olas del Mediterráneo azotaban las playas en la indomable lejanía.

Repentinamente Marcelo fue perturbado, o más bien vuelto en sí por un grito. Volteó en el acto. Un hombre avanzado en años y cubierto de escasa vestimenta, de rostro macilento y frenéticas gesticulaciones, clamaba a gran voz expresiones ininteligibles de terror y denunciación. Su mirada salvaje y sus actitudes semiferoces evidenciaban que por lo menos en parte estaba loco.

Caída es, caída es Babilonia la grande,

Y ha venido a ser la morada de los demonios,

Y sostén de los más inmundos espíritus,
Y nido de todas las aves sucias y odiosas;
Porque Dios ha recordado sus iniquidades.
Recompensadle a ella como ella hizo con vosotros,
Y dobladle el doble conforme a sus obras...
Cuánto ella se ha glorificado, y vivido en delicias...
Por lo tanto, sus plagas vendrán sobre ella en un día,
La muerte, la lamentación y el hambre;
Y ella será enteramente quemada a fuego;
Porque fuerte es el Señor Dios que la juzga.
Los reyes de la tierra...
Lamentarán y clamarán sobre ella....
Viendo el humo de que se ha quemado,
Y poniéndose lejos por temor del tormento de ella,
Diciendo, ¡Ay, ay, aquella gran ciudad Babilonia,
Aquella ciudad poderosa!
Porque en una hora tu juicio ha venido.
Los mercaderes de la tierra
Se paran de lejos por temor del tormento,
Llorando y lamentando,
Diciendo ¡ Ay, ay, la gran ciudad,
Que se vestía de lino fino, de púrpura y escarlata,
Adornada con oro y piedras preciosas y perlas!
Porque en una hora toda esa gran riqueza ha quedado en nada.
Y todos los navegantes y las compañías de navíos,
Y los marineros, y todos los que negocian por la mar,
Clamarán cuando vean ellos el humo de su incendio.
Se pusieron lejos y clamaron...
¡Qué ciudad hay como la gran ciudad!
Y se arrojaban tierra sobre sus cabezas y clamaban,
Llorando y lamentando y diciendo,
Ay, ay de aquella gran ciudad,
En donde se enriquecieron todos los que tenían naves en el mar

Porque en una hora ha sido hecha desolación.

Regocijaos sobre ella, vosotros cielos,

Y vosotros santos apóstoles y profetas,

Porque Dios os ha vengado sobre ella.

Una vasta multitud se reunió alrededor de él, confusa y sorprendida, pero apenas había cesado de hablar cuando aparecieron algunos soldados y lo llevaron.

"Sin duda es algún pobre cristiano, que por causa del sufrimiento ha perdido el cerebro," pensó Marcelo. Y conforme el hombre era llevado, aún seguía clamando sus terribles denunciaciones, y una gran multitud les siguió, gritando y burlándose. El ruido no tardó en perderse en la distancia.

"No hay tiempo que perder. Yo debo irme," dijo entre sí Marcelo, y partió.

***

8
LA VIDA EN LAS CATACUMBAS

¡Oh tinieblas, tinieblas, tinieblas al ardor del sol del medio día,

Oscuridad irrevocable, eclipse total,

Sin esperanza alguna de que venga el día!

CON LAGRIMAS DE GOZO le dieron la bienvenida a su regreso a las catacumbas. Con vivo entusiasmo escucharon las referencias de sus entrevistas con sus superiores; y al mismo tiempo que compartían su comprensión de sus dificultades, se regocijaban que él hubiera sido hallado digno de sufrir por Cristo.

En medio de todo este nuevo ambiente, aprendía más de la verdad cada día, e igualmente contemplaba lo que tenían que sufrir los seguidores del Señor. La vida de las catacumbas abrió ante él sin la menor reserva todos sus secretos maravillosos y su variedad.

La vasta muchedumbre que moraba en las entrañas de la tierra recibía sus provisiones, gracias a su permanente comunicación con la ciudad hostil que arriba. Estas operaciones se realizaban al amparo de la noche. Esta osada y peligrosa tarea se cumplía por los hombres más resueltos que se ofrecían voluntariamente para ello. Empero aun mujeres y niños completaban estos menesteres, siendo uno de los más sagaces el pequeño Polio, cuyos méritos eran dignos de la alabanza de los suyos. Entre la vasta población de la ciudad de Roma no era difícil pasar desapercibido, era así que las provisiones no escaseaban. No obstante había veces en que esas correrías terminaban abrupta y fatalmente, y no se volvía a ver más a los osados aventureros.

En cuanto al agua, contaban con abundante provisión en el extremo inferior de los pasillos. Allí contaban con pozos y fuentes de aprovisionamiento suficientes para todas sus necesidades.

Era también en la noche que se hacían ciertas expediciones, las más tristes de todas. Estas consistían en la búsqueda de los cuerpos de aquellos que habían sido despedazados por las fieras salvajes o quemados en las piras. Estos despojos bien amados se lograban rescatar a costa de los mayores peligros, y se transportaban rodeados de miles de riesgos. Enseguida los amigos y parientes de los muertos celebraban los sencillos servicios fúnebres como también la fiesta en que se les daba sepultura. Después de todo esto solían depositar los restos en su estrechísima tumba, cubriéndola con la correspondiente losa en que se grababa el nombre del difunto.

Aquellos primitivos cristianos, vivamente inspirados de la gloriosa doctrina de la resurrección, miraban hacia el futuro con la más ardiente esperanza de la llegada del momento cuando la corrupción habría dc ser absorbida por la incorrupción, y lo mortal por la inmortalidad. Y era así que ellos no querían permitir que el cuerpo de ellos, al que tan sublime destino esperaba, fuera reducido a cenizas, llegando hasta pensar que aun las sagradas llamas funerales eran una honra para el cuerpo que era el templo de Dios y tanto favor había merecido de las alturas celestiales. Era en tal virtud que los estimados cuerpos de muertos se procuraba traerlos allí, fuera de la vista de los hombres, en donde ninguna mano irreverente perturbara la solemne quietud del último lugar de reposo, en donde habían de yacer "hasta la final trompeta," que sería la voz del llamado que la primitiva Iglesia esperaba con vivo anhelo como lo mas inminente y real. Arriba en la ciudad en donde se respiraba, la Cristiandad había estado aumentando en las generaciones sucesivas, y durante todo el tiempo transcurrido así, los muertos habían ingresado allí en proporciones cada vez mayores, de tal manera que ahora las catacumbas constituían una vasta ciudad de los muertos, cuyos silenciosos moradores dormitaban en filas innumerables, hilera sobre hilera, esperando hasta que se oiga la aclamación del Señor, llamando a congregarse al pueblo lavado con su sangre, "en un momento de tiempo, en un cerrar del ojo," a encontrar al Señor en el aire.

En muchos lugares se habían derribado los arcos con el objeto de elevar el techo a fin de formar habitaciones. Ninguno de ellos era demasiado espacioso, sino que eran solamente recintos de mayor expansión en donde los fugitivos podrían reunirse en asambleas mayores, pudiendo al mismo tiempo respirar con desahogo. Allí pasaban ellos su mayor tiempo, y al mismo tiempo realizaban sus asambleas de fraterna comunión.

Su situación se explica por la naturaleza de los tiempos en que vivieron. Pues las sencillas virtudes de la república habían pasado a la historia, la libertad había huido para siempre del territorio. La corrupción había tomado posesión del imperio, y lo había avasallado todo bajo su mortal influencia. Conspiraciones, rebeliones, traiciones azotaban sucesivamente al estado. Pero el pueblo, víctima de todo, permanecía la distancia en silencio. Ellos veían sufrir a los valientes de los suyos, y veían morir a los más nobles, siquiera conmoverse. Nada tenía la virtud de estar el corazón generoso ni hacer arder el alma. Sus generados sentimientos solamente podían moverse te las más bajas pasiones.

Empero, contra un tal estado de cosas hizo impacte valientemente la verdad de Jesucristo, y contra enemigos tan enormes como éstos tuvo que luchar y abrirse paso cuerpo a cuerpo por entre tales obstáculos, haciendo un avance lento, pero firme. Aquellos que tomaban las armas bajo su bandera, no podían esperar un futuro muy fácil y de comodidad. El sonido de trompeta

no era de incertidumbre. El conflicto era vero y comprendía el nombre, la fama, la fortuna, amigos y la vida: todo aquello que es tan querido para el ser humano. Así el tiempo seguía su marcha. Si bien era verdad que los seguidores de la verdad aumentaban en número; así también el vicio intensificaba su poder maligno; el pueblo se iba hundiendo cada día en la más profunda corrupción, y el estado era arrastrado aceleradamente a la ruina más segura.

Fue entonces cuando se levantaron aquellas terribles persecuciones que tenían por objeto extirpar la tierra los últimos vestigios del Cristianismo. La terrible ordalía esperaba al cristiano si resistía al decreto de la autoridad imperial. A los que la seguían inexorable la orden de la verdad, y una vez que tomaba una decisión, era final e irrevocable. A v solía suceder que tomar la decisión de hacerse cristiano era aceptar la muerte instantánea, o al menos ser arrojado fuera de la ciudad, proscrito de los goces normales del hogar y de la luz del día.

Los corazones de los romanos fueron endurecidos, y sus ojos fueron cegados. No les podía conmover en sus sentimientos ni despertarles la menor compasión, ni la inocencia de la niñez, ni la pureza de la mujer, ni la noble hombría de bien, ni los venerables cabellos canos del anciano, ni la inconmovible fe, ni el amor victorioso sobre la muerte. No tenían ojos para ver a tiempo la negra nube de desolación que pendía sobre el imperio, condenado irrevocablemente a muerte por los actos de los suyos. No tuvieron visión para comprender que del furor de ese destino, solamente les podrían haber salvado aquellos a quienes ellos perseguían.

Empero, en la plana vigencia de ese reino de terror, las catacumbas abren sus puertas delante de los cristianos, cual una ciudad de refugio. Allí reposaban los huesos de sus antecesores, que de generación en generación habían luchado por la verdad, y el polvo de sus cuerpos esperaba aquí la aclamación de la resurrección. Allí traían ellos a sus amados parientes, conforme uno por uno les iban dejando para volar a las alturas. Hasta aquí el hijo había traído en hombros el cuerpo de su anciana madre, y el progenitor había visto a su menor depositado en la tumba. Hasta aquí ellos habían portado piadosamente los mutilados despojos de aquellos que por su fe habían sido despedazados por las fieras salvajes en la arena, los cuerpos chamuscados de aquellos que habían sido entregados a las llamas, o aun los enjutos cuerpos de los más desdichados de todos, que habían exhalado el último suspiro de su vida tras la larga agonía que constituía la muerte por crucifixión. Cada uno de los cristianos tenía algún amigo o pariente cuyo cuerpo yacía ahí. El mismo campo era en todo sentido un campo santo.

Nada, pues, podía extrañar que ellos buscaran refugio y seguridad en un lugar tal.

En estas moradas subterráneas, sobre todo, habían hallado su único lugar de refugio contra la enconada persecución. En aquel tiempo no podían buscar auxilio en países extranjeros, o más allá de los mares, porque para ellos no existían países de refugio, y no había tierra allende los mares en que tuvieran la menor esperanza. El poder imperial de Roma mantenía atrapado en sus garras poderosas a todo el mundo civilizado; su tremendo sistema policiaco se extendía por todas las tierras, y ni uno solo podría escapar de su implacable ira. Su poder era tan irresistible, que desde el noble más encumbrado hasta el esclavo más humilde, todos eran igualmente súbditos de Roma. Ningún emperador destronado podría escapar de su venganza, ni siquiera se podía esperar el tal escape. Cuando Nerón cayó, lo único que alcanzó a hacer fue ir a una villa cercana y matarse. Empero, aquí abajo, en estos infinitos laberintos, aun el poder de Roma no tenía valor alguno, pues sus burlados emisarios vacilaban en la misma entrada.

En estos providenciales refugios los cristianos permanecían, poblando densamente los innumerables pasajes y grutas. En el día se reunían para intercambiarse el verbo de consolación y

de aliento, o también para compartir condolencias por un nuevo mártir. Por las noches despedían a los más osados de entre en desesperadas empresas de traerles noticias del mundo exterior, o bien a traer los cuerpos ensangrentados de las nuevas víctimas. En el transcurso de diferentes persecuciones, ellos se replegaron aquí bajo una seguridad tal, que aunque millones perecieron por todo el vasto imperio, el genuino poder del cristianismo en Roma a peñas fue sacudido.

De este modo fue puesta a cubierto su seguridad y preservada su vida, pero ¿bajo qué condiciones? ¿Por ventura, qué es la vida sin luz, y qué es la seguridad del cuerpo en aquellas húmedas tinieblas que deprimen el alma? La naturaleza física del hombre se estremece ante tal destino, y su delicadísimo organismo no tarda en percatarse de la falta de aquel sutil principio renovador que tan estrechamente vinculado se halla con la luz. Las funciones del cuerpo van perdiendo una por una las facultades y aquel tono normal de energía. Aquel debilitamiento del cuerpo afecta la mente, predispone a la tristeza, la aprehensión, la duda y hasta la desesperación. No deja de ser un honor mayor para el hombre mantenerse firme y fiel bajo tales circunstancias, que haber ofrecido su vida en heroica muerte en la arena, o haber muerto ardiendo resueltamente en la pira. Allí, en donde las más densas sombras de las tinieblas envolvían amortajando a los cautivos, fue donde éstos hicieron frente con valentía suprema a las más duras de las pruebas. La valiente presencia de ánimo bajo la persecución misma era lo más admirable; pero se tomó tanto más sublime al haberla resistido, no obstante sus horrores indescriptibles.

Las ráfagas de aire helado que siempre recorrían este laberinto les enfriaban hasta los huesos, pero traía aire renovado de la superficie. Tanto los pisos, como las murallas y los techos, se hallaban cubiertos de depósitos inmundos de vapores húmedos que siempre circulaban; pues la atmósfera se hallaba espesa de exhalaciones impuras y miasmas deletéreas. El denso humo de las antorchas siempre encendidas podría haber mitigado los aires nocivos, pero oprimía a los moradores con su mortal influencia, que además de cegar sofocaba. Empero, en medio de este cúmulo de horrores, el alma del mártir se mantuvo firme e inconmovible sin rendirse. El revivido espíritu que resistió todo esto se irguió a proporciones que nunca fueron alcanzadas ni en los más orgullosos días de la vieja república. Aquí fue sobrepujada la fortaleza de Régulo, la devoción de Curtio, la constancia de Bruto, y no por hombres adultos y fuertes solamente, sino por tiernas vírgenes y niños endebles.

Así, desdeñando el rendirse ante el más cruel de los poderes de la persecución, se mantuvieron firmes y sin fluctuar en la pureza de corazón, en el bien, en la valentía y en la nobleza. Para ellos la muerte no tenía terrores, ni tampoco la aterradora muerte en vida a que se vieron obligados y que prefirieron soportar allí en esas regiones del desmayo entre los muertos. Ellos sabían lo que les esperaba cuando se decidían a seguir a Jesucristo, y lo aceptaban todo gustosos. Ellos descendían allí voluntariamente, llevando consigo todo lo que era más precioso al alma del hombre, y ellos todo lo sufrían por aquel gran amor con que ellos habían sido y eran amados.

El constante esfuerzo que ellos hacían por disminuir la intensidad de las tinieblas de su morada, ha quedado visible en todo el rededor de las murallas. En algunos lugares, éstas se hallaban cubiertas de estucado blanco, y en otras se hallaban adornados con cuadros; pero de ninguna manera con mortales deificados por adorarlos, idolátricamente, sino sencillamente monumentos de recuerdo de aquellos grandes héroes antiguos de la verdad, "que por fe ganaron reinos, obraron justicia, alcanzaron promesas, taparon la boca de los leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de cuchillo, convalecieron de enfermedades, fueron hechos fuertes en batallas, trastornaron campos extraños" (Heb. 11:33,34). Si en estas horas de angustia y

amargura, habían menester ellos buscar escenas o pensamientos que pudieran aliviarles sus almas e inspirarles con nuevas fuerzas para el futuro, pues no podían ellos haber encontrado otros objetos más acertados en que inspirarse, de tanto valor y de tan bien fundado consuelo.

Tales eran los ornamentos de las capillas. Pues los únicos muebles que contenían era una sencilla mesa de madera, sobre la cual se colocaba el pan y el vino de la Cena del Señor, los símbolos del cuerpo y de la sangre de su Señor crucificado.

La cristiandad llevaba largo tiempo de lucha, y esta era una lucha contra la corrupción. Por consiguiente, no debe considerarse extraño si la iglesia contrajo algunas señales de su contacto demasiado estrecho con su enemigo, o si ella llevó algunas de aquellas señales hasta allí a su lugar de refugio. Empero, si ellos practicaban algunas variaciones con relación al modelo apostólico, éstas eran muy triviales, y todas podían pasarse por desapercibidas, si no fuera porque ellas abrieron el paso para otras mayores. Con todo ello, las doctrinas esenciales del Cristianismo no sufrieron la menor contaminación, ni cambio alguno. El pecado del hombre, la misericordia del Padre, la expiación del Hijo, la unción del Espíritu Santo, la salvación por la fe en el Redentor, el valor de su preciosa sangre, su resurrección física, la bienaventurada esperanza de su regreso: todas estas verdades fundamentales eran para ellos de tanta estima y las guardaban con tanto fervor y energía, que no alcanza el mero lenguaje a hacer el tributo de la debida justicia.

De ellos era aquella esperanza celestial, el anda del alma, tan fuerte y tan segura que la tormenta de la del imperio fracasó en su empeño de derribarlos de Roca de los siglos en la cual ellos se hallaban refugiados.

De ellos era aquella excelsa fe que les sostuvo frente a las pruebas más duras. En el hombre Cristo Jesús, glorificado a la diestra de Dios, era en quien reposaba su fe y su esperanza, y en nada ni nadie más. La fe en El era todo. Era el mismo hálito de la vida, la respiración normal de ellos, tan real que les sostuvo en la hora de los crueles sacrificios, tan duradera que aun cuando parecía que todos los seguidores se habían desvanecido de la tierra, ellos con todo podían mirar a las alturas y esperar en El.

De ellos era la plenitud de aquel amor que definió Cristo cuando estaba en la tierra, diciendo que era el resumen de la ley y los profetas. Era desconocida en aquellos días la lucha sectaria y las amarguras denominacionales. Es que ellos tenían un grande enemigo general contra quien luchar, y ¿cómo habían de altercar unos con otros? Allí se cultivaba el amor al semejante, que no conocía distinción de raza o clase, sino que abrazaba a toda la inmensa circunferencia, de tal manera que uno podía poner su vida por su hermano. Allí, pues, el amor de Dios, derramado copiosamente en el corazón por el Espíritu Santo, no temía llegar hasta el sacrificio de la misma vida. La persecución, que les rodeaba como león rugiente, les fortaleció en su celo, fe y amor que alumbraban brillantemente en medio de las tinieblas de la edad. Su número se contaba a los que eran verdaderos y sinceros. Era el me antídoto de la hipocresía. Al valiente le investía mas osado heroísmo, y al temeroso le inspiraba con valor y devoción. *Ellos vivieron en una época en la ser cristiano era arriesgar la vida misma.* Ellos no retrocedían ni vacilaban, sino que atrevidamente proclamaban su fe y aceptaban las consecuencias. Ellos trazaban una línea divisoria perfectamente visible entre ellos y el mundo, y se mantenían valientemente en su puesto. La sencilla pronunciación de unas cuantas palabras, la ejecución de un acto sencillo, bastaría para salvar de la muerte; pero la lengua se negaba a pronunciar la fórmula de la idolatría, y la mano firme rehusaba hacer el derramamiento de la libación. Las doctrinas vitales del Cristianismo

hallaban en ellos mucho más que el mero asentimiento intelectual. Cristo mismo no era para ellos solamente una idea, un pensamiento, sino una existencia personal y real. La vida de Cristo sobre la tierra era para ellos una verdad vivificante. Ellos la aceptaban como el más adecuado ejemplo para todo hombre. Su ternura, su humildad, su paciencia, y su mansedumbre, pensaban ellos que se les ofrecían para que fueran imitadas; jamás separaron ellos el Cristianismo ideal del Cristianismo real. Ellos pensaban que la fe del hombre consistía tanto en su vida como en su sentimiento, y no habían aprendido a hacer distinción entre el Cristianismo experimental y el Cristianismo práctico. Para ellos la muerte de Cristo era el gran evento, ante el cual todos los otros eventos en la vida de El eran solamente secundarios. Que El murió es el hecho por excelencia, y que fue por los hijos de los hombres, nadie en absoluto podría entenderlo mejor que ellos. Que El fue levantado y que se halla glorificado a la diestra de Dios, y que toda Potestad le ha sido dada en el cielo y en la tierra, era divina realidad para ellos. Pues entre sus propios hermanos sabían de muchos que habían sido colgados en una cruz por amor a sus hermanos, o muerto en la pira por su Dios. Ellos tomaban su cruz y seguían a Cristo, llevando su vituperio. Aquella cruz y aquel vituperio no eran solamente figurados. Todo eso nos testifica esos tenebrosos laberintos, recinto propio para los muertos solamente, que sin embargo por muchos años se abrió para refugiar a los vivientes. Nos lo testifican aquellos nombres de mártires, aquellas palabras de triunfo. Las murallas conservan para las generaciones venideras las palabras de dolor y de lamento, y de sentimientos siempre variantes que se escribieron sobre ellas durante las sucesivas generaciones por aquellos que tuvieron que acudir a albergarse en estas catacumbas. Ellas transmiten su doliente historia a los tiempos venideros, y traen a la imaginación las formas, los sentimientos y los hechos de aquellos que fueron confinados allí. Así como la forma física de la vida se fija en las placas de la cámara fotográfica, así las grandes voces que una vez se arrancaron por la intensidad del sufrimiento desde el fondo del alma misma del mártir quedaron estampadas sobre la muralla desafiando a los siglos venideros.

Testigos humildes de la verdad, pobres, despreciados, abandonados, cuyos clamores por misericordia llegaban en vano a los oídos de los hombres: ¡ más bien se sofocaban en la sangre de los muertos y el humo de los sacrificios! Empero si los de su propia raza contestaron sus clamores con renovadas y mayores tortura estas murallas rocosas mostraron mayor misericordia pues oyeron sus suspiros y los guardaron en sus senos, y fue así que aquellos clamores de sufrimiento vivieron allí atesorados y grabados en la roca para siempre.

La conversión de Marcelo al Cristianismo había sido repentina. Sin embargo, tales transiciones del error a la verdad eran frecuentes. El había intentado y probado las más altas formas de la superstición salvaje filosofía pagana, habiendo descubierto que no satisfacían; mas tan pronto se halló frente al Cristianismo, comprobó que llenaba ampliamente todos los anhelos de su conciencia. Poseía precisamente lo que se necesitaba para poder satisfacer las ansias del alma y saciar el vacío del corazón con la plenitud de la paz. Y es así que si la transición fue rápida, también fue completa y perfecta. Pues, habiendo abierto sus ojos y contemplado el Sol de Justicia, el no podía volverlos a cerrar. La obra de la regeneración era completada divinamente y la recibió de buena gana la parte que le correspondía en el sufrimiento de los perseguidos.

Las primeras predicaciones del Evangelio se caracterizaban por la frecuencia de conversiones notables como estas. Por todo el mundo pagano eran incontables las almas que experimentaban lo que experimentó Marcelo, y que gustosos se habían sometido a las mismas experiencias. Pues sólo era menester la predicación de la verdad, acompañada por el poder del

Espíritu Santo, que les abría los ojos y los conducía a ver la luz. He aquí la causa y la clave de la rápida diseminación del Cristianismo, la influencia divina real sobre la humana razón.

Marcelo pues, viviendo la vida y compartiendo la actividad y la comunión con sus hermanos, no tardó en penetrar al fondo de sus esperanzas, sus temores y sus alegrías. La fe viva y la confianza inquebrantable de ellos se comunicaban a su corazón, y todas las gloriosas expectativas que los sostenían a todos ellos, no tardaron en llegar a ser el más efectivo solaz de su propia alma. La bendita Palabra de vida llegó a ser materia de su constante estudio y deleite y todas sus enseñazas hallaron en él su más ardiente y activo discípulo.

Las reuniones más frecuentes por todas las catacumbas eran las de oración y alabanza. Habiendo sido providencialmente apartados de las ocupaciones comunes de los negocios del mundo, se dedicaban por entero a más elevados y sublimes objetivos en que ponían todo su empeño. Privados aquí como se hallaban de la oportunidad de hacer algún esfuerzo por el sostén del cuerpo, se veían constreñidos a dedicar su vida íntegramente al cuidado del alma. Y ellos lograban con creces lo que buscaban. Pues la tierra, con sus cuidados afanosos y sus atracciones y sus miles de distracciones, había perdido sobre ellos todo influjo, dejándolos libres. Los cielos se les habían acercado; sus pensamientos y su lenguaje eran justamente los del reino. A ellos les complacía hablar y pensar en el gozo inconmensurable y digno que esperaba a los que fueren fieles hasta la muerte. Les deleitaba conversar y departir sobre aquellos hermanos que ya habían partido, y que sola-mente les llevaban la delantera. No se les ocurría siquiera pensar que se hubieran perdido. Todo ello les hacía prever el momento cuando su propia partida también llegaría. Pero por sobre todas las cosas, ellos miraban mayormente a aquel día del gran llamamiento final, que levantaría a los muertos, transformarían a los vivos, y traería alrededor de El a los comprados con sangre, a su pueblo lavado con su sangre, hasta ese lugar de encuentro en el aire; y esperaban el establecimiento del tribunal de Cristo, donde El otorgará recompensas por el servicio fiel (1 Tes. 4:13-18; 3:20,21; I Cor. 3).

Fue así como Marcelo vio estos lúgubres pasadizos subterráneos, no entregados para el silencio del sueño de los muertos, sino densamente poblados de miles de vivientes. Descoloridos, pálidos y oprimidos, hallaban aun en medio de estas tinieblas un destino mejor el que les podía esperar en la superficie. Su actividad vital animaba esta región de los muertos; el silencio de esos pasillos era interrumpido por el sonido de las humanas voces. La luz de la verdad, la virtud, ahuyentada de los aires saludables de arriba, florecía y se encendía con más puro y reluciente brillo en medio de estas tinieblas subterráneas. Los tiernos saludos de afecto, de la amistad, de la fraternidad y del amor, se cultivaban entre los desmoronantes restos de los que se habían ido. Aquí se mezclaban las lágrimas de duelo con la sangre de los mártires, y las manos cariñosas envolvían en sus últimos sudarios los pálidos despojos. En estas grutas las almas heroicas se erguían por encima del dolor. La esperanza y la fe sonreían gozosas, y señalaban con firmeza a "la brillante estrella de la mañana," y de los labios de quienes debían lamentar brotaban voces de alabanza.

***

9
LA PERSECUCION

La paciencia os es necesaria, para que después que hayáis hecho la voluntad de Dios, recibáis la promesa.

LA PERSECUCIÓN arreció con mayor furia. No habían transcurrido sino unas pocas semanas desde que Marcelo vivía allí, cuando un mayor número había acudido en desesperada búsqueda de este refugio de retiro. Jamás en el pasado se habían congregado tantos en las catacumbas. Generalmente las autoridades se habían contentado con los cristianos más prominentes, y en consecuencia, los fugitivos que recurrían a las catacumbas componían esta clase. Fue en verdad la persecución más severa que les sobrevino esta vez, abarcándolos a todos, y solamente bajo el gobierno de unos pocos emperadores se había mostrado tal encarnizamiento indiscriminado. Esta vez no se hacía la menor distinción de clase o posición. Pues al más humilde seguidor como al más eminente de los maestros, se les persiguió a muerte con la más encarnizada furia.

Hasta esta época la comunicación con la ciudad era relativamente fácil para los refugiados, porque los cristianos que arriba habían quedado, aunque pobres en medios, no descuidaban a los que estaban en las profundidades del escondite, ni olvidaban sus necesidades. Fácilmente, pues, se podía adquirir provisiones, y auxilio no faltaba. Pero llegó la hora en que precisamente aquellos en cuyo auxilio confiaban los fugitivos, también habían sido víctimas de la persecución y obligados a compartir su destino con sus hermanos de las grutas y tener ellos mismos que recibir caridad en vez de darla.

Con todo, su situación no la afrontaban desesperándose. Aun en esa Roma habíanse provisto muchos que les amaban y les ayudaban, no obstante no ser cristianos. En todo gran movimiento, siempre habrá una considerable proporción de seres neutrales, los mismos que, bien sea por interés o por indiferencia, se mantienen al margen. Estas personas invariablemente se unirán al lado más fuerte, y cuando el peligro amenaza, suelen soslayarlo haciendo cualquier concesión. Tal, pues, era la condición en que se hallaban numerosos romanos. Ellos tenían amigos y parientes a quienes amaban entre los cristianos y por quienes sentían la más cordial simpatía. Siempre se mantenían dispuestos a ayudarlos, pero desde luego, tenían la debida consideración de su propia seguridad para no llegar al extremo de jugarse su suerte juntamente con ellos. Seguían siendo cumplidos asistentes a los templos y a la adoración de los dioses paganos como antes, viniendo a ser así adherentes nominales de las viejas supersticiones oficiales. Estos fueron quienes proveyeron a las necesidades de la vida de los cristianos.

Pero ahora además, toda expedición que se intentara hacer a la ciudad se hallaba rodeada de mayores e inminentes peligros, y solamente los muy osados se atrevían a aventurarse. Pero ese profundamente arraigado desdén por el peligro y la muerte era tal, y eran tantos los que de él estaban inspirados, que jamás dejaron de ofrecerse espontáneamente los hombres para desafiar a la muerte en tan peligrosas empresas.

He allí las tareas peculiares para las que Marcelo se ofrecía entusiasta y gustoso dc poder hacer algo por sus hermanos. La misma valentía y perspicacia que le había elevado hasta los

mismos altos rangos militares, ahora lo hacían descollar con todo éxito en estas sus nuevas actividades.

Decenas de fieles eran capturadas y sacrificadas cada día. Los cristianos se encargaban de la igualmente arriesgada tarea de recuperar sus despojos mortales para darles sepultura a su modo. En esto no era tanto el peligro, ya que se relevaba a las autoridades de la molestia de quemarlos y enterrar los cadáveres.

Un día llegaron noticias a la comunidad residente debajo de la Vía Apia que dos de los suyos habían sido capturados y entregados a muerte. Marcelo juntamente con otros salieron con la misión de recuperar sus cuerpos. Polio, aquel chiquillo con corazón de adulto, fue con ellos por si hubieran menester sus servicios. Era el anochecer cuando llegaron a la puerta de la ciudad, y las tinieblas no tardaron en cubrir sus desplazamientos. Pero no tardó en aparecer la luna a iluminar el amplio escenario.

Se escurrieron abriéndose paso por las calles tenebrosas, hasta llegar finalmente al Coliseo, el lugar de martirio de tantos de sus compañeros. Aquella enorme mole se elevaba orgullosa delante de ellos, amplia, tenebrosa y severa, como el poder imperial que la había construido. Multitudes de cuidadores, guardianes y gladiadores había dentro de sus puertas, cuyos pasajes abovedados eran iluminados por el resplandor de las antorchas.

Los gladiadores sabían el motivo de su presencia, y les ordenaron rudamente que siguieran. Ellos mismos los guiaron hasta que estuvieron en la arena. Allí se hallaban tirados numerosos cuerpos, los últimos que habían sido muertos aquel día. Se hallaban cruelmente mutilados; algunos se hallaban en condiciones tales que apenas se distinguía que eran seres humanos. Después de una larga búsqueda, hallaron los dos a quienes buscaban. Esos cuerpos fueron seguidamente colocados en grandes sacos, en los cuales se disponían a llevarlos.

Marcelo se detuvo a contemplar el escenario que le rodeaba. Se hallaba completamente rodeado de macizas murallas que se elevaban por medio de numerosas terrazas en declive hasta llegar al coronamiento en el círculo exterior. Su negra estructura parecía encerrarle con barreras tales que él ya no podría franquear.

El pensaba: "¿Cuándo llegará también el día en que yo de la misma manera ocupe mi puesto aquí, ofrendando mi vida por mi Salvador? ¿Seré fiel cuando llegue aquel momento? ¡Oh, Señor Jesús, sostenme en aquella hora!"

Todavía la luna no había ascendido lo suficiente para que penetraran sus rayos dentro de la arena. Allí en ese interior todo era oscuro y repulsivo. La búsqueda había tenido que hacerse con antorchas prestadas de los guardianes.

En esos momentos Marcelo escuchó una voz profunda procedente de alguno de los arcos posteriores. Sus tonos penetraron dentro del aire de la noche con claridad sorprendente, y se les podía oír por encima de la ruda algarabía de los guardas:

Ahora ha venido la salvación y la fortaleza,

Y el reino de nuestro Dios,

Y el poder de su Cristo:

Porque el acusador de nuestros hermanos es arrojado,

El que los acusaba delante de Dios día y noche.

Y ellos lo vencieron por la sangre del Cordero,

Y por la palabra de su testimonio,

Y no amaron su vida hasta la muerte.

-¿Quién es ése? -dijo Marcelo.

-No le atiendas -dijo su compañero. Es el hermano Cina. Sus penas y dolores le han vuelto loco. Su único hijo fue quemado en la pira al principio de la persecución, y desde entonces él ha andado recorriendo la ciudad anunciando calamidades por venir. Hasta la fecha no se habían cuidado de él; pero finalmente le han capturado.

-¿Y está prisionero aquí?

-Sí.

Y de nuevo la voz de Cina se dejó oír, espantosa, amenazante y terrible:

¿Hasta cuando, oh Señor, santo y verdadero, No vengarás Tú nuestra sangre de aquellos que moran en la tierra?

-¡Este es, entonces, el hombre que yo oí en el capitolio!

-Sí, debe ser él, porque ha recorrido por toda la ciudad, y aun en el palacio, clamando y pregonando eso mismo.

-Vamos.

Tomaron sus sacos y se encaminaron hacia las puertas. Después de una breve pausa, se les permitió pasar. Y conforme salían, oyeron la voz de Cina en la distancia:

Caída es, caída es, Babilonia la grande,

Y ha venido a ser la morada de los demonios,

Y el depósito de todos los espíritus inmundos,

Y la jaula de toda clase de aves malignas e inmundas:

¡Salid de ella, pueblo mío!

Ninguno de ellos pronunció palabra alguna hasta que llegaron a suficiente distancia del Coliseo.

Marcelo rompió el silencio. -Sentí un gran temor de que nos encerraran y no nos dejaran salir más de allí.

El otro le contesto: -No sin razón sentiste aquel temor. El menor capricho repentino del guarda podría ser nuestra sentencia de muerte inevitable. Pero, para ello debemos estar siempre preparados. Pues en tiempos como estos, debemos estar dispuestos a afrontar la muerte en

cualquier momento. ¿Qué dice nuestro Señor?. "Estad también vosotros listos y apercibidos." Cuando el tiempo nos llegue, debemos estar dispuestos a decir: "Listo estoy para ser ofrecido."

-Sí-dijo Marcel-, nuestro Señor nos ha dicho lo que hemos de tener: "En el mundo tendréis aflicción..."

-Ah, pero también El dice: "Mas confiad; yo he vencido al mundo... Donde yo estoy, vosotros también estaréis.

-Por medio de El -dijo Marcel-, podemos salir más que vencedores sobre la muerte. Las aflicciones de este tiempo presente no son dignas de compararse con la gloria que nos ha de ser revelada.

Así se consolaban ellos con las promesas seguras de la bendita Palabra de vida que en todos los tiempos y en todas las circunstancias es capaz de dar tal consolación celestial. Finalmente llegaron a su destino, sanos y salvos portando sus cargas, con la más íntima gratitud en sus corazones hacia Aquel que les había preservado.

No muchos días después, Marcelo volvió a salir en busca de provisiones. Esta vez él fue solo. Fue a la casa de un hombre que era muy amigo para con ellos y les había sido de gran ayuda. Estaba por fuera de las murallas, en las inmediaciones de la Vía Apia.

Después de haber obtenido las provisiones indispensables, empezó a averiguar por las noticias.

-Malas son para vosotros las noticias -dijo el hombre-. Uno de los oficiales de los pretorianos se convirtió al Cristianismo recientemente, y eso ha enfurecido al emperador. Este ha designado a otro oficial para el cargo que aquél tenía, y le ha comisionado a perseguir a los cristianos. Y es así que cada día capturan algunos de ellos. Pues en estos días no hay un solo hombre que sea considerado demasiado pobre para no capturarlo.

-Ah ¿sabe Ud. el nombre del nuevo oficial de los pretorianos que está encargado de perseguir a los cristianos?

-Lúculo.

-¡Lúculo! -exclamó Marcelo-. ¡Qué extraño!

-Dicen que es un hombre de mucha habilidad y energía.

-He oído hablar de él. Y a la verdad estas son malas noticias para los cristianos.

-La conversión al Cristianismo del otro oficial de los pretorianos ha enfurecido al emperador hasta enloquecerlo. A tal extremo que se ofrece un cuantioso rescate por él. Y si tú, amigo, por ventura lo ves o te hallas en condiciones de hacérselo saber, procura por todos los medios comunicárselo. Dicen todos que él está en las catacumbas con vosotros."

-El debe estar allí, puesto que no hay otro lugar de seguridad.

-Verdaderamente, estos son tiempos terribles. Tienes necesidad de tomar todas las precauciones posibles.

Marcelo contestó, humilde, pero firmemente, -No pueden matarme más de una vez.

-¡Oh, vosotros los cristianos derrocháis la fortaleza más excelente. Yo admiro con toda mí alma vuestra valentía pero yo pienso que podríais conformaros exteriormente al decreto del

emperador. ¿Por qué, pues, habéis de precipitaros así tan locamente a la muerte -Nuestro Redentor murió por nosotros. Y por nuestra parte, no podemos menos que estar listos a morir por El. Y, puesto que El murió por su pueblo, nosotros también nos complacemos voluntariamente en imitarle, ofreciendo nuestras vidas por nuestros hermanos.

-Sois una gente divinamente maravillosa -exclamó aquel hombre al mismo tiempo que levantaba las manos en alto.

Llegó el momento en que Marcelo se tuvo que despedir, y luego partió llevando su carga. Las noticias habían sido tales que habían llenado y conmovido su mente y todo su ser.

"Así que Lúculo se ha hecho cargo de mi lugar," pensaba él, en su camino.

"¡Cómo quisiera saber si él se ha vuelto contra mí! ¿Pensará él ahora de mí como de su amigo Marcelo, o sencillamente como de un cristiano? Puede ser que lo descubra dentro de poco. Seria verdaderamente extraño que yo cayera en sus manos; y con todo, si yo fuese capturado, probablemente llegaría a estar cerca de él."

"Pero él tiene que cumplir con su deber de soldado ¿y por qué debería yo quejarme? Pues si él ha sido nombrado para ese puesto, no le queda otra alternativa que obedecer. Y él, como soldado, no puede tratarme de otro modo sino como enemigo del estado. El bien puede tenerme lástima, y 'aún amarme en su corazón de amigo, pero con todo no puede eximirse de cumplir con su deber."

"Puesto que se ha ofrecido un rescate sobre mi cabeza, ellos tienen que redoblar sus esfuerzos para dar conmigo. Creo, pues, que mi tiempo ha llegado. Debo estar preparado para hacer frente fielmente a lo que venga.

Sumido en estos pensamientos había recorrido la Vía Apia. Había estado tan envuelto en sus meditaciones que no se dio cuenta de una multitud de gente que estaba reunida en una esquina, hasta que estuvo en medio de ellos. Y repentinamente se encontró detenido.

-Oh, amigo -exclamó una voz ruda-, no te des tanta prisa. ¿Quién eres tú, y adónde vas?

-¡Deje el paso libre! -exclamó Marcelo en tono de mando, natural en quien ha tenido hábito de mandar y tener hombres a sus órdenes, indicándole al hombre que se apartara.

La multitud se sorprendió por cl modo autoritario y cl tono imperioso, pero el vocero de ellos se mostró más valiente.

-¡Dinos quién eres o no pasas!

A lo que Marcelo replicó, -Hombre, apártate a un lado. ¿No me conoces que soy pretoriano?

Ante aquel nombre tan pavoroso como venerable, la multitud se abrió rápidamente, y Marcelo pasó por en medio de ellos. Pero apenas habíase alejado él unos cinco pasos, cuando una voz exclamó:

-¡Prendedle! ¡Es Marcelo, el cristiano!

La multitud también vociferó al unísono. Pero Marcelo no esperó mayor advertencia. Arrojando la carga que llevaba, emprendió rauda fuga hacia el Tíber por una calle lateral. La multitud íntegra le persiguió. Era una carrera de vida o muerte. Pero Marcelo había sido entrenado en todo deporte atlético, y en segundos multiplicó la distancia que le separaba de sus perseguidores. Finalmente llegó al Tíber, y arrojándose a él nadó hasta el lado opuesto.

Los perseguidores llegaron a la orilla del río, pero de allí no pasaron.

***

10
LA CAPTURA

La prueba de vuestra ¡e obra paciencia.

EN LA CAPILLA, HONORIO se encontraba sentado en compañía de uno o dos más, entre quienes se encontraba la hermana Cecilia. Los débiles rayos de una sola lámpara alumbraban el escenario muy débilmente. Todos los presentes se hallaban silenciosos y tristes. Sobre ellos pesaba una melancolía más profunda de lo común. Alrededor de ellos se oía el ruido de pasos y de voces y un confuso murmullo de actividad vital.

En forma repentina y rápida se oyeron pasos, y Marcelo entró. Los ocupantes de la capilla saltaron sobre sus pies con exclamaciones de gozo.

-¿Dónde está Polio? -preguntó Cecilia con vivo interés.

-Yo no lo he visto dijo Marcelo.

-¡No lo ha visto! -y volvió a caer sobre su asiento.

-Pero ¿qué pasa? ¿Ha debido volver ya?

-Ha debido volver hace seis horas, y eso me tiene loca de ansiedad, no hay peligro dijo Marcelo en actitud de consolarla-. El sabe cuidarse. -Procuró hacer que no se notara su preocupación, pero sus miradas traicionaban sus palabras.

-¡Qué no hay peligro! dijo Cecilia-. Ay de mí, nosotros sabemos ya todos los nuevos peligros que hay. Jamás ha sido tan peligroso como ahora.

- Qué te ha hecho atrasarte tanto, Marcelo? Te dábamos por muerto.

Marcelo contestó, -Yo fui detenido cerca de la Vía Alba. Tuve que soltar la carga y correr al río. La turba me siguió, pero yo me arrojé al río y lo pasé a nado. De allá tomé una ruta en circunvalación entre las calles del otro lado, después de lo cual volví a pasar y así he llegado hasta aquí sano y salvo.

-Has escapado milagrosamente, pues han ofrecido un rescate por ti.

-¿Lo habíais sabido vosotros?

-Desde luego que sí, y mucho más. Hemos sabido de los redoblados esfuerzos que ellos están haciendo para aniquilarnos. Durante todo e1 día nos han estado llegando noticias de dolor. Más que nunca tenemos que fiarnos solamente en El que puede salvarnos.

-Todavía podremos frustrar sus planes -dijo Marcelo con aire de esperanza.

-Pero ellos están vigilando nuestra entrada principal -dijo Honorio.

-Entonces podemos hacer nuevas. Las grietas son innumerables.

-Ellos están ofreciendo recompensa por todos los hermanos prominentes.

-¿Y qué, pues. Cuidaremos a esos hermanos, guardándolos más que nunca.

-Nuestros medios de subsistencia están disminuyendo gradualmente.

-Pero hay, tantos osados y fieles corazones como siempre. Quién tiene temor de arriesgar su vida ahora. Nunca faltará la provisión de alimento mientras permanezcamos en las catacumbas. Pues si nosotros logramos escapar de la persecución, traeremos el auxilio a nuestros hermanos; y si morimos, recibiremos la corona del martirio.

-Tienes razón, Marcelo. Tu fe pone en vergüenza mis temores. ¿Cómo pueden temer a 1a muerte aquellos que viven en las catacumbas? Se trata solamente de unas tinieblas momentáneas y luego todo pasará. Pero en el día de hoy hemos oído decir mucho que hace desesperar nuestros corazones y ahoga nuestros espíritus hasta hacernos desmayar.

-Ay de mí -continuó Honorio con voz doliente-, cómo se ha diseminado la gente, y las asambleas han quedado desoladas. No hace sino unos pocos meses que había cincuenta asambleas cristianas dentro de la ciudad, en donde brillaba la luz de la verdad, y las voces de las oraciones y las alabanzas ascendían hasta el trono del Altísimo. Ahora han sido abatidas, y el pueblo ha sido dispersado y arrojado fuera de la vista de los hombres.

Hizo una breve pausa, vencido por la emoción, y luego con su voz baja y apesadumbrada repitió las palabras dolientes del Salmo ochenta:

Jehová, Dios de los ejércitos,

¿Hasta cuándo humearás tú contra la oración de tu pueblo?

Dísteles a comer pan de lágrimas,

Y dísteles a beber lágrimas en gran abundancia.

Pusístenos por contienda a nuestros vecinos:

Y nuestros enemigos se burlan entre sí.

Oh Dios de los ejércitos, haznos tornar;

Y haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos.

Hiciste venir una vid de Egipto:

Echaste las gentes, y plantártela.

Limpiaste sitio delante de ella,

E hiciste arraigar sus raíces, y llenó la tierra.

Los montes fueron cubiertos de su sombra;

Y sus sarmientos como cedros de Dios.

Extendió sus vástagos hasta la mar,

Y hasta el río sus mugrones.

Por qué aportillaste sus vallados,

Y la vendimian todos los que pasan por el camino?

Estropeóla el puerco montés,

Y pacióla la bestia del campo.

Oh Dios de los ejércitos, vuelve ahora:

Mira desde el cielo, y considera, y visita esta viña,

Y la planta que plantó tu diestra,

Y el renuevo que para ti corroboraste.

Quemada a fuego está, asolada:

Perezcan por la reprensión de tu rostro.

-Tú estás triste, Honorio -dijo Marcelo-. Es verdad que nuestros sufrimientos aumentan sobre nosotros; pero nosotros podemos ser más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. ¿Qué dice El?"

Al que venciere, daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios."

"Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El que venciere, no recibirá daño de la muerte segunda."

"A1 que venciere, daré a comer del maná escondido y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nuevo nombre escrito, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe."

"E1 que hubiere vencido y hubiere guardado mis obras hasta el fin, yo le daré potestad sobre las gentes;. . . y le daré la estrella de la mañana."

"E1 que venciere, será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles."

"Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de Dios, y nunca más saldrá fuera; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo de con mi Dios, y mi nombre nuevo."

"Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono."

A1 hablar Marcelo estas palabras, se irguió y sus ojos brillaron, y su rostro se enrojeció de entusiasmo. Sus emociones fueron transmitidas a sus compañeros, y conforme caían estas promesas una por una en sus oídos, ellos olvidaron por un momento sus penas y dolores bajo el pensamiento de su cercana bienaventuranza. La nueva Jerusalén, las calles doradas, las palmas de gloria, y los cantos del Cordero, el rostro de El que está sentado en el trono; todo ello se hallaba realmente presente en sus mentes.

Honorio dijo, -Marcelo, me has quitado mi tristeza con tus palabras; sobrepongámonos, pues, a nuestras dificultades terrenas. Vamos, hermanos, dejad a un lado vuestras cuitas. Pues este hermano recién nacido en el reino muestra tal fe que nosotros debemos emular. Miremos, pues, al gozo que nos ha sido propuesto. "Porque sabemos que si esta nuestra habitación terrena se disolviera, tenemos una mansión no hecha de manos, eterna en los cielos."

Y continuó diciendo, -La muerte está muy cerca, y se acerca cada vez más. Nuestros enemigos nos tienen cercados, y el cerco es cada vez más estrecho. Moriremos, pues, como cristianos.

Marcelo exclamó, -¿Por qué esos tristes presagios? ¿Acaso la muerte está más cerca que antes? ¿No estamos seguros en las catacumbas?

-¿No has sabido tú, entonces? Qué?

-¡De la muerte de Crisipo!

-¡Crisipo! ¡Muerto! ¡No! ¿Cómo? ¿Cuándo?

-Los soldados del emperador fueron guiados a las catacumbas por alguien que conocía la ruta. Penetraron al salón en donde se estaba celebrando el servicio de adoración. Eso fue en las catacumbas allende el Tíber. Los hermanos dieron apresurada alarma y huyeron. Pero el venerable hermano Crispo, bien sea a causa de extrema vejez, o por su resolución de sufrir el martirio, no quiso huir de los enemigos. Se limitó a arrodillarse y elevar su voz y vida en oración a Dios. Dos asistentes fieles permanecieron con él. Los soldados se abalanzaron sobre él, y mientras aún permanecía orando sobre sus rodillas, le golpearon hasta derramar sus sesos. Cayó muerto al primer golpe, y los dos hermanos rindieron también su vida al lado de él.

-Ellos han volado a unirse a aquel noble ejército de mártires. Ellos, pues, han sido fieles hasta la muerte, y recibirán la corona de vida, -dijo Marcelo con vivo entusiasmo.

Pero en esos instantes fueron interrumpidos por un tumulto en el exterior. En el acto se pararon todos asustados.

-¡Los soldados! -exclamaron.

Pero no; no eran soldados. Era más bien un cristiano, un mensajero de ese hostil mundo exterior. Pálido y temblando se arrojó al suelo. Contorsionándose clamó como con sus últimos hálitos de vida:

La presencia de este hombre produjo un efecto extraordinariamente aterrador sobre Cecilia. Ella tambaleó, cayendo hacia atrás contra la pared, temblorosa desde los pies a la cabeza, trabando sus manos una con otra. Sus ojos parecían salírsele al mirar, sus labios se contraían como si quisiera hablar, pero no se le oía el menor sonido.

-¡Habla! ¡Habla, hermano! ¡Dínoslo todo! -exclamó Honorio.

-¡Polio! -balbució el mensajero.

-Qué le ha pasado a él? -dijo vehementemente Marcelo.

-Ha sido capturado. ¡Está en prisión!

Oído aquello, un grito agudo de mortal amargura se difundió por todas las inmediaciones sembrando el terror. Era el grito de la hermana Cecilia, quien no tardó en caer al suelo.

Los que a su lado estaban acudieron a atenderla. La llevaron a su cuarto. Una vez allí, le aplicaron los habituales estimulantes hasta revivirla. Pero el golpe la había afectado gravemente, y aunque volvió en sí, quedó en tal estado que parecía que soñaba.

Mientras tanto el mensajero había recuperado las fuerzas, y había dicho todo lo que sabía.

Marcelo le preguntó:

-Polio fue contigo, ¿no es así?

-No, él estaba solo.

-¿En qué diligencia había ido?

-Estaba tratando de saber noticias y como estaba en un lado de la calle, un poco atrás. El ya se venía. Caminamos hasta que llegamos a donde había una multitud de hombres. Para sorpresa mía Polio fue detenido y sometido a interrogatorios. Yo ya no oí lo que pasó, pero alcancé a ver sus gestos de amenaza, y finalmente vi que le prendieron. Nada pude hacer yo por él. Me mantuve a una distancia de seguridad y observé. Como media hora después se hizo presente una tropa de pretorianos. Polio fue entregado a ellos y se lo llevaron.

-¿Pretorianos? -dijo Marcelo-. ¿Conoce al capitán?

-Sí, era Lúculo.

-Está bien -dijo Marcelo, y quedó sumido en profunda meditación



11
LA OFRENDA

Nadie tiene mayor amor que este, que ponga alguno su vida por sus amigos.

HABÍA ANOCHECIDO en el cuartel de los pretorianos. Lúculo se hallaba sentado al lado de una lámpara que despedía su luz brillante por todo el rededor. De pronto hubo de levantarse al oír un toque en la puerta. Prestamente la abrió. Un hombre entró y avanzó silenciosamente hasta el centro del cuarto. Luego, desembozándose de la gran capa en que venía envuelto, quedó descubierto en la presencia de Lúculo.

-¡Marcelo! --exclamó éste preso de asombro, y saltando hacia adelante abrazó a su visitante con visibles muestras de gozo.

-Querido amigo mío -dijo él-, ¿a qué azar feliz debo yo este encuentro? Me hallaba precisamente pensando en ti, y no me imaginaba siquiera cuándo nos veríamos otra vez.

-Yo temo que nuestros encuentros -dijo Marcelo tristemente-, no serán muy frecuentes de hoy en adelante. Este lo he procurado con grave riesgo de mi vida.

-Verdaderamente es así -dijo Lúculo, compartiendo la tristeza del otro-. Tú estás perseguido con el más airado interés, pues se ofrece un rescate por ti. Con todo eso, aquí debes considerarte tan seguro como lo estuviste siempre en los días felices antes de que fueras poseído de aquella locura. ¡Oh, mi querido Marcelo! ¿Por qué no pueden volver otra vez aquellos días?

-No puedo cambiar mi naturaleza ni deshacer lo que he hecho. Además, Lúculo, aunque mi suerte pueda parecerte dura, jamás he sido tan feliz como lo soy actualmente.

-¡Feliz! -exclamó el otro con profunda sorpresa.

-Sí, Lúculo, aunque afligido, no he sido derribado; aunque perseguido, no desespero.

-La persecución ordenada por el emperador no es cosa ligera.

-Sí, eso yo lo sé bien. Yo veo ante ella a mis hermanos cada día. Cada día se estrecha más el cerco que me rodea. Cada momento me despido de amigos a quienes no vuelvo a ver más. Algunos compañeros suben a la ciudad, pero no regresan sino sus despojos. Vuelven allí para ser sepultados.

-Y con todo eso, ¿dices tú que estás feliz?

-Sí, Lúculo, tengo una paz que el mundo no conoce, una paz que viene de arriba y que sobrepuja todo entendimiento.

-Mi estimado Marcelo, a mi me consta que tú eres demasiado valiente para que le temas a la muerte; pero nunca pensé que tuvieras tal fortaleza para soportar con tan profunda calma todo lo que yo sé que debes estar sufriendo actualmente. O bien tu valor es superhumano, o es el valor que da la locura.

-Viene de arriba, Lúculo. Jesucristo, mi Señor, es para mí mucho más que todas las riquezas y el honor del mundo. Antes me era absolutamente imposible haberlo sentido así, pero ahora todas las cosas viejas han pasado, y he aquí, todas han sido hechas nuevas. Sostenido por este nuevo poder, yo podré soportar los peores de los males que puedan sobrevenirme. No espero nada en la tierra sino sufrimiento mientras aquí viva. Yo sé que moriré en la peor de las agonías. Con todo, ese pensamiento no es capaz de doblegar la indomable fe que mora dentro de mí.

-Me apena en el alma -dijo Lúcido tristemente-, verte persuadido de tal determinación. Pues si yo viera el más ligero signo de fluctuación en ti, tendría la esperanza de que el tiempo cambiaría o por lo menos modificaría tus sentimientos. Pero ya me convenzo que te hallas firme de modo inconmovible en tu nuevo camino.

-¡Quiera Dios concederme que pueda permanecer firme hasta el fin! -dijo Marcelo fervorosamente- Pero la verdad es que no vine a hablarte de mis sentimientos. Vine, querido Lúculo, a pedir tu ayuda, tu conmiseración y auxilio. Me prometiste una vez demostrarme tu amistad, si la necesitaba. Ahora vengo a pedirte que cumplas tu promesa.

-Todo lo que depende de mí es tuyo de antemano, Marcelo. Dime qué quieres.

-Tú tienes un prisionero.

-Sí, muchos.

-Este es un muchachuelo.

-Yo creo que el personal a mis órdenes capturó a un muchacho hace poco.

-Esta criatura es demasiado insignificante para merecer captura. El se halla bajo la ira del emperador, pero todavía está en tu poder. Yo vengo, oh Lúculo, a implorarte por su libertad.

-Ay de mí, querido Marcelo, ¿qué es lo que pides? Acaso te has olvidado de la disciplina del ejército romano, o del juramento militar? ¿No sabes bien tú que si yo hiciera esto, violaría el juramento y me haría traidor? Si tú me pidieses que me arrojase sobre mi espada, yo haría eso más fácilmente que esto que me dices.

-Yo no he olvidado el juramento militar ni la disciplina de la fuerza, Lúculo. Yo pensaba en este menor, que apenas es un niño, y bien podría no considerársele como prisionero. ¿Acaso los mandatos del emperador comprenden a los niños?

-El no hace distinción de edades. ¿No has visto niños tan menores como éste sufrir la muerte en el Coliseo?

-Ay, sí lo he visto -dijo Marcelo, al volver sus pensamientos a las niñas cuyo canto de muerte le impresionó, causándole tanta pena y al mismo tiempo le fue tan dulce al corazón-. Este muchachito, entonces ¿también tiene que sufrir la muerte?

-Sí -dijo Lúcelo-, salvo que renuncie solemnemente al Cristianismo.

-Y eso jamás lo hará él.

-Entonces de inmediato se le aplicará la sentencia. Es la ley lo que lo hace y no yo, Marcelo. Yo soy sólo el instrumento. No me avergüences, ni me lo imputes a mí.

-Yo no te estoy culpando. Yo sé muy bien lo severo que eres tú en la obediencia. Si tú desempeñas tu puesto tienes que cumplir con tu deber. Empero, déjame hacerte otra propuesta. El entregar prisioneros no es permitido, pero el canje sí es legal.

-Sí.

-Si yo te dijera de un prisionero mucho más importante que este muchacho, lo canjearías, ¿no es verdad?

-Pero no nos has tomado a ninguno de nosotros.

-No, pero tenemos potestad sobre todo nuestro pueblo. Y hay algunos de nosotros por cuyas cabezas el emperador ha ofrecido una gran recompensa. Pues por la captura de éstos, cientos de muchachos como éste serían gustosamente entregados.

-¿Es entonces costumbre entre los cristianos entregarse los unos a los otros? -preguntó Lúculo sorprendido.

-No, pero algunas veces un cristiano ofrecerá su propia vida para salvar la del otro.

-¡Imposible!

-Tal es el caso en este ejemplo.

-Quién es el que se ofrece por este muchacho?

-¡Yo, Marcelo!

Ante esta asombrosa declaración Lúcelo retrocedió.

-¡Tú! -exclamó él.

-¡Sí, yo mismo!

-Estás bromeando. Es imposible.

-Te hablo con toda seriedad. Es por esto que ya he expuesto mi vida al venir ante ti. He demostrado el interés que tengo por él al arriesgarme a tanto peligro. Yo te explicaré. Este niño Polio es el último de una antigua noble familia romana. Es el único hijo de su madre. Su padre murió en el campo de batalla. El pertenece a los Servilii.

-¡Los Servilii. Luego su madre es la Señora Cecilia?

-Sí. Ella es una de las refugiadas de las catacumbas. Toda su vida y su amor no son sino este muchacho. Cada día lo deja ella que salga a la ciudad en una peligrosa aventura, pero en su ausencia ella sufre indescriptible agonía. Con todo, ella teme retenerlo sin salir de allí, por temor de que el aire húmedo que es tan fatal para los niños vaya a originarle la muerte. Y así ella lo expone a lo que ella cree que es el peligro menor.

Este es el niño que tienes prisionero. Esa madre lo ha sabido y ahora ella yace debatiéndose entre la vida v la muerte. Si tú lo sacrificas, ella también morirá, y ya no será más uno de los más nobles y puros espíritus de Roma.

-Por estas razones es que yo vengo a ofrecerme en canje. ¿Qué soy yo? Yo estoy solo en el mundo. Ninguna vida se halla vinculada a la mía. No hay nadie que dependa de mí para el presente y el futuro. Yo no le temo a la muerte. Puede venir tan igualmente ahora mismo, como puede venir en otra ocasión. Tarde o temprano tiene que venir, y yo prefiero mucho mejor dar mi vida por mi amigo que ofrecerla inútilmente. Por todas estas razones, oh Lúculo, es que te lo imploro, por sagrados lazos de amistad, por tu compasión, por tu promesa que me hiciste, dame esta ayuda que te pido, y toma mi vida en canje por la de él.

Lúculo se puso de pie y se paseó por la sala, conteniendo una gran agitación dentro de sí.

-:Por qué, oh Marcelo -exclamó al último-, me sometes a tan terrible prueba?

-Mi propuesta es fácil de que la recibas.

-¿Te olvidas acaso que tu vida me es igualmente preciosa?

-Pero, piensa en este pequeño niño.

-Efectivamente, yo lo compadezco en el alma. ¿Pero piensas que yo puedo recibir tu vida en prenda?

-Pues mi vida ya está dada en prenda, y yo la ofreceré tarde o temprano. Y por eso te imploro que me des la oportunidad de ofrecerla en la forma en que puede ser útil.

-Tú no morirás, mientras esté a mi alcance evitarlo. Tu vida no está todavía en prenda. Por los dioses inmortales juro que pasará mucho antes que tú puedas ocupar un lugar en la arena.

-Nadie me podrá salvar una vez que yo sea aprehendido, aunque hicieras todo lo que pudieras. ¿Qué puedes hacer para salvar a uno sobre quien está cayendo la inexorable ira del emperador?

-Yo puedo hacer mucho para desviarla. Tú no estás en condiciones de saber cuánto se puede hacer. Pero, aun cuando yo no pudiera hacer nada, con todo no voy a acceder a esta tu propuesta ahora.

-Si yo mismo me presentara ante el emperador, él tendría que oír mi petición.

-El te pondría en prisión en el acto, y a ambos los haría matar.

-Yo podría enviar un mensaje con mi propuesta.

-El mensaje nunca llegaría a él; o al menos no llegaría hasta cuando ya fuera demasiado tarde.

-Entonces ¿no hay esperanza alguna? -dijo Marcelo tristemente.

-Absolutamente ninguna.

-¿Y en absoluto también te niegas a concederme mi petición?

-Ay, Marcelo ¿cómo podría hacerme responsable de la muerte de mi más querido amigo? Tú no tienes misericordia de mí. Perdóname si me tengo que negar a aceptar tu temeraria propuesta.

-Hágase la voluntad del Señor, mi Dios -dijo amargamente Marcelo-. Debo, pues, regresar a prisa. ¡Ay! cómo puedo yo presentarme con este mensaje de desesperación?

Los dos amigos se abrazaron en silencio y Marcelo partió, dejándolo a Lúculo agobiado con su asombrosa y temeraria propuesta.

Marcelo regresó sano y salvo a las catacumbas. Los hermanos que allí estaban y que sabían de los propósitos con que había salido, le recibieron gozosos en medio de su dolor.

La señora Cecilia todavía yacía víctima de aquel sopor, consciente sólo a medias de los acontecimientos que se realizaban a su rededor. Había momentos que su mente divagaba. Y en su delirio solía conversar como si se hallara entre escenas felices de su vida pasada. Empero la vida de, las catacumbas, esas alternativas entre la esperanza y el temor, entre el gozo y la tristeza, entre esa ansiedad que siempre rodeaba a los refugiados y el aire por demás deprimente de aquel lugar en sí, habían llegado a abatirla tanto en su mente como en su cuerpo. Su frágil naturaleza sucumbía bajo la furia implacable de aquella ordalía, y este último, el más pesado y amargo de los golpes que caía sobre ella, había completado su postración. De los mortales efectos de todo esto, ya no podía recuperarse.

Aquella noche todos velaron y oraron alrededor de su camilla. Cada instante se debilitaba más, y, lenta pero seguramente, su vida se esfumaba, quedando sólo un fallecer prolongado. De aquel descenso tan real, ya ni aun la restitución de su hijo la podría salvar.

Pero aunque las facultades pensantes y terrenas la habían dejado y los sentimientos terrenales se habían debilitado, aquella pasión dominante en ella en sus últimos años en nada había disminuido en su poder sobre ella, Sus labios helados musitaban todavía las palabras bienhechoras que tanto tiempo habían sido su apoyo e inspirado sus actos. El nombre de su menor hijo querido lo balbuceaba como con los últimos hálitos, aunque inconsciente del peligro que lo rodeaba. Pero el nombre de Jesucristo era pronunciado con el fervor más profundo.

Sin embargo, hubo de llegar el momento final. Reaccionando de su largo período de calma, sus ojos se abrieron brillantes e inmensos, un colorido de luz se posesionó de su rostro macilento, y de sus labios se oyeron débilmente las palabras: "¡Ven, Señor Jesús!"

Y con aquel clamor, la vida dejó el cuerpo, y el espíritu purificado de la señora, hermana Cecilia, había vuelto a Dios, quien lo dio.

***

12
EL JUICIO DE POLIO

De la boca de los pequeñitos y de los que maman, perfeccionaste la alabanza.

EN UN EDIFICIO n0 lejano del palacio imperial había un amplio salón. Su piso era de mármol, que se mantenía siempre brillante, y enormes columnas de pórfido soportaban el artesonado techo. En el extremo del departamento había un altar con una estatua de una deidad pagana. Y en el lado opuesto los magistrados luciendo sus togas oficiales ocupaban asientos prominentes. Delante de ellos había algunos soldados vigilando al prisionero.

El único prisionero esta vez era el niño Polio.

La palidez de su rostro contrastaba con su porte erguido y firme. La extraordinaria inteligencia que le había caracterizado siempre, no le abandonó en estos momentos solemnes. Sus ágiles miradas captaban todos los detalles de ese escenario. El sabía bien la inexorable condena que pendía inminentemente sobre él. Y con todo, ni la menor traza de temor o de indecisión pasaba siquiera por él.

El ya sabía que el único vínculo que le había unido a la tierra había partido. Las primeras horas de aquella mañana le habían saludado con la noticia de que su madre había sido llamada arriba. Le había sido transmitida por una persona que entendía que le fortalecería en su resolución. Ese mensajero había sido Marcelo. La benevolencia, bastante arriesgada, de Lúculo le había hecho posible esa entrevista. El pensamiento había sido acertado. Mientras su madre vi vía, el pensar en ella podía haber debilitado su resolución; mas ahora, liberada ella de las catacumbas con Cristo, él estaba animado del más vivo anhelo d partir también. En su fe sencillísima creía que 1 muerte le uniría en el instante a su bien amada madre. Animado de este sentir, esperaba ávidamente f interrogatorio.

-Quién eres tú?

-Marcos Servilio Polio.

-¿Qué edad tienes?

-Trece años.

Ante la mera mención de su nombre un murmullo de compasión se difundió entre la asamblea, pues ese nombre era muy conocido en Roma.

-Se te acusa del delito de ser cristiano. Tú ¿que dices?

-Excelencia, yo no soy responsable de ningún delito -dijo el niño-. ¡Yo soy cristiano, y me complace íntimamente poder confesarlo delante de los hombres

-Es lo mismo que suelen decir todos ellos -dijo indiferente uno de los jueces-. Todos ellos tienen la misma fórmula.

-¿Sabes tú cuál es la naturaleza de tu crimen?

-¡Yo no he cometido ningún crimen! -dijo otra vez Polio-. Mi fe me enseña a temer solamente a Dios vivo y a honrar al emperador. Todas las leyes justas siempre las he obedecido. No soy, pues, ningún traidor.

-Ser cristiano es ser. traidor.

-¡Cristiano, lo soy; pero traidor, no!

-La ley del estado te prohíbe ser cristiano, bajo pena de muerte. Pues, si tú eres cristiano, debes morir.

-Yo soy cristiano -repitió Polio firmemente.

-Entonces debes morir.

-Amén. Así sea.

-Pero, muchacho, ¿sabes tú lo que es sufrir la muerte?

-De la muerte. ¡Ah! he visto demasiado de la muerte durante los pocos meses últimos. Y siempre he estado a la expectativa del momento en que pueda ofrecer mi vida por mi Señor resucitado, cuando mi turno llegase.

-Muchacho, tú eres muy pequeño. Nosotros te compadecemos por tu tierna edad y falta de experiencia. Tú has sido instruido especialmente y en forma tan peculiar que apenas puedes ser responsable de esta tu temeraria locura. Por todas estas consideraciones queremos hacerte concesiones. Esta religión que te ciega neciamente es una necedad. Tú crees que un pobre judío, que fuera crucificado hace doscientos años, es Dios. Hay por ventura algo más absurdo que esto? Nuestra religión es la religión del estado. Tiene en sí lo suficiente para satisfacer las mentes de los menores y de los adultos, de los ignorantes y de los sabios. Deja, pues, esa loca superstición y vuelve a la religión más sabía y más antigua.

-Yo no puedo.

-Tú eres el último de una familia noble. El estado reconoce la dignidad y la nobleza de los Servilii. Tus antepasados disfrutaron de pompa, de riqueza y de poder. Tú ahora eres un mozuelo pobre y miserable y prisionero. Sé, pues, sabio, Polio. Piensa en la gloria de tus antecesores y arroja a un lado el miserable obstáculo que te está segregando de toda la ilustrísima fama de ellos.

-Yo no puedo.

-Has vivido como un reprobado miserable. El mendigo más pobre de Roma la pasa mucho mejor que tú. Su alimento lo obtiene con menos afanes y menos humillación. Su refugio se halla a la luz y al aire del día. Y sobre todo él siempre está seguro. Su vida es propia de él. El no tiene necesidad de vivir en permanente temor de la justicia de Roma. Pero tú has tenido que arrastrar una vida, la más miserable, siempre en necesidad apremiante, en peligro, en las tinieblas. Qué, pues, te ha dado tu ponderada religión? ¿Qué ha hecho por ti aquel judío deificado? Nada. Y peor que nada. Vuélvete, pues, de en pos de este engañador. En cambio tendrás la

riqueza, la comodidad, los amigos y los honores del estado y el favor del emperador. Todo será tuyo.

-Yo no puedo.

-Tu padre fue un súbdito leal y un valiente soldado. El murió por su patria en el campo de batalla. Te dejó muy pequeño, pero como el único heredero de todos sus honores, y como el último puntal de su noble casa. Lejos estaría de él pensar siquiera en las pérfidas influencias que te cercarían descarriándote a la perdición. Tu madre, con su mente debilitada por el dolor, se rindió a las insidiosas astucias de los falsos maestros, y de la misma manera ella en su ignorancia labró la ruina tuya. Si tu padre viviera, tú serías ahora la esperanza de su nobilísima casta; tu misma madre también habría seguido fiel la fe de sus ilustres antepasados. ¿No valoras tú la memoria de tu padre? ¿Acaso no te corresponde hacia él principalmente un deber filial? ¿No piensas tú que es pecado amontonar deshonra sobre el glorioso nombre que debes enorgullecerte en llevar, arrojando sobre él el baldón de tu traición, siendo un nombre que se te ha transmitido sin mancha? Deja, pues, esas ilusiones locas que te ciegan. Por la memoria de tu padre, por el honor de tu familia, apártate de este camino que has tomado.

-De ninguna manera les hago yo deshonor. Mi fe es pura v santa. Yo puedo morir, pero no puedo traicionar a mi Salvador.

-Tú estás viendo que mostramos misericordia contigo. Tu noble nombre, así como tu inexperiencia, nos causan lástima. Si tú fueras un prisionero común te ofreceríamos en pocas palabras la simple elección entre retractarte o morir. Pero en este caso queremos razonar contigo, porque no queremos que se extinga una noble familia por la ignorancia u obstinación de un heredero degenerado.

-Os agradezco de todas vuestras consideraciones -dijo Polio-, pero vuestros argumentos no significan nada para mí ante la suprema autoridad de mi Dios.

-¡Muchacho temerario e irreflexivo! Acaso puedes tú encontrar un argumento más poderoso. La ira del emperador es irresistible.

-Aun más terrible es la ira del Cordero.

-Eso que tú hablas es un lenguaje sin inteligencia. ;Qué es eso que llamas la ira del Cordero- ;Por qué no piensas en lo que es inminente sobre ti?

-Mis hermanos y amigos ya han soportado todo lo que vosotros podéis hacer al cuerpo. Y yo confío que me sostendrá igual fortaleza.

-Pero ¿puedes tú soportar los terrores de la arena?

-Yo cuento con la fortaleza del que venció la muerte.

-¿Puedes tú enfrentarte con los leones y tigres salvajes que se precipitarán contra ti?.

-Aquel en quien yo confío no me abandona en el momento que lo necesito.

-Tú estás muy confiado.

-Precisamente confío en que me amó a tal extremo que se entregó a sí mismo por mí.

-Pero ¿no has pensado tú en la muerte por el fuego? ¿Estás listo para hacer frente a la muerte en las llamas de la pira?

-¡Ah! Sí debo sufrirlas, no me estremece. En lo peor de ellas cuento con mi Dios, y luego por siempre estaré con El.

-Estás poseído del fanatismo y de la superstición. No sabes tú qué es en realidad lo que te espera. Es, pues, muy fácil hacer frente a las amenazas, es fácil pronunciar palabras y hacer alarde de valor. Pero qué será de ti cuando te veas frente a la terrible realidad?

-Pues miraré hacia Aquel que nunca abandona a los suyos en la hora de la prueba.

-¡El no ha hecho nada por ti hasta este momento!

-E1 ha hecho todo por mí. El dio su propia vida para que yo viva. Por El yo tengo una vida que es mis noble y que es eterna y que no se puede comparar con la que vosotros me quitáis.

-Eso no es sino un sueño tuyo. Cómo es posible que un judío miserable pueda hacer esto?

-El es la plenitud de la divinidad, Dios manifestado en carne. El sufrió la muerte del cuerpo para que nosotros recibamos vida para el alma.

-Pero nada puede abrirte los ojos? ¿No te hasta que hasta ahora esa loca creencia no te ha traído nada más que miseria y dolor? ¿Vas a insistir en tu creencia? Ahora que ves que la muerte te es inevitable, ¿no vas a volverte de tus errores?

-El mismo me da fortaleza para vencer a la muerte. No la temo. La muerte para mí no es más que un sencillo paso de esta vida de dolor y de gemido a una bienaventuranza inmortal. Bien sea que yo muera devorado por las fieras salvajes o por las llamas, dará lo mismo. El me fortalecerá para que pueda permanecerle fiel. E1 me sostendrá y llevar! mi espíritu en el mismo instante a la vida inmortal en los cielos. La muerte, que vosotros teméis y con la que me amenazáis, no tiene terrores; empero la vida, esa vida a que me invitáis, tiene consecuencias más terribles que mil muertes en las llamas.

-Por última vez, muchacho, te damos una oportunidad. Nido temerario, cólmate y medita por un momento en tu necia carrera de insensatez. Prescinde por un instante de los dementes consejos de tus fanáticos maestros. Reflexiona en todo lo que se te ha dicho. Tienes todavía a tu disposición la vida, una vida llena de gozo y de placer, una vida rica en toda bendición. El honor, los amigos, la riqueza, el poder: todo es tuvo. Un nombre noble y las posesiones de tu familia te están esperando. ¡Todo eso es tuyo por herencia! Hoy para ganar estas cosas tú no tienes que hacer nada sino tomar esta copa y derramar su contenido en aquel altar. ¡Tómala, hijo! ¡Es el acto más sencillo, el que se te pide que hagas! ¡Resuélvete y ejecútalo! ¡Salva tu vida, sálvate a ti mismo de esa muerte angustiosa!

Todos los ojos de los presentes estaban clavados sobre Polio en el momento que se le hacía esta última oferta. Pues hasta aquí les había llenado de asombrosa admiración la firmeza en que se sostenía. Eso sobrepujaba el entendimiento de todos ellos.

Pero aun esta última instancia tan insidiosamente tentadora, no le causó el menor efecto. Pues el niño polio, con palidez en su rostro pero con fuego vehemente en el alma, hizo a un lado con firme serenidad la copa que le era propuesta.

-¡Jamás traicionaré a mi Salvador, que está a mi lado!

Ante aquellas palabras se hizo una pausa momentánea. Y luego se oyó la voz del magistrado supremo de la justicia romana:

-Tú has pronunciado tu propia sentencia mortal. Sacadlo de aquí, -dijo a continuación a los soldados que se hallaban presentes.



13

LA MUERTE DE POLIO

Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de vida.

LA SENTENCIA DE POLIO fue sumarísima e irrevocable. El día siguiente hubo espectáculo en el Coliseo. Lleno hasta los asientos del tope con la multitud de romanos sedientos de sangre humana, fue un despliegue de la misma sucesión de horrores repugnantes que anteriormente se ha descrito.

Nuevamente los gladiadores pelearon y se mataran unos a otros, individualmente y en masa. Una variedad de formas de combate se conocían en la arena; y de ellas, las que más sufrimiento mortal infligían hallaban el mayor favor de los asistentes.

Otra vez se presentaron las escenas interminables de derramamiento de sangre y de agonía. Los feroces campeones del día recibieron las efímeras felicitaciones de los veleidosos espectadores. De nuevo el hombre peleó contra el hombre, o libró aun más feroces combates contra el tigre. Se repitió la escena del gladiador herido que miraba lastimero impetrando misericordia, no viendo otro signo sino el de muerte, los pulgares de los crueles espectadores vueltos hacia abajo.

Para saciar los apetitos de la multitud, ahora se demandaba una mayor y más desalmada matanza. Pues por aquel día no tenía atracción el mirar combates entre hombres cotejados. ¡Ah! Pero ya se sabía que los cristianos habían sido reservados para cerrar el espectáculo, y la aparición de ellos se esperaba y se imponía impacientemente.

Lúculo estaba entre los guardas cerca del escaño del emperador. Mas su semblante, de alegre que era, se había tornado pensativo.

Mucho más arriba, en los asientos detrás de él, había un rostro severo y palidísimo que sobresalían entre todos, por la mirada concentrada hacia la arena que tenía. Ese rostro era preso de una expresión de ansiedad tan profunda que hacía notable contraste con todos los que se encontraban reunidos en tan vasta asamblea.

De pronto se oyó el sonido del bronco rechinar de las rejas, y se vio saltar el primer tigre a la arena. Levantó la cabeza desafiante y se azotaba con su propia cola, acechando amenazante por todo el rededor, relumbrando sus feroces ojos sobre la enorme masa de seres humanos que colmaban el enorme anfiteatro.

No tardó en oírse un murmullo. Un muchacho fue arrojado a la arena.

De rostro pálido y contextura ligera, desnutrido en extremo, era nada ante la mole de la bestia furiosa. Y en son de escarnio se le había vestido como gladiador.

Y sin embargo, a despecho de su tierna infancia y su debilidad, no había nada en su rostro ni en su actitud que revelara el menor asomo de miedo. Revelaba posesión de sí mismo en su mirada apacible. Avanzó hacia adelante serenamente hasta el centro de la arena, y allí, a la vista de todos, elevó sus manos juntas, levantó sus miradas al cielo y habló a su Dios.

Mientras tanto el tigre seguía amenazante, desplazándose como al entrar. Había visto al niño pero no le había hecho efecto alguno. Seguía levantando las miradas de sus ojos sanguinarios hacia las enormes murallas y de vez en cuando lanzaba salvajes rugidos.

El hombre del rostro severo y triste miraba absorto como si toda su alma acompañara esa mirada.

El tigre por su parte no parecía mostrar el menor deseo de atacar al muchacho cristiano que seguía orando.

La multitud ya se tornó impaciente. Surgieron murmullos y exclamaciones y gritos con la intención de enfurecer a la fiera para que atacara a su víctima.

Pero ahora de en medio del tumulto surgió el sonido de una voz profunda y terrible:

¿Hasta cuándo, oh Dios, santo y verdadero, no

vengas Tú Nuestra sangre de los que moran en la tierra?

Siguió un silencio profundo y aterrorizado. Cada uno de los espectadores miraba al que estaba a su lado.

Pero el silencio fue interrumpido por la misma voz, que repitió con énfasis admonitivo:

He aquí, viene en las nubes;

Y todo ojo le verá,

Y también los que le traspasaron le verán;

Y todos los linajes de la tierra lamentarán a causa de El.

Así sea. Amén, Amén.

Tú eres justo, oh Señor,

Que eres, que eras y que has de ser,

Porque Tú has hecho juicio.

Porque ellos derramaron la sangre de los santos

y de los profetas.

Porque ellos son dignos.

Así, Señor Dios todopoderoso,

Tus juicios -son justos y verdaderos.

Pero ahora los murmullos y los gritos y clamores cundieron por todas partes. Y no tardó en desaparecer la causa de la perturbación.

-Era uno de esos malditos cristianos. Era el fanático Cina. Lo habían tenido recluido cuatro días sin darle alimentos. ¡Sacadlo! ¡Afuera con él! ¡Echadlo al tigre!

Los clamores y las maldiciones surgían de todas partes, tornándose un solo y enorme estruendo. El tigre saltaba alrededor más frenéticamente. Los guardas escucharon las palabras de la multitud y se apresuraron a obedecer.

No tardaron en abrirse las rejas. Y la víctima fue arrojada al ruedo. Temeroso, macilento y en extremo pálido, avanzó hacia el centro con pasos trémulos. Sus ojos mostraban un brillo extraordinario, sus mejillas ardían enrojecidas, su cabello descuidado y su larga barba se veían enmarañados en una sola masa.

El tigre al verlo se encaminó saltando hacia él. Empero, a una corta distancia la fiera embravecida se agazapó. El niño, que había estado de rodillas, se puso en pie y miró. Por su parte Cina no veía tigre alguno. Sus miradas se dirigían a la turba, y agitando en alto su brazo macilento, clamó muy alto y en los mismos tonos admonitivos:

-¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra!

Su voz fue acallada por torrentes de sangre. No hubo sino un salto, una caída, y ante los ojos humanos, nada más.

Y ahora el tigre se encaminó hacia el niño. Su sed de sangre habíase excitado. Su pelaje erecto, flameantes los ojos, y azotándose con la cola, se mantenía inmóvil frente a su presa.

El niño vio llegar su porción última en la tierra, y nuevamente se arrodilló. El populacho enmudeció y quedó extático, preso de profunda excitación y en ansiosa espera de la nueva escena sanguinaria. Aquel hombre que había estado contemplando atentamente, ahora se levantó y permaneció de pie, aún contemplando la escena que se desarrollaba abajo. De detrás de él salieron inmediatos gritos que seguían en aumento de número y volumen: -¡Abajo, abajo, siéntate! ¡No impidas la vista!

Pero el hombre, sea que no oía o bien intencionalmente, no hacía caso. Finalmente el ruido creció tanto que llamó la atención de los oficiales que estaban abajo, quienes voltearon para ver cuál era la causa.

Lúculo naturalmente fue uno de ellos. Habiendo volteado a mirar, vio toda la escena. Detuvo brevemente su mirada y palideció a muerte.

-¡Marcelo! -exclamó él. Por un momento casi cayó hacia atrás, pero no tardó en recuperarse y se dirigió apresuradamente a la escena del disturbio.

Pero ahora había estallado un murmullo profundo entre el gentío. El tigre que había estado paseándose alrededor del niño una y otra vez, azotándose él mismo con creciente furia, ahora se había agazapado en preparativos para dar su final zarpazo.

El niño se levantó. En su rostro resplandecía una expresión angelical. Sus ojos despedían destellos de sublime entusiasmo. El ya no veía esta arena, ni las murallas gigantescas que le rodeaban, ni tampoco las largas hileras de asientos y las innumerables caras hostiles; ya no veía los implacables ojos de los crueles espectadores, ni menos la forma gigantesca del salvaje enemigo.

Su espíritu ya parecía ingresar victorioso por las puertas de oro de la Nueva Jerusalén, y la gloria inefable del pleno día de los cielos le inundó el rostro de sus fulgores.

-¡Madre, vengo contigo, ¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!

Esas palabras sonaron con toda nitidez y claridad en el oído de aquella multitud. Todos permanecieron en quietud sepulcral, y el tigre saltó. Los siguientes momentos no hubo más que una masa que se removía cubierta a medias por una nube de polvo.

La lucha concluyó. El tigre regresó; la arena había sido teñida de rojo, y sobre ella yacían los despojos mutilados del real y noble Polio.

Una vez al amparo del silencio que siguió, se dejó oír un clamor que tenía toda la intensidad de una trompeta que sobrecogió a cada uno de los presentes:

-Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh sepulcro, tu victoria?... Gracias sean a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Mil hombres se levantaron simultáneamente en arranques de ira e indignación. Mil manos se levantaron señalando hacia el atrevido intruso.

-¡Un cristiano! ¡Un cristiano! ¡A las llamas con él! ¡Echadlo al tigre! ¡Arrojadlo a la arena!

Con tales gritos contestó todo el gentío a la voz admonitiva.

Lúculo se hizo presente en el lugar en el momento preciso para rescatar a Marcelo de la turba enfurecida de romanos que se aprestaban a despedazarlo. Diríase que el tigre silvestre que estaba en la arena no estaba tan enfurecido y tan sediento de sangre como lo estaban ellos. Lúculo se precipitó impetuosamente entre todos, cual guarda de fieras salvajes.

Atemorizados por su autoridad se volvieron atrás, habiéndose acercado los soldados.

Lúculo no pudo hacer más que entregarles a Marcelo, y condujo la compañía fuera del anfiteatro.

Una vez afuera se hizo cargo él mismo del prisionero. Los soldados le siguieron a distancia.

-¡Ay, Marcelo, Marcelo! ¿No es una locura que expongas así tu vida?

-Yo hablé por un impulso del momento. ¡Pues aquel niño a quien yo amaba tanto moría ante mis ojos! ¡No pude contener mi propio ímpetu! ¡De eso me complazco y estoy muy lejos de arrepentirme! ¡Pues también estoy listo a ofrecer mi vida por mi Rey y mi Dios!

-Yo no puedo entrar en razones contigo. ¡Tus actos sobrepujan todo argumento y entendimiento!

-No fue mi intención entregarme; pero lo que he hecho, y cómo he sido inspirado a hacerlo me satisface íntimamente. Sí, voy gustoso y gozoso siguiendo el camino trazado por mi Redentor, de quien es mi vida, sea que viva o la ofrezca aquí.

-¡Ay, amigo querido! ¿No consideras tu vida?

-¡Yo amo a mi Salvador más que mi vida!

-Mira, Marcelo, el camino está abierto delante de ti. Huye velozmente. Corre, y salva tu vida.

Lúculo le dijo esto apuradamente en voz baja, abriéndole el paso mientras los soldados estaban como a veinte pasos atrás. Había toda la oportunidad de escapar.

Marcelo presionó la mano de su amigo.

-No, Lúculo, lejos sea de mí salvar mi vida con tu deshonra. Reconozco y amo ese tu gran corazón que todo lo pospone por el amigo, pero no voy a crearte dificultades por mi amistad.

Lúculo suspiró y siguió en silenciosa reflexión.



14
LA TENTACION

Todo esto te daré si postrado me adorares.

AQUELLA NOCHE LÚCULO permaneció en la celda con su amigo. Buscó todos los argumentos posibles para disuadirlo de su resolución. Apeló a todos los motivos que comúnmente influyen en los hombres. No hubo un solo medio de persuasión que él no empleara. Todos fueron en vano. La fe de Marcelo se hallaba firmemente apoyada, pues estaba fundada sobre la Roca de los Siglos, y ni la tormenta de las violentas amenazas, ni los más tiernos influjos de la amistad, pudieron debilitar en lo mínimo su consciente determinación.

-No -dijo él-, mi ruta está trazada y yo la he elegido. Sea dolor o alegría que me venga en esta tierra, yo seguiré hasta el fin. Yo sé bien lo que me espera. He pesado todas las consecuencias de mis acciones, y a despecho de todo yo seguiré tal como lo resolví.

-Lo que te pido es la cosa más sencilla -dijo Lúculo-. No quiero que dejes tu religión para siempre, sino sencillamente por el momento. Se ha desencadenado una enfurecida persecución, y ante tan terrible furia todos deben caer, sean jóvenes o viejos, nobles o esclavos. Tú bien has visto que no se respeta clase ni edad. Polio podría haber sido salvado si hubiera sido posible, pues había una gran simpatía en su favor.

Era solamente un niño, apenas responsable de sus propios actos erróneos; él también era noble, el último de antigua familia. Pero la ley es inexorable, y él hubo de sufrir la pena. Cina también podría habérsele pasado por alto. No era ni más ni menos que un loco. Empero, tan vehemente es el celo contra los cristianos que ni aun su evidente locura le pudo poner a salvo.

-Yo conozco bien que el príncipe de las tinieblas lucha contra el pueblo de Dios, el cual se halla fundado sobre la Roca, y las puertas del infierno no pueden prevalecer contra él. ¿Acaso no he visto yo sufrir igualmente a los buenos, los puros, los nobles, los santos y los inocentes? Acaso no sé que hay guerra sin misericordia contra los cristianos? Lo sabía muy bien mucho antes de convertirme. Y siempre he estado preparado para hacer frente a las consecuencias respectivas desde que he conocido personalmente a Jesús el Cristo como mi Señor y mi Salvador.

-Escucha, querido Marcelo. Te he dicho que sólo te pedía una cosa sencillísima, Pues esta religión que tú tanto aprecias, no es necesario que la abandones. Consérvala, si así debe ser. Pero amóldate a las circunstancias. Puesto que la tormenta está arreciando, es inteligente inclinarse y dejarla pasar. Toma una actitud de hombre inteligente, y no de fanático.

-¿Qué es lo que quisieras que yo haga?

-Es esto. Dentro de unos pocos años sucederá un gran cambio. Bien la persecución se desvanece, o bien se genera una reacción, o el emperador puede morir, y otros gobernantes de diferentes sentimientos le seguirán. Entonces será legal el hacerse cristiano. Entonces toda esta gente que hoy es afligida puede volver de sus escondites y ocupar sus antiguos puestos, y surgir a la dignidad y a la riqueza. Ten presente, pues, todo esto. Y por lo tanto, no arrojes así infructuosamente tu vida que todavía puede ser de servicio al estado y de felicidad para ti. Pues por ti mismo cuídala y resérvala. Mira alrededor de ti ahora. Considera todas estas cosas. Deja a un lado tu religión por un breve lapso, y vuelve a la religión del estado. Y eso sólo es cuestión de breve tiempo. Así puedes escapar del inminente peligro presente, y cuando vuelvan tiempos más felices, puedes volver. a ser cristiano en paz.

-Lúculo, esto es imposible. Es abominable a mi alma. ¿Podría acaso ser yo un doble hipócrita? Si tú comprendieras lo que en mí se ha realizado, no me pedirías ni por un momento que perjure mi alma inmortal ante el mundo y ante mi Dios. Es mucho mejor morir inmediatamente por las más severas torturas que al cuerpo le pueden inferir.

-Tú tomas posiciones tan extremas que me haces desesperar de tu vida, y de la esperanza de salvarte. ¿No quieres detenerte a contemplar este asunto racionalmente? No es cuestión de hacerse perjuro, sino táctica. No es hipocresía, sino sabiduría.

-Dios no permita que yo haga esto, de pecar contra El.

-Mira esto más. Tú solamente no te beneficiarás, sino a muchos más. Estos cristianos a quienes tú amas serán de esa manera ayudados por ti mucho más efectivamente que ahora. En su presente situación tú bien sabes que ellos no pueden vivir como antes de la simpatía y de la ayuda de aquellos que profesan la religión del estado, pero que en secreto prefieren la religión de los cristianos. ¿Acaso vas tú a llamar hipócritas y perjuros a esos hombres? ¡No son ellos más bien vuestros benefactores y amigos?

-Estos seres jamás han llegado a conocer la verdadera fe y la esperanza cristiana que yo tengo. Ellos nunca conocieron el nuevo nacimiento, la nueva naturaleza divina, la presencia del Espíritu Santo morando en sus corazones, la comunión con el Hijo del Dios viviente, como yo lo

he experimentado. Ellos no han conocido el amor de Dios que brota en sus corazones para darles nuevos sentimientos, esperanzas y deseos. Para ellos sencillamente simpatizar con los cristianos y ayudarles es una cosa buena; empero para el cristiano que es lo suficiente vil para abjurar de su fe y negar a su Salvador que lo redimió, nunca habrá suficiente generosidad en el corazón y en su alma de traidor para ayudar a sus hermanos abandonados.

-Entonces, Marcelo, no me queda sino una sola oferta más que te puedo hacer, y me iré. Es una última esperanza. No sé si será posible o no. Sin embargo, yo lo intentaré, si sólo pudiera lograr que dieras tu consentimiento. Se trata de esto. Tú no necesitas abjurar de tu fe; no necesitas ofrecer sacrificios a los dioses; no necesitas hacer la menor cosa que tú desapruebes. Dejemos que se olvide el pasado. Regresa otra vez no de corazón desde luego, sino en apariencia, a lo que eras antes. Tú eras un alegre y festivo soldado dedicado al cumplimiento de tu deber. Nunca tomaste parte en los servicios religiosos. Rara vez estuviste presente en los templos. Tú pasabas el tiempo en el cuartel, y tus devociones eran de carácter privado. Tú hacías acopio de sabiduría de los libros escritos por los filósofos y los sacerdotes. Haz todo esto nuevamente. Sencillamente vuelve a tus deberes.

-Preséntate nuevamente en público juntamente conmigo; nuevamente volvamos a nuestras amigables conversaciones, y dedícate a tus antiguos objetivos en la vida. Esto será muy fácil y agradable de hacer y no requiere nada que sea ruin y desagradable. Las altas autoridades pasarán por alto tu ausencia y tu mal proceder, y si ellos no quieren que vuelvas a ocupar tus anteriores honores, con todo puedes ser puesto nuevamente en el mando de tu legión. Todo irá bien. Se necesitará un poco de discreción, un cuerdo silencio, una aparente vuelta a tu antiguo turno de deberes. En el caso de que permanecieses en Roma, se pensará que las noticias de tu conversión al (cristianismo eran erróneas; y si sales al exterior, no se sabrá nado más.

-No, Lúculo; aun cuando yo consintiera en el plan que tú propones, no sería factible, por muchas razones. Se han hecho proclamas sobre mí; se han ofrecido recompensas por mi aprehensión; y sobre todo, mi última aparición en el Coliseo ante el mismo emperador fue suficiente para descartar toda esperanza de perdón. Pero yo no puedo consentirlo. A mi Salvador no se le puede adorar de esta manera. Sus seguidores le deben confesar abiertamente. El dice, "El que me confesare delante de los hombres, el hijo del hombre le confesará delante de los ángeles de Dios." Pues negarle en mi vida o en mis actos exteriores es precisamente lo mismo que negarle en la manera formal que prescribe la ley. Esto pues no puedo hacerlo yo. Aquel que a mí me amó primero, yo lo amo, porque El al amarme puso su vida en mi lugar. Mi más sublime gozo es proclamarle delante de los hombres; morir por El será el acto más noble que yo pueda hacer, y la corona de mártir será mi recompensa más gloriosa.

Lúculo no dijo nada más, habiéndose convencido de que toda persuasión era inútil. El resto del tiempo lo pasaron en conversación sobre otras cosas. Marcelo no desperdició estos últimos momentos preciosos que él pasó con su amigo. Expresándole la más profunda gratitud por su noble y generoso afecto, procuró recompensarle explicándole y familiarizándole con el más elevado tesoro que el hombre puede poseer: la fe en Cristo Jesús.

Lúculo le escuchaba pacientemente, más por amistad que por interés. Con todo, por lo menos algunas de las palabras de Marcelo quedaron indeleblemente impresas en su memoria.

El siguiente día se realizó el juicio correspondiente. Fue sumario y formal. Marcelo se mostró inconmovible y recibió su condena con actitud apacible. Se determinó la tarde de aquel

mismo día para que sufriera su condena. A él no se le concedería el morir devorado por las fieras salvajes ni en manos de gladiadores, sino por medio de tormentos más refinados, los del fuego.

Fue, pues, en la pira, donde tantos cristianos habían dado ya su testimonio de la verdad, donde Marcelo también confirmó su fe rindiendo su vida. La pira se colocó al centro mismo del Coliseo, habiéndosele rodeado de enormes haces de combustible con especial prodigalidad.

Marcelo ingresó conducido por guardas selectos en cuanto a su mayor crueldad, los que le propinaban golpes y le ridiculizaban con anticipación a los horrores de la pena final. Al dirigir su mirada resuelta y serena alrededor del vasto círculo de rostros de hombres y mujeres, a cual más duro, cruel y despiadado, contempló satisfecho esa arena en donde millares de cristianos le habían antecedido en la partida instantánea a reunirse a las gloriosas huestes de mártires que por siempre adoran alrededor del trono. Su mente volvía a aquellos niños cuyo sacrificio él había presenciado aun desde las tinieblas, reviviendo en él ahora el himno triunfal con que ellos desfilaron:

Al que nos amó,

Y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre.

Llegó el momento en que los guardas trabaron de él con derroche de rudeza, la cual por no resistirles no merecía, y le condujeron a la pira, a la cual le amarraron con fuertes cadenas, que hicieron imposible el escape en que él no pensó.

Más bien se le oyó musitar, "Estoy listo para ser ofrecido... y el tiempo de mi partida ha llegado. . . Por lo demás me está guardada la corona de justicia que el Señor, juez justo, me dará hoy."

Aplicaron la antorcha que originaba enormes llamas, y densas nubes de humo ocultaban al mártir momentáneamente. Al aclarar, se le vio erguido en medio del fuego, elevados el rostro y las manos al cielo.

Las llamas se intensificaban y crecían alrededor de. él. Más y más se le acercaban, y fogatas devoradoras Je envolvían en círculos de fuego. De pronto le cubría un velo de humo, que luego desaparecía ante el azote potente de las lenguas de fuego.

Empero el mártir permanecía erguido, sufriendo con calma y serenidad la pavorosa agonía como asido de su Salvador. Allí El descendió ante la fe de su mártir, aunque nadie más le vio; siendo que su brazo eterno no se había acortado de en rededor de su seguidor fiel hasta esta muerte, inspirado y sostenido por su Espíritu.

Las llamas ya no sólo crecían y se acercaban al mártir sino que él se tornó en llama. La vida fue violentamente atacada hasta ser arrebatada, y las alas del espíritu se dispusieron a trasladarla fuera del dolor y de la muerte al paraíso.

La víctima al fin se sobresaltó convulsivo, como si le traspasara irresistiblemente un dolor más agudo, al que por último conquistó. Levantó los brazos en alto, y los agitó débilmente. Luego en postrer esfuerzo lanzó un agónico clamor en voz clara al oído de todos: "¡Victoria!"

Había sido el aliento postrero de está vida, y cayó hacia adelante inflamado en llamas; y el espíritu de Marcelo "había partido a estar con Cristo, lo cual es mucho mejor.”



15
LUCULO

La memoria del justo será bendita.

Un espectador hubo en aquella escena de tortura y de muerte cuyo rostro, que experimentaba la más profunda agonía, siempre estuvo fijo en Marcelo, cuyos ojos fueron ojos que vieron cada uno de los actos y expresiones de la víctima, y cuyos oídos recogieron cada palabra. Largo tiempo después que todos habían partido, él permanecía inmóvil, siendo el único ser humano en el enorme círculo de asientos vacíos. Al final se levantó para irse.

Lejos se hallaba él de la elasticidad característica de sus pasos. Se desplazaba con aire cabizbajo y débilísimo; su mirada de abstracción y el dolor del que todo él se hallaba embargado, lo hacían parecer a uno que había sido repentinamente víctima de una dolencia mortal. Hizo señales a algunos de los guardas, quienes le abrieron los portales que conducían a la arena.

—Traedme acá una urna cineraria —dijo al personal que se hallaba en las inmediaciones, al mismo tiempo que se encaminaba hacia las ascuas que ya se extinguían.

Unos cuantos fragmentos de huesos carbonizados y hechos polvo por la violencia de las llamas era todo lo que quedaba del cuerpo de Marcelo.

Tomando silenciosamente la urna que le alcanzó uno de los guardas admirado, Lúculo empezó a reunir todos los fragmentos humanos y el polvo que pudo encontrar.

En el momento que se ausentaba, se le apersonó un anciano, ante quien se detuvo mecánicamente.

— ¿Qué quieres pedirme? —le dijo cortésmente.

—Me llamo Honorio. Soy uno de los ancianos de los cristianos. Un amigo nuestro muy querido fue sacrificado en este lugar esta noche, y he venido confiando que se me permitirá recoger sus cenizas.

Lúculo le contestó con afabilidad, —Es un acierto que te hayas dirigido a mí, venerable maestro. Si tú hubieras descubierto tu nombre a otro, habrías sido capturado en el acto, porque se está ofreciendo un rescate por ti. Pero no te puedo conceder el pedido que me haces. Marcelo murió, y sus escasas cenizas las tengo en esta urna. Serán depositadas en una tumba en el mausoleo de mi familia con todas las ceremonias de honor, porque fue él mi más querido amigo, y su pérdida hace de esta tierra un desierto para mí, y del resto de mi vida la carga más penosa.

Honorio balbució con profundo entusiasmo, —Comprendo que tú no puedes ser otro sino Lúculo, de quien siempre le oí hablar palabras de afecto.

—Yo soy. Jamás hubo dos amigos más leales que nosotros. Si hubiera sido posible, yo le habría evitado el sacrificio. Jamás habría sido detenido él, si él mismo no se hubiese arrojado en las manos de la ley, como lo hizo. ¡Oh, destino inescrutable! Precisamente cuando yo había tomado todas las disposiciones para que jamás pudiera él ser capturado, pero él en persona se

enfrentó al mismo emperador, y así fue como yo con mis propias manos fui obligado a conducir al ser que más amaba a la prisión y a la muerte.

—Lo que para ti es pérdida, es para él la ganancia más inconmensurable. Pues ha ingresado al reino de felicidad inmortal.

Lúculo exclamó profundamente, —Su muerte fue todo un triunfo. Yo he observado antes la muerte de muchos cristianos, pero no he sido tan impresionado por su esperanza y su confianza. Marcelo enfrentó la muerte como si ésta fuera la bendición más feliz.

—Así fue en cuanto a él, como también lo fue en cuanto a muchísimos otros, cuyos despojos yacen en el infausto confinamiento en donde estamos obligados a morar. A ellos quiero agregar las cenizas de Marcelo. ¿No convendría que así compartieran tumbas?

—Venerable Honorio, yo había abrigado la esperanza, desde que mi querido amigo me dejó, que por lo menos tendría el placer de llorarle y de prodigar a sus despojos los últimos honores piadosos, y de derramar mi llanto en su tumba.

—Pero, oh noble Lúculo, ¿no habría preferido tu amigo que se le diera sepultura con las ceremonias sencillas de su nueva fe, y un lugar de reposo juntamente con los otros mártires con cuyos nombres se encuentra él relacionado para siempre?

Lúculo quedó poseído de un profundo silencio, y después de haber pensado por algún tiempo, al final habló:

—No cabe la menor duda en cuanto a los deseos de él. Yo me rindo ante ellos, y me privo del honor de ofrecerle los ritos funerarios. Llévalos, venerable Honorio. Empero, permíteme que asista a vuestro servicio de sepelio. ¿No quisieras consentir que un soldado, a quien conocéis solamente como vuestro enemigo, ingrese a ese vuestro retiro y presencie vuestros actos?

—Ante ti nuestras puertas y corazones se abren en la más cordial bienvenida, oh noble Lúculo, como lo fue con Marcelo antes de ú, si por ventura tú recibieras entre nosotros la misma bienaventuranza que le fue concedida a él.

—No alimentéis una tal esperanza —dijo Lúculo—. Yo soy muy diferente de Marcelo en gustos y en sentimientos. Yo podría aprender a sentir benevolencia hacia vosotros, y aun a admiraros, pero nunca a unirme con vosotros.

—Ven con nosotros, como sea, y presencia los servicios del sepelio de tu amigo. Un mensajero vendrá por ti mañana.

Lúculo le hizo señal de asentimiento, y después de entregarle la preciosa urna a Honorio, se encaminó tristemente a su casa.

El siguiente día, en compañía del mensajero, se encaminó a las catacumbas. Allí se vio con la comunidad de los cristianos y contempló este lugar en que moraban, lo cual ya le había sido referido precisamente por su amigo, habiendo así tenido una idea previa de su vida, sus sufrimientos y sus afectos.

De nuevo las voces dolientes y lamentaciones llenaron las tenebrosas bóvedas e hicieron eco por todos los interminables pasillos, por otro hermano cuyo polvo se entregaba al polvo de la tumba. Pero el mismo pesar que hablaba del dolor mortal fue reemplazado por una sublime e inspirada certeza que expresaba la fe del alma que aspira, y una esperanza plena de un deseo vivo de su amado Señor.

Honorio tomó en sus manos el rollo precioso, la Palabra de vida, cuyas promesas eran tan poderosas que sostenían en medio de las más pesadas cargas y aflicciones, y en tono solemne leyó aquella parte de Primera Corintios, que en todas las épocas y en todos los climas ha sido tan preciosa al corazón que se remonta más allá de los reinos del tiempo en busca de consuelo en la perspectiva de la resurrección.

Seguidamente levantó la cabeza y en tonos fervientes ofreció una oración al Dios solo santo en los cielos, en el nombre de Jesucristo, el divino Mediador, por quien la muerte y la tumba fueran vencidas y asegurada la vida eterna.

El rostro pálido y triste de Lúculo era particularmente visible entre los dolientes. Aunque él no fuera cristiano, con todo admiraba tales doctrinas gloriosas, y escuchaba con reverencia tales exaltadas esperanzas. A él le fue concedido colocar las amadas cenizas dentro del lugar de reposo final; fueron sus ojos los últimos que se posaron en aquellos despojos queridos; sus manos colocaron en su lugar la loceta en que se había de grabar el nombre y epitafio de Marcelo.

Lúculo volvió a su casa, pero era un hombre nuevo. Su ufanía personal parecía haber sido subyugada bajo las Severas aflicciones que había sufrido.

Había tenido razón al decir que no se haría cristiano. Y aunque la muerte de su amigo le había embargado el corazón de tristeza, no había dolor por el pecado, ni arrepentimiento, ni anhelo de conocer al verdadero Dios viviente. Había perdido toda aquella habilidad de gozarse en el mundo, pero no había logrado ninguna otra fuente de felicidad.

Empero la memoria de su amigó tuvo la virtud de producirle un efecto. Sintió una simpatía profunda por el pobre pueblo oprimido con quien Marcelo había fraternizado. Admiraba sin comprender su constancia y los compadecía por sus inmerecidos sufrimientos. Tenía conciencia de que toda la virtud y bondad que pudiera quedar aún en todo el imperio romano, la poseían estos pobres reprobados.

Fueron esos sentimientos los que le llevaron a prestarles su ayuda. Les ofreció la amistad y las promesas de auxilio que una vez había prodigado a Marcelo. Sus soldados no capturaron a ningún otro cristiano, o si lo hacían, siempre se oiría posteriormente que habían escapado de algún modo inevitable. Su alta posición, su vasta riqueza, su ilimitada influencia, todo estaba al servicio de los cristianos. Su palacio llegó a hacerse muy bien conocido a ellos, como su más seguro refugio y lugar de ayuda, y su nombre gozaba del honor de ser el más poderoso de sus amigos humanos.

Pero todas las cosas llegan a su fin; y así también los sufrimientos de los cristianos y la amistad de Lúcu-lo llegaron a su término. Como un año después de la muerte de Marcelo, el severo emperador Decio fue destronado, y otro asumió el poder imperial. La persecución cesó. La paz volvió a las asambleas de los cristianos, y éstos salieron de las catacumbas a vivir gozosos a la saludable luz del día. De nuevo podían oir los humanos seres las alabanzas al Dios y Redentor de ellos, y de nuevo reiniciaron su interminable lucha con las huestes del mal.

Pasaron los años, y Lúculo no experimentó cambio alguno. Cuando Honorio salió de las catacumbas, fue llevado por Lúculo a su palacio, y moraba bajo su amparo por el resto de sus días en la tierra. El se esforzó por pagar su deuda de gratitud a su noble benefactor, haciéndole saber toda la verdad. Pero murió sin haber podido disfrutar del gozo por el que tanto había orado.

Al final la bendición llegó, pero después de haber transcurrido muchos años. Cuando ya Lúculo se acercaba a los límites de la vejez, llegó a escuchar la voz del Salvador. Pero largos años habían pasado desde que el mundo había perdido sus encantos para él. Las riquezas, el honor, el poder no le satisfacían en absoluto. Su vida se deslizaba bajo una sombra de tristeza que nadie le podía curar. Pero el Espíritu del Dios vivo llegó a posesionarse de él, y merced a su divina mediación pudo por fin regocijarse en el amor del Salvador, de cuya obra sobre el corazón humano había presenciado tantas y tan contundentes pruebas.

Largos siglos han transcurrido sobre la ciudad de los Césares, desde que la persecución de Decio arrojó a los humildes seguidores de Jesús a las lóbregas y gélidas catacumbas. Tomemos la Vía Apia y veamos qué nos enseña.

Delante de nosotros se despliega la larga fila de tumbas hasta la milenaria ciudad. Aquí los poderosos de esa Roma hallaron el lugar de su reposo, y aun hasta allí llevaron las pomposas muestras de cuanto pueden la riqueza, la gloria del mundo y el poder. Debajo de nosotros se hallan ocultas las rudas tumbas de aquéllos que en vida fueron reprobados como indignos de respirar el aire libre bajo el sol del cielo.

¡Observad el cambio! En derredor nuestro están aquellas tumbas señoriales todas en ruinas, su santidad profanada, sus puertas derribadas y su polvo llevado del viento. Los nombres de aquellos que allí fueron sepultados nadie los recuerda; el imperio que fundaron ha caído; las legiones que les llevaron en mil conquistas han dormido el sueño del que no despertarán hasta la segunda resurrección.

Pero la memoria de los perseguidos que yacen debajo, la asamblea del Dios de la tierra contempla con reverencia. Sus sepulcros se han tornado en santuarios de peregrinaje; y esa obra en la cual desempeñaron ellos un papel tan noble ha sido transmitida a nosotros para que la continuemos hasta que Jesús venga.

Humildes, despreciados, proscritos, afligidos, la fama se negó a asentar sus nombres en los rollos de la historia; con todo, esto al menos lo sabemos bien, que sus nombres están escritos en el Libro de la Vida, y su eterna comunión será con aquellos de quienes está escrito:

> Estos son los que han venido de grande tribulación,
> Y han lavado sus ropas,
> Y las han blanqueado en la sangre del Cordero.
> Por esto están delante del trono de Dios,
> Y le sirven día y noche en su templo:
> Y el que está sentado en el trono
> Tenderá su pabellón sobre ellos.
> No tendrán más hambre, ni sed,
> Y el sol no caerá más sobre ellos,
> Ni otro ningún calor.
> Porque el Cordero que está en medio del trono
> Los pastoreará,
> Y los guiará a fuentes vivas de aguas:
> Y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos.

***